

DE LA HISTORIA

DE ROMA,

POR

Don Gerónimo de la Escosura.

MADRID:
POR LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA.

1830.

PRÓLOGO.

Todo lo que se pudiera decir aquí sobre la utilidad del conocimiento de la Historia Romana, y acerca de lo indispensable que es para los jóvenes que se dedican á las letras ó á las armas, no sería mas que una repeticion de lo que de muchos siglos á esta parte no han cesado de decir los sábios de todas las naciones. Los romanos, ora se miren como guerreros ó políticos, ya como legisladores ó filósofos, ó bien como oradores y poetas, no dejarán nunca de arrebatar la admiracion de todos los pueblos civilizados. La prodigiosa estension de sus conquistas, la sabiduría de sus leyes, los modelos inimitables que en casi todos los ramos del saber nos han transmitido, los dechados de virtud que en la memoria de sus hechos nos han consignado, y hasta sus mismos vicios y fragilidades, forman, por decirlo así, un manantial inagotable de documentos para toda clase de personas.

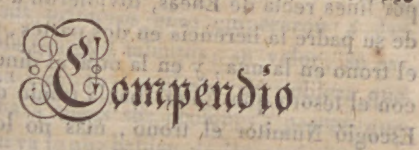
Sus espediciones militares, bien así como su disciplina, instruyen al capitan, al paso que su política ilustra al hombre de estado. Sus leyes, en medio de sus mismos defectos, son una antorcha luminosa para el jurisconsulto en la in-

vestigacion de los principios filosóficos de ellas. ¿Pues qué diré de los oradores? ¿Qué de los historiadores y poetas? La inmortalidad de sus obras es su mejor elogio.

El lector, sin embargo, no espere hallar en este Compendio mas que la relacion ligera y rápida de todos los sucesos notables de la Historia Romana, no permitiendo apenas sus estrechos límites las breves reflexiones que encierra.

Si algun mérito tiene, á mí no podrá nunca alcanzarme mas parte que la del mayor ó menor acierto en la eleccion de los modelos que he tenido á la vista, y que no he hecho mas que extractár ó copiár casi literalmente.

Si el esmero que he procurado poner en la claridad, que corre no poco riesgo en la rapidez de la narracion, corresponde á mis deseos; y si el público, á cuya indulgencia me encomiendo, recibe benignamente este corto trabajo, cobraré nuevo aliento para continuar el Compendio de nuestra Historia que tengo ya empezado, por mas que la dificultad de reducirle á un corto volúmen no deje de ser acaso superior á mis débiles fuerzas.



DE LA HISTORIA DE ROMA.

PRIMERA ÉPOCA, Ó DE LOS REYES.

Espacio de 244 años que empiezan á contarse en el de 753 antes de J. C., que es el primero de Roma.

CAPÍTULO PRIMERO.

RÓMULO.

La variedad que se advierte en el modo con que los historiadores cuentan la fundacion de Roma, sin duda trae su orígen de las tinieblas que cubren los primeros siglos de este pueblo. Entre las diferentes narraciones que sobre este punto nos ha trasmitido la historia, la mas generalmente recibida, sin que se pueda decir por eso qué sea la mas cierta, es en substancia la siguiente: Los dos hermanos *Numitor* y *Amulio*, herederos del reino de Alba, y descendientes

por línea recta de Éneas, dividieron á la muerte de su padre la herencia en dos partes, poniendo el trono en la una, y en la otra el dinero junto con el tesoro que *Eneas* habia traido de Troya. Escogió Numitor el trono, mas no lo disfrutó largo tiempo, porque las riquezas proporcionaron á Amulio los medios de destronarle; y para que sus descendientes no pudiesen disputarle algun dia la corona, obligó el usurpador á *Rea-Silvia*, hija única de Numitor, á abrazar el estado de *Vestal* ó sacerdotisa de la diosa *Vesta*, y por consiguiente á guardar voto de castidad. Algun tiempo despues quebrantó este voto, cuya infraccion se castigaba de muerte; mas Amulio por intercesion de una hija, á quien amaba en estremo, le perdonó la vida, contentándose con encerrarla en una estrecha prision. A su tiempo dió Rea-Silvia á luz dos gemelos, que por mandato de Amulio fueron arrojados inmediatamente al Tiber; y como las aguas echasen por casualidad á la orilla, en un parage seco, la cuna ó canastilla en que iban metidos, una loba, que acosada de la sed llegó en aquella sazon al mismo sitio, les dió de mamar, hasta que habiéndolos encontrado un mayoral de los rebaños del rey, llamado *Fástulo*, se los llevó á su casa, en donde los crió como hijos suyos, poniéndoles por nombre REMO y RÓMULO.

Desde sus primeros años empezaron á dar muestras de grandes talentos; su valor, su estraordinaria estatura, y el aire de nobleza que acompañaba á todas sus acciones, parece que anunciaban ya lo que habian de llegar á ser algun dia. RÓMULO, particularmente, decidia y cortaba las disputas que se suscitaban entre los vecinos sobre los pastos ó la caza, con tal tino y madurez, que nadie diria sino que habia nacido para mandar. Uno y otro se dedicaron á todo género de ejercicios, y así pasaban la vida siempre ocupados, ya en la caza, ya en juegos de fuerza y destreza, ó bien acometiendo á los bandoleros y salteadores del pais, y defendiendo á los pequeños de la opresion y tiranía de los grandes. Todos estos hechos les adquirieron tanta reputacion, y tan gran número de partidarios, que bien pronto se hallaron en estado de celebrar juegos y asambleas.

Trabóse en una ocasion cierta pendencia entre los pastores de Numitor y los de Amulio; y como los de Numitor se llevasen algunas cabezas de ganado de los rebaños del rey, RÓMULO y REMO los atacaron y les quitaron la presa de las manos. Despues de esta espedicion llamaron y recibieron en su seno á todos aquellos vagamundos que no tenian casa ni hogar, y á una multitud de esclavos, á quienes proporcio-

naron ocasion y medios para rebelarse contra sus señores. Pero algunos dias despues, mientras que Rómulo estaba ocupado en hacer un sacrificio, porque era religioso, los pastores de Numitor, habiendo encontrado á Remo poco acompañado, le acometieron con el mayor denuedo y le llevaron preso ante su señor, despues de una reñida pelea, en la que hubo muertos y heridos por ambas partes.

Como Numitor no se atreviese á castigar á Remo de su propia autoridad, por temor de que no dijese Amulio que le usurpaba la suya, mandó que le llevasen á la presencia de éste, á quien suplicó que le hiciese justicia, y que no permitiese que siendo su hermano le insultasen así sus criados, los cuales creían que por ser él el rey todo les estaba permitido. No habia uno en Alba que no conociese y sintiese la injusticia que se hacia á Numitor, diciendo todos públicamente que era acreedor á que se le tratase con mas consideracion y miramiento; cuyas murmuraciones obligaron á Amulio á poner á Remo en manos de aquel príncipe para que hiciese de él lo que mejor le pareciese.

La desmedida talla de Remo, la hermosura de su rostro, la presencia de ánimo que mani-estaba aun en medio del riesgo de que se veia amenazado, y la nobleza de sus modales, lla-

maron la atencion de Numitor, y le hicieron concebir algunas sospechas acerca de su nacimiento. Para salir de esta duda, hizo á Remo varias preguntas sobre su orígen y educacion, y por sus respuestas vino á sacar en limpio que, segun decia, el nacimiento de los dos hermanos habia sido milagroso, y no menos estraordinaria su primera crianza, pues una loba les habia dado de mamar; que Fástulo tenia guardada la canastilla ó cuna en que habian sido arrojados al Tiber, y que estaba guarnecida de algunas chapas de cobre, en las cuales se distinguian aun varios caractéres medio borrados, que tal vez servirian para que sus padres los reconociesen. Admirado Numitor de la relacion de Remo, y calculando por la edad de éste, que todo cuanto habia dicho convenia con la época del parto de su hija, lejos de combatir una esperanza que tanto le lisongeaba, procuró hallar el medio de hablar en secréto á Rea-Silvia, á pesar de la vigilancia con que la guardaban.

Fástulo mientras tanto, habiendo sabido la prision de Remo, y que Amulio le habia abandonado al resentimiento de Numitor, exhortaba á Rómulo á que fuese en su socorro, descubriéndole el verdadero secreto de su nacimiento, del cual solo les habia hablado hasta entonces obscura y misteriosamente, y sin perder tiempo co-

gió la canastilla y marchó á presentársela á Numitor. Por mas cuidado que puso Fástulo en ocultar esta alhaja, no pudo evitar el ser descubierto por los guardas de la puerta de Alba, que le condujeron ante el rey. Interrogado por éste, confesó francamente que los dos gemelos vivian; pero le aseguró que se ocupaban en guardar ganados lejos de Alba, y que él habia venido á traer aquella canastilla á Rea-Silvia, que tenia los mayores deseos de verla, para asegurarse mas de la vida de sus hijos.

Turbado Amulio con la declaracion de Fástulo, envió con la mayor precipitacion á uno de sus cortesanos, íntimo amigo de Numitor, á preguntarle si habia oido decir que los hijos de Rea-Silvia viviesen. Sorprendióle este emisario en el acto de abrazar á Remo, y le confirmó en sus esperanzas, aconsejándole que sin pérdida de tiempo tratase de recobrar la corona, y ofreciéndose á tomar parte en la empresa. El momento era crítico y favorable, porque Rómulo estaba ya cerca de Alba, en donde se le habian reunido un gran número de habitantes de esta ciudad, los cuales como impelidos por el temor que tenian á Amulio y por el ódio que le profesaban, habian abrazado el partido opuesto. Así pues, ganando Remo los de la parte de adentro, y acercándose Rómulo con los de afuera, sor-

prendieron al tirano, que indeciso sobre el partido que abrazaria, se dejó prender y matar dentro de su mismo palacio. En seguida restablecieron á su abuelo en el trono de que habiá sido desposeido cuarenta años antes, y resolvieron vivir aparte y edificar una ciudad en el mismo parage en que habian sido educados.

Desde el punto en que esta nueva poblacion empezó á tener forma de tal, ofrecieron refugio en ella á todos los estrangeros, y la llamaron el templo del dios *Asilo*. Recibian y patrocinaban á toda clase de delincuentes, ya fuesen esclavos rebeldes, ó bien asesinos y facinerosos; y aunque la justicia reclamase á los criminales, por graves que fuesen sus delitos, á ninguno entregaban, sosteniendo que Apolo mismo por un oráculo formal habia autorizado esta conducta. Así lograron Remo y Rómulo ver su ciudad poblada antes de mucho tiempo; mas cuando se trató de la demarcacion de sus límites, se suscitó entre ellos una competencia, cuya decision remitieron despues de varios altercados al vuelo de los pájaros. Habiéndose sentado cada uno de ellos en el parage en que queria que se levantase la muralla, dicen que Remo vió seis buitres, y que Rómulo luego despues vió doce, y de aquí se formaron dos partidos, sosteniendo el uno á Remo por haber visto primero los seis buitres, y

el otro á Rómulo porque habia visto mayor número. Exasperados los ánimos, vinieron por fin á las manos, y perdió Remo la vida á las de su propio hermano, á quien dicen habia irritado sobre manera, saltando como por desprecio, el foso que estaba abriendo.

Dueño ya Rómulo del terreno, acabó la obra á medida de su deseo, y con mil hombres tuvo la gloria de fundar una ciudad que de su nombre se llamó Roma, y dió despues leyes al mundo entero.

Edificada Roma, trataron sus habitantes de dar alguna forma al gobierno; y como su principal objeto era el de conciliar la libertad con el imperio, establecieron una monarquía mista, en la cual el poder supremo estaba repartido entre el príncipe, un *senado* que le servia como de consejo, y la asamblea del pueblo. Eligieron luego á Rómulo por primer rey, reconociéndole al mismo tiempo por cabeza de la religion, soberano magistrado de la ciudad, y general nato del ejército. Concediéronle una numerosa guardia para la seguridad de su persona, y siempre que salia en público le precedian doce *lictores* ó alguaciles, cada uno de los cuales llevaba una segur ó *hacha* rodeada de un manojo de varas, símbolo de la soberanía, que es lo que llamaban *fasces*. Pero á pesar de este

aparato, su poder era limitado, pues apenas tenia mas facultades que las de convocar el senado y las asambleas del pueblo, y proponer los asuntos; marchar á la cabeza de las tropas luego que por un decreto público se habia declarado la guerra; y señalar los objetos en que se habian de invertir las rentas del estado, cuya custodia estaba al cargo de dos tesoreros, que despues se llamaron *Qüestores*.

La primera cosa que hizo Rómulo fue establecer varias leyes relativas á la religion y al gobierno civil, é indispensables para mantener el buen órden, las cuales sin embargo no se publicaron sino despues de haber merecido la aprobacion de todo el pueblo. Aunque no se sabe positivamente la especie de culto que se guardaba en aquellos remotos tiempos, se vé por la historia que la religion de los primeros romanos tenia mucha analogía con su orígen, y consistia en los agüeros ó pronósticos que sacaban del vuelo de los pájaros, y de las entrañas de los animales. Por una ley espresa prohibió Rómulo el que se procediese á las elecciones de rey, sacerdotes ó magistrados públicos, y aun el que se emprendiese guerra alguna sin haber consultado antes los *auspicios*. El mismo espíritu de religion y una sábia política le determinaron á no permitir el culto de las divini,

dades estrangeras, mirándolo como un principio de division entre sus nuevos vasallos. El sacerdocio, que no podia obtenerse antes de la edad de cuarenta y cinco años, era de por vida, y los sacerdotes debian estar instruidos á fondo en las leyes y costumbres del pais, pues era de su obligacion escribir los principales acontecimientos del estado: así fueron los primeros historiadores y los primeros jurisconsultos de Roma.

Entre las leyes civiles de Rómulo habia una, que no permitia á las casadas separarse de sus maridos por ningun pretesto, al paso que los autorizaba á ellos para repudiarlas, y aun darles muerte á presencia de sus parientes en ciertos casos, como el de adulterio, veneno, hacer llaves falsas, ó beber vino. Mas severa aun era otra concerniente á la patria potestad, pues daba á los padres una autoridad absoluta sobre los bienes y personas de sus hijos: podian encerrarlos en una prision, y venderlos por esclavos hasta tres veces, cualquiera que fuese su edad y la dignidad que obtuviesen.

Para conocer sus fuerzas, mandó Rómulo que se hiciese un *censo* ó padron de todos sus vasallos, y vió que no pasaban de tres mil hombres de á pie, y cerca de trescientos caballeros. Dividiólos á todos en tres *tribus* iguales, que alojó con separacion en diferentes cuarteles, y

luego subdividió cada tribu en diez *curias* ó compañias de á cien hombres, cada una de las cuales estaba al cargo de un gefe llamado *Centurion*. Un sacerdote, bajo el nombre de *Curion*, hacia los sacrificios, y dos ciudadanos de los mas principales, á quienes llamaban *duumviros*, administraban la justicia. De todo el territorio de Roma, que solo tenia cinco á seis millas de estension, hizo Rómulo tres partes, bien que desiguales. Consagró una al culto de los dioses; reservó otra para el dominio del rey y las urgencias del estado; y dividió la mas considerable en treinta porciones, por razon de las treinta curias, las cuales se repartieron por iguales partes entre los ciudadanos.

Siguióse á esta particion el establecimiento del *Senado*, que primitivamente se compuso de cien ciudadanos de los mas distinguidos. Nombró el rey el primer senador, el cual gobernaba la ciudad en su ausencia: cada tribu eligió tres, y cada una de las treinta curias otros tres, componiendo el todo cien senadores, que debian servir al mismo tiempo de consejeros al rey, y de protectores al pueblo: funciones nobles á la verdad, pero de no muy fácil desempeño. Aunque el príncipe como gefe presidia el senado, todo se decidia á pluralidad de votos, y él solo tenia uno como cualquier otro se-

nador. Eran estos magistrados despues del rey las personas mas respetables de la ciudad: se les daba el nombre de *padres*, por cuya razon llamaron *patricios* á sus descendientes, y de aquí trae su orígen la primera nobleza entre los romanos.

Despues del establecimiento del senado se sacaron de nuevo de cada curia diez hombres de á caballo, á quienes dieron el nombre de *Céleres*, bien fuese porque su gefe se llamaba *Céler*, ó bien por la prontitud y ligereza con que marchaban á poner en ejecucion las órdenes que recibian. De ellos compuso su guardia Rómulo: peleaban á pie y á caballo, segun la necesidad lo exigia, y se llamaron *caballeros* porque el estado les daba los caballos. Aunque los caballeros eran plebeyos, formaban un cuerpo medio entre estos y los patricios, y se distinguian por un anillo de oro.

Para prevenir las discordias que podian originarse de resultas de haber elevado á unos ciudadanos á la distincion de senadores, dejando á los otros en la clase del pueblo, se permitió á los plebeyos que cada uno escogiese un senador por *Patrono*, el cual estaba obligado á protegerle y asistirle con todo su poder y crédito; y el particular, bajo el nombre de *Cliente*, abrazaba y defendia por su parte con el mayor

celo los intereses del patrono. Si este era pobre, los clientes dotaban á sus hijas, y pagaban sus deudas, ó su rescate en caso de caer prisionero. Estas mútuas obligaciones eran tan sagradas, que el que las violaba pasaba por infame, y aun estaba permitido darle muerte por sacrílego.

La multitud de gentes que atraía diariamente á Roma la fama de un gobierno tan lleno de moderacion y sabiduría, aumentó en poco tiempo las fuerzas de la república, y solo se necesitaban mugeres para asegurar la duracion y permanencia del estado. Pidiéronselas los romanos á los sabinos y otras naciones vecinas por medio de algunos diputados, ofreciéndoles al mismo tiempo su alianza. Formaban los sabinos una especie de república federativa, y eran los mas belicosos de toda la Italia; y no pudiendo mirar el acrecentamiento de las fuerzas de los romanos sin cierto género de emulacion y envidia, desecharon su demanda con el mayor desprecio. Resentido Rómulo de este insulto determinó vengarse, y tomar por fuerza lo que no querian darle voluntariamente. Comunicó su intento al senado, y como la mayor parte de los senadores habian pasado sus primeros años en rapiñas y correrias, no pudieron menos de dar los mayores elogios á un proyecto tan análogo á sus principios.

Anunciáronse pues unas fiestas en honor de Neptuno, para las cuales se hicieron magníficos preparativos, á fin de escitar la curiosidad de los pueblos comarcanos. Llegado el dia señalado para la festividad, los sabinos, como los mas inmediatos á Roma, fueron los primeros que concurrieron á ella, llevando á sus mugeres y á sus hijas: asistieron tambien con todas sus familias los de Cenina y otras ciudades. Despues de celebradas las ceremonias religiosas segun costumbre, dió principio el espectáculo de la lucha, las carreras y otros juegos; y en el momento en que los estrangeros estaban mas descuidados y distraidos, los romanos, por órden de Rómulo, se arrojaron en medio de ellos con espada en mano y se apoderaron de sus hijas.

Este rapto ocasionó una guerra que duró muchos años. Los de Cenina fueron los primeros que en venganza de la ofensa recibida tomaron las armas; pero Rómulo, no contento con haberlos derrotado, se apoderó de su ciudad, obligó á los habitantes á seguirle á Roma, y les concedió los mismos fueros y privilegios que á los demas ciudadanos. Igual suerte tuvieron los antemnates y los crustuminienses, en cuyo territorio estableció Rómulo dos colonias.

Tacio, rey de Cures, en el país de los sabinos, fue el último que se declaró contra los ro-

manos; y habiendo sorprendido la ciudad por traicion, penetró hasta la plaza, en donde se trabó un combate reñido y sangriento. Peleaban unos y otros con el mayor ardor, sin que la victoria mostrase inclinarse á ninguno de los dos lados, cuando aquellas mismas sabinas que habian sido robadas por los romanos, se arrojaron en medio de los combatientes, y con sus ruegos, sus lágrimas y las de sus hijos, suspendieron la animosidad de entrambos partidos, obligándoles á hacer las paces. Para que estas fuesen mas sólidas y duraderas, se estipuló que Tacio reinaria juntamente con Rómulo, y que cien sabinos de los mas nobles serian admitidos en el senado. Muerto Tacio algunos años despues á manos de sus enemigos particulares, no fue reemplazado, y volvió Rómulo á reunir en su persona toda la autoridad régia.

Despues de esta guerra empezó ya Roma á ser habida y reputada por la ciudad mas poderosa de toda la Italia; y antes de la muerte de Rómulo contaba hasta cuarenta y siete mil habitantes todos soldados, y animados todos de un mismo espíritu y de una misma pasion, que era la de conservar su libertad, y hacerse dueños de la de sus vecinos. Pero esta misma fuerza de carácter les hacia obedecer de mala gana las órdenes del príncipe; y por otra parte la

autoridad soberana llegó á hacerse sospechosa y odiosa aun en las manos del fundador del estado.

Rómulo, á quien las conquistas habian hecho demasiado orgulloso, quiso tener un poder absoluto sobre sus vasallos, violando abiertamente los principios y leyes del gobierno; pero al cabo de algun tiempo, el senado que no podia llevar en paciencia la arbitrariedad de Rómulo, procuró deshacerse de él. Hasta ahora no se ha podido descubrir de qué medios se valió para lograrlo: lo cierto es, que este príncipe desapareció á la edad de cincuenta y cinco años, despues de haber reinado treinta y siete. Para que el pueblo no sospechase que los senadores habian tenido parte en la muerte de Rómulo, corrieron la voz de que habia sido arrebatado al cielo, y le erigieron altares: y al que no habian podido sufrir por rey durante su vida, veneraron como Dios despues de muerto bajo el nombre de *Quirino*.

Muerto Rómulo pasó la autoridad régia á manos de los senadores, que se convinieron en que cada uno de ellos la ejerceria alternativamente con el título de *inter-rey*, por espacio de cinco dias, en los cuales habia de disfrutar de todos los honores de la soberanía; pero este *interregno* solo duró un año.

CAPÍTULO II.

NUMA.

39. Cansado el pueblo de obedecer á tantos reyes clamaba por la antigua forma de gobierno, y los senadores hubieron de desprenderse de una autoridad que no les era muy fácil retener, segun el estado de las cosas. Pero cuando se trató de elegir rey, como el senado se componia de igual número de romanos que de sabinos, unos y otros se disputaban la corona. Origináronse de aquí algunas disensiones, hasta que por último vinieron á conformarse en que los romanos nombrasen el rey, pero con la condicion de que este habia de ser sabino de orígen. Hízose así, y recayó la eleccion en NUMA POMPILIO, hombre íntegro, sábio, moderado, virtuoso, y de unas costumbres irreprensibles. Contaba entonces unos cuarenta años, y vivia retirado en el campo cultivando las ciencias y la filosofía, tan contento con su suerte, que no aspiraba á mayores distinciones; por cuya razon dicen que aceptó la corona con suma repugnancia.

Miraba NUMA la guerra como una de las mayores calamidades que pueden afligir á los hom-

bres, y así dedicó todos sus cuidados al establecimiento de una paz sólida y duradera, inspirando á los romanos con su ejemplo el amor á la religion y á las virtudes, y el temor y respeto á los dioses. Como la religion entonces consistia en las respuestas de los oráculos, y en las interpretaciones de los *aruspices y augures*, no le fue muy dificil persuadir á los romanos que el bueno ó mal éxito de todas sus empresas dependia de aquellas mismas deidades que pronosticaban los acontecimientos futuros. De este modo les inspiró aquella profunda veneracion con que miraron por espacio de muchos siglos á estos entes superiores. Estendiéronse estas preocupaciones por Roma insensiblemente, fomentando una ciega supersticion, de que supo aprovecharse la política para refrenar el ímpetu de un pueblo feroz aun, y mantenerle en la debida sumision y obediencia á las leyes.

Para autorizar sus instituciones religiosas, y grangearse el respeto y amor del pueblo, fingió Numa que una ninfa llamada *Egeria* le habia inspirado, revelándole el modo con que los dioses querian que se les sirviese y adorase. Erigió un altar á la *buena fé*, para que los romanos mirasen las promesas como sagradas; instituyó las fiestas del dios *Término*, á fin

de que no entrasen en deseos de estender los límites de sus posesiones; y consagró un templo á *Jano*, el cual habia de estar cerrado durante la paz, y abierto durante la guerra. También promovió la agricultura, repartiendo entre los ciudadanos mas pobres las tierras que habia conquistado Rómulo, y dicen que reformó el calendario haciendo lunar el año, que en tiempo de Rómulo solo era de diez meses, y aproximándole ademas al verdadero año solar por medio de algunas intercalaciones. Vivió Numa ochenta y tres años, de los cuales reinó cuarenta y tres en medio de las sabrosas dulzuras de una paz no interrumpida.

CAPÍTULO III.

Tulo Hostilio.

82. Sucedió á Numa Tulo Hostilio, príncipe ambicioso y osado, muy inclinado á la guerra, y de un carácter enteramente opuesto al de su predecesor. Siguiendo las huellas de Rómulo, solo pensó en conservar el estado por medio de nuevas conquistas; y si bien la conducta pacífica de Numa habia sido muy útil á los romanos para templar la ferocidad de sus costumbres, no les fue menos provechoso el

genio emprendedor y guerrero de Tulo Hostilio, para sostener un estado fundado por la fuerza y la violencia, y rodeado de vecinos que no podian mirar sin envidia su engrandecimiento.

La ciudad de Alba era la que manifestaba mas animosidad contra los romanos, aunque la mayor parte de estos traían su orígen de ella y se la habia considerado siempre como la metrópoli de todo el *Latio* ó pais de los latinos. Varias quejas recíprocas, muy comunes entre naciones vecinas, encendieron la guerra, ó por mejor decir, la ambicion y un cierto espíritu de conquista les hicieron tomar las armas. Puestas ya en campaña las tropas de Alba y las de Roma, en el momento en que iban á venir á las manos unas con otras, el general de Alba, bien fuese por evitar la efusion de sangre, ó bien porque temiese el éxito del combate, propuso á Tulo Hostilio, que en lugar de los dos ejércitos, peleasen solamente tres combatientes de cada parte, con la condicion de que el partido vencido se someteria en un todo al vencedor. Fue aceptada la proposicion, y nombró Roma por su parte á tres hermanos llamados los *Horacios*, á los cuales opuso Alba otros tres hermanos tambien llamados los *Curiacios*. Mientras que estos guerreros peleaban con todo aquel ardor que puede inspirar el

amor á la patria, y el poderoso atractivo de una recompensa tan gloriosa, como la de merecer el título de libertadores de ella, esperaban los dos ejércitos con temerosa impaciencia el éxito del combate. Mantúvose largo tiempo indecisa la victoria, hasta que con la muerte de dos de los Horacios, pareció inclinarse al partido opuesto: pero cuando Roma creía su ruina inevitable, el único campeon que le quedaba dió muerte sucesivamente á sus contrarios, y dejó á su patria triunfante y victoriosa.

87. Cuando el vencedor iba á entrar en Roma, encontró á una hermana suya que estaba tratada de casarse con uno de los Curiacios, la cual al ver entre los despojos de que venia cubierto la cota de su amante, no pudo contener su dolor; y derramando un torrente de lágrimas, mesándose los cabellos, y haciendo otros estremos semejantes, prorumpió en las mas terribles imprecaciones contra su hermano. Éste, irritado de ver el sentimiento que tan intempestivamente manifestaba su hermana, enmedio de la alegría y regocijo público, arrebatado de la cólera, le atravesó el pecho con la espada diciéndole: «*Anda y llévale á tu amante esa* »*desordenada pasion, que te hace preferir un* »*enemigo muerto á la gloria de la patria.*"

Una accion tan bárbara y cruel fue desapro-

badá y vituperada generalmente, y el agresor conducido ante los duumviros, jueces naturales de este género de delitos. Salió Horacio condenado á muerte, y el mismo dia de su triunfo hubiera sido tambien el de su suplicio, si por consejo de Tulo Hostilio no hubiese apelado de la sentencia á la asamblea del pueblo. Compareció ante este supremo tribunal con aquella firmeza y valor que habia mostrado en el combate contra los Curiacios; y el pueblo creyó que en recompensa del distinguido servicio que acaba de hacer á la patria, podria mitigar el rigor de la ley, y le dió por absuelto.

Terminado este asunto, hizo Tulo Hostilio reconocer su autoridad en Alba, segun las condiciones del combate. Adaptando las máximas de Rómulo, demolió la ciudad, y sus habitantes fueron trasportados á Roma, en donde obtuvieron el derecho de ciudadanos, y varios de los mas principales la distincion de senadores. Algun tiempo despues volvió Tulo Hostilio las armas contra los sabinos y otros pueblos, sobre los cuales logró algunas ventajas; y despues de haber reinado cerca de treinta y dos años, le mató un rayo segun algunos, y segun otros le asesinaron.

CAPÍTULO IV.

Anco Marcio.

133. Anco Marcio sucedió á Tulo Hostilio por eleccion del pueblo confirmada por el senado. Como este monarca era nieto de Numa, se propuso imitar sus virtudes y amor á la religion. Instituyó ciertas ceremonias religiosas, que indispensablemente habian de preceder á toda declaracion de guerra; pero estos establecimientos mas propios para dar á conocer su justicia que no su valor, le acarrearon el desprecio de sus vecinos. Los latinos en varias incursiones asolaron las fronteras de Roma, y entonces conoció Anco Marcio por esperiencia propia, que el trono requeria otras virtudes mas que la piedad religiosa. Pero sin embargo, para sostener su carácter, antes de tomar las armas envió á los enemigos un *fecial*, cuyas funciones eran las de declarar la guerra, el cual luego que llegó á sus fronteras dijo en alta voz. «Oid, Júpiter, y vos Juno: oid, Quirino: oid, dioses del »cielo, de la tierra, y de los infiernos: yo os »pongo por testigos de que el pueblo latino es »injusto; y como este pueblo ha ultrajado al »pueblo romano, el pueblo romano y yo, con

»el consentimiento del senado, le declaramos la »guerra." A estas palabras el *fecial* arrojó en el territorio de los enemigos un dardo teñido en sangre.

El éxito de esta guerra fue correspondiente á la justicia de la causa: Anco Marcio derrotó á los enemigos, arruinó sus ciudades, trasladó sus habitantes á Roma, y reunió todo su territorio al de esta capital. Despues de esta victoria dedicó sus cuidados á otras empresas, tanto mas dignas de la atencion de un rey, cuanto se dirigian á la prosperidad de sus súbditos. Construyó un puente sobre el Tiber, y el puerto de Ostia en la embocadura de este rio: mandó abrir pozos para salinas á la orilla del mar, distribuyendo al pueblo una gran parte de la sal que se sacaba de ellos, y edificó una cárcel pública, establecimiento necesario en razon de que la licencia y los desórdenes crecian á medida de la poblacion. Este príncipe murió despues de haber reinado por espacio de veinte y cuatro años.

CAPÍTULO V.

Tarquino Prisco.

138. Tarquinio, ó Tarquino primero, á quien llamaron Prisco ó el *antiguo*, fue el quinto

rey de Roma á pesar de ser estrangero. Su verdadero nombre era *Lucumon*, pues el otro le tomó de *Tarquinia*, ciudad de la Etruria, en donde habia nacido de un comerciante muy acaudalado de Corinto, que por varias turbulencias ocurridas en esta ciudad habia venido á establecerse á Italia. Las riquezas que heredó de su padre le pusieron en estado de casarse con una de las señoras mas distinguidas de Tarquinia; pero como el nacimiento y profesion de Tarquino eran mal mirados entre los nobles de la ciudad, su muger le persuadió á que se fuese á establecer á Roma, en donde no habia mas distinciones que las del mérito personal. Teníale Tarquino realmente, y le supo sostener por medio de cierta política, que auxiliada de las riquezas le daba un nuevo realce: así se grangeó la estimacion de Anco Marcio, que no solo le concedió plaza en el senado, sino que á su muerte le nombró tutor de sus dos hijos, de los cuales el mayor no pasaba de quince años.

Aspiraba Tarquino á la corona; y aunque no era hereditaria, temia que el pueblo, por respeto y veneracion al difunto monarca, no manifestase cierta deferencia hácia sus hijos. Para remediar este inconveniente, tuvo buen cuidado de enviarlos fuera de Roma el dia de la eleccion; y presentándose en la asamblea, pronunció un

discurso estudiado, en el cual despues de haber exagerado su amor al pueblo, recordándole la generosidad con que en obsequio suyo se habia desprendido de sus riquezas, hizo larga mencion de sus conocimientos en el arte de reinar, y vino á concluir proponiéndose por rey á sí mismo. Surtió este discurso el buen efecto que Tarquino deseaba, pues el pueblo persuadido ó engañado, le confirió la dignidad régia.

A pesar de haber obtenido la corona por unos medios, desconocidos hasta entonces entre los romanos, gobernó Tarquino con prudencia y rectitud; y para aumentar su crédito en el senado, recompensando al mismo tiempo á sus partidarios, creó cien senadores mas, á los cuales hizo antes patricios por no confundir las diferentes clases del estado. Tambien se supo ganar la voluntad del pueblo, construyendo un circo para los juegos á imitacion de los griegos.

Las pacíficas disposiciones de Tarquino fueron interrumpidas por las incursiones que los sabinos, los etruscos y los latinos hicieron en el territorio de Roma, cuyo engrandecimiento miraban como el principio de la ruina de todos sus vecinos. Pero este príncipe, sin haber dado una batalla decisiva, obtuvo algunas ventajas sobre sus enemigos, y tomó varias ciudades á los latinos, cuyos habitantes condujo á Roma á ejem-

plo de sus predecesores. Despues de estas victorias, para que los romanos no se corrompiesen en la indolencia y la ociosidad, trató de proporcionarles alguna ocupacion, emprendiendo varias obras públicas, como aqüeductos, templos, colegios ó casas de educacion, y otros edificios. Los hijos de Anco Marcio, que por espacio de treinta y siete años habian vivido quieta y pacíficamente bajo la dominacion de Tarquino, no pudiendo sufrir que hubiese adoptado por hijo á *Servio Tulio* su yerno, declarándole por sucesor, resolvieron dar muerte al primero, para lo cual se valieron de unos asesinos, á quienes no les fue muy dificil conseguirlo.

Murió este príncipe á la edad de ochenta años, de los cuales reinó treinta y ocho.

CAPÍTULO VI.

Servio Tulio

176. A las primeras noticias del asesinato de Tarquino, acudió todo el pueblo al palacio para informarse del hecho; pero *Tanaquil*, viuda del difunto monarca, procuró tener oculta su muerte por algunos dias, durante los cuales no se descuidó Servio Tulio en ganar al senado con cuyo consentimiento subió al trono.

Este monarca, hijo de una esclava latina, y nacido en Roma durante la esclavitud de su madre, á pesar de ser muy adicto al gobierno republicano, no podia tolerar la preponderancia que el populacho ignorante tenia en todos los negocios, en razon del mayor número de individuos: asi trató de transferir toda la autoridad á las otras clases de nobles y patricios. La empresa era dificil y arriesgada, porque el pueblo romano, el mas orgulloso del mundo, defendia sus derechos con tal entusiasmo, que para obligarle á ceder la mas mínima parte de su autoridad, era preciso alucinarle con la perspectiva de otras ventajas mas considerables. Como los bienes de los ciudadanos eran casi iguales en los primeros años de la república, á todos indistintamente se habia impuesto un mismo tributo para las necesidades del estado, el cual siguieron pagando despues constantemente, á pesar de que con el transcurso del tiempo habia desaparecido la primitiva igualdad de bienes. SERVIO para ofuscar al pueblo, y tener un exacto conocimiento de las fuerzas del estado, hizo presente en una asamblea, que habiéndose aumentado considerablemente el número de ciudadanos y las riquezas de los particulares, por la multitud de estrangeros que habian venido á establecerse en Roma, no le parecia equitativo que el mas pobre

pagase el mismo tributo que el mas rico: que creía indispensable arreglar las contribuciones á las facultades de cada uno; y que para tener una noticia individual de estas, era preciso obligar á todos, bajo las penas mas rigurosas, á que hiciesen una declaracion fiel de los bienes que poseían.

Recibió el pueblo con los mayores aplausos una proposicion tan ventajosa en apariencia á sus intereses, y toda la asamblea á una voz concedió al rey ámplias facultades para establecer el órden que juzgase mas conveniente al bien público. En virtud de este poder dividió Servio Tulio primeramente todos los habitantes, sin distincion de nacimiento ni clase, en cuatro tribus llamadas de la ciudad, y formó otras veinte y seis con los ciudadanos que vivian en el campo. Estableció despues el *censo*, esto es, un padron ó registro de todos los ciudadanos, en el cual se espresaba la edad de cada uno, sus facultades, su oficio, el nombre de su tribu y curia, y el número de hijos y esclavos que tenia. Acompañaban á esta operacion ciertas ceremonias, por las cuales le dieron el nombre de *lustro*, y por esta voz se entendia igualmente un espacio de tiempo de cinco años, que era el que mediaba de un censo á otro. Habia en aquel tiempo en Roma y sus inmediaciones mas de

ochenta mil ciudadanos en estado de tomar las armas, y de todos ellos formó SERVIO seis *clases*, las cuales subdividió en varias centurias. Compuso la primera clase de ochenta centurias, en las que solo entraron los senadores, los patricios y los mas ricos, añadiendo ademas otras diez y ocho que comprendian toda la caballería. En las cuatro clases siguientes, que componian noventa y cinco centurias, colocó á todos aquellos que tenian alguna propiedad, dándoles la preferencia segun la mayor cantidad de bienes; y por último, la sesta clase, compuesta de los pobres, á pesar de ser la mas numerosa, no tenia mas que una centuria; bien que no pagaba tributo alguno, y estaba exenta de ir á la guerra, al paso que las otras pagaban un tanto por centuria.

Hecha esta division, estableció SERVIO TULIO que en los casos en que se hubiesen de elegir magistrados, sancionar leyes, declarar la guerra, y otros de esta naturaleza, se juntase el pueblo á dar sus votos por centurias: de este modo la última clase, sin perder el derecho de votar, no tenia influencia alguna en las deliberaciones, al paso que la primera podia decidir por sí sola, respecto á que contaba mayor número de centurias que todas las otras juntas.

Despues de este establecimiento, dicen que

pensaba SERVIO abdicar la corona para hacer en todo libres á los romanos, y formar un gobierno puramente republicano; pero este designio no llegó á realizarse por la ambicion de su yerno *Tarquino el Soberbio*, que impaciente por subir al trono le hizo asesinar. Apoderóse luego y tomó posesion de la corona, sin forma alguna de eleccion, y sin oonsultar ni al senado ni al pueblo, como si esta dignidad fuese una herencia. Informada *Tulia* su muger de todo lo ocurrido, y ardiendo en deseos de ser la primera á cumplimentar al nuevo monarca, corrió al palacio en su carroza con tal ansia de llegar pronto, que habiendo encontrado en el camino el cadáver de su padre, que los asesinos habian arrojado á la calle, por no detenerse, obligó al cochero vacilante á que pasase por encima de él, tiñendo los pies de los caballos en la preciosa sangre del autor de sus dias. ¡Horror abominable, de que por bien del género humano no ofrece la historia muchos ejemplos! Tal fue el desastrado fin de SERVIO TULIO, despues de un reinado de cuarenta y cuatro años consagrados todos á la felicidad pública.

CAPÍTULO VII.

Tarquino el Soberbio.

220. Todo el mundo miró con horror la inhumana accion de Tarquino, y todos detestaban igualmente su ambicion y crueldad. Este príncipe, parricida y tirano á un mismo tiempo, acababa de quitar la vida á su padre político y la libertad á la patria, y no era posible que pudiese sostenerse en una dignidad adquirida por semejantes medios, sino cometiendo nuevos atentados. Sin embargo supo conducirse con mucha destreza y sagacidad en los primeros años de su reinado, ganando el ejército que contemplaba como el mas firme apoyo de su poder. Al paso que en Roma trataba á todos con despotismo y altanería, y en particular á aquellos magnates que podian contrariar sus designios, en el ejército se mostraba afable, humano y generoso con los soldados: familiarizándose con ellos, los gratificaba con liberalidad, y algunas veces les entregaba á saco las ciudades enemigas. En cuantas guerras emprendia, parece que no llevaba otro fin que el de enriquecer á los soldados, ya fuese porque temia sus fuerzas reunidas, ó ya porque aspiraba á grangearse por este medio su voluntad y cariño.

En el reinado de Tarquino tuvieron orígen los libros de las *Sibilas*, segun cuentan algunos historiadores. Refieren estos que se presentó á aquel príncipe una muger desconocida pidiéndole por nueve libros ó volúmenes que llevaba, una suma exorbitante, que no tuvo á bien dar por ellos; que habiendo quemado dicha muger tres de los referidos volúmenes, volvió nuevamente á su presencia con los restantes, pidiéndole siempre la misma cantidad que al principio, la cual le fue igualmente denegada; que volvió á quemar otros tres volúmenes, insistiendo en pedir por los que le quedaban lo mismo que habia pedido por todos, y que admirado Tarquino de una conducta tan rara y singular, consultó los augures, los cuales le dijeron que debia comprar á cualquier precio que fuese los tres libros que quedaban; y finalmente que esta muger habia desaparecido despues de haber vendido los libros, que reconocidos y examinados se vió que contenian los oráculos de la *Sibila Cumea*. Estos libros guardados primeramente por el príncipe, y despues por el senado, fueron en lo sucesivo los intérpretes de la voluntad de los dioses. Se les hacia hablar á medida del deseo, y el interés dictaba los oráculos.

Hermoseó Tarquino á Roma con varios edificios públicos, y entre ellos con el templo del

Capitolio, así llamado por una cabeza de hombre que se halló en lo mas hondo de la escavacion que se hizo para sus cimientos, la cual dicen que estaba tan entera como si acabase de enterrarse. Los adivinos y augures que de todo sacaban partido, se aprovecharon de esta coyuntura para publicar que Roma sería algun dia la señora del mundo y la capital del universo.

Asistia TARQUINO frecuentemente á estos trabajos, pero acompañado siempre de una guardia numerosa, cuyos individuos al mismo tiempo que custodiaban su persona, le servian de espías. Muchos de ellos andaban repartidos por diferentes parages de la ciudad, observando atentos los pasos y acciones de los ciudadanos, para informar despues al tirano de todo cuanto pasaba en Roma. La menor sospecha era castigada de muerte ó con destierro; y muchos de los primeros senadores perecierón secretamente, sin mas delito que el de atreverse á lamentar los males de la patria. No perdonó el tirano ni aun á *Marco Junio*, casado con una hija de Tarquino el antiguo: se le hizo sospechoso por sus riquezas, y esto bastó para que le quitase la vida, no solo á él, sino tambien á su hijo primogénito. La misma suerte hubiera corrido otro hijo de Marco, llamado *Lucio Junio*, si para librarse de la crueldad de

TARQUINO, no se hubiera fingido fátuo, por cuya razon, y como por desprecio le pusieron el sobre nombre de *Bruto*. Los otros senadores llenos de temor no se atrevian á salir de sus casas: el tirano no consultaba á ninguno, y ya no se convocaba el senado, ni celebraba el pueblo sus asambleas: en una palabra, el despotismo habia erigido su trono sobre las ruinas de las leyes, y todas las diferentes clases del estado igualmente oprimidas suspiraban por alguna mudanza en el gobierno, cuando el atentado de *Sexto*, hijo de TARQUINO, contra la casta *Lucrecia*, les presentó una ocasion favorable para sacudir el pesado yugo en que gemian.

Habia visto Sexto en una ocasion á Lucrecia, muger de *Colatino*, y habia quedado tan prendado de su hermosura y modestia, que el parentesco que tenia con su marido no fue poderoso á contener el impuro deseo que aquella ilustre romana encendiera en su corazon. Como que estaba poco acostumbrado á reprimir sus pasiones, solo pensó en los medios de satisfacer esta; y aprovechándose de la ausencia de Colatino, que se hallaba con él en el sitio de Ardea, capital de los Rutulos, pasó á Roma á visitar á Lucrecia, de quien fue recibido y hospedado con todo el agasajo que se debe á un pariente. Pero este monstruo atropellando los

mas sagrados derechos, triunfó de la virtud de Lucrecia, que no tuvo fuerzas para resistirse á la horrible amenaza que la hizo de darle muerte á ella y á su esclavo, poniendo despues á este en la cama á su lado, y publicando por todas partes su infame adulterio.

Al dia siguiente envió Lucrecia á decir á su marido y á su padre *Spurio*, que fuesen inmediatamente á Roma, en donde un asunto de la mayor importancia hacia necesaria su presencia. Obedecieron estos sin tardanza, y entraron en casa de Lucrecia, en compañía de *Valerio*, pariente de su padre, y *Lucio Junio Bruto*, aquel que segun queda dicho, se habia librado del furor de Tarquino por su aparente estupidez. Refirió Lucrecia en presencia de todos el infame atentado de Sexto, pidiéndoles venganza contra él; y no pudiendo resolverse á sobrevivir á su deshonra, se atravesó el pecho con un puñal, y cayó muerta á los pies de su padre y de su marido. Esta trágica catástrofe dejó consternados á todos los espectadores; pero Junio Bruto, en tanto que los otros hacian las mas vivas demostraciones de dolor, sacando el puñal del pecho de Lucrecia, y quitándose la mascarilla, «sí, dijo en alta voz, ¡yo te juro solemnemente vengar tu injuria, virtuosa Lucrecia! ¡Y pongo á los dioses por testigos de que sacrifi-

»caré mi vida por la libertad de la patria, y »derramaré hasta la última gota de sangre antes »de consentir que la casa de TARQUINO ni ninguna otra vuelva á reinar jamás en Roma!"

Entregando despues el puñal á los otros para que repitiesen el mismo juramento, hizo conducir el cadáver de Lucrecia á la plaza pública, en donde arengó al pueblo con tal vehemencia, que dispertando del letargo en que yacía, y alentados los senadores con su ejemplo, condenaron á TARQUINO con toda su posteridad á perpétuo destierro, prohibiendo, bajo pena capital, proteger su vuelta, y hasta el abogar en favor de ella. El monarca espulso se refugió en Cira, pequeña ciudad de Etruria, y con él terminó la monarquía, en cuyo lugar se substituyó la república. Por el mismo tiempo sacudió Atenas el yugo de los *Pisistratidas*, y hay una cierta analogía muy singular entre las causas y circunstancias de estas dos revoluciones.

Siete reyes gobernaron á Roma durante el espacio de doscientos cuarenta y cuatro años, y su administracion fue el fundamento de su grandeza, porque todos eran príncipes eminentes, sin esceptuar el último, al cual se le podrá vituperar por sus injusticias, mas no defraudar de la gloria del genio y los talentos. Los historiadores son algo sospechosos de haber car-

gado el cuadro de su tiranía: todo lo exageran. Roma no conocia aun la moneda de plata; no poseía mas que un territorio de trece leguas de largo sobre diez de ancho; no cultivaba ni las ciencias ni las artes; y sin embargo hablan de los romanos de aquel tiempo como si todos los talentos se cultivasen entre ellos.

Causa no poca admiracion que siete reyes electivos, de los cuales cuatro fueron asesinados, y el último destronado, abracen en la historia el dilatado espacio de doscientos cuarenta y cuatro años, al paso que los reinos hereditarios no ofrecen un ejemplo semejante de tan larga duracion de siete reinados; y no es menos digno de notar que todos estos siete príncipes hayan manifestado cualidades superiores, lo cual tambien carece de ejemplo: pero estas mismas reflexiones son una prueba contra la verdad de su historia, y es preciso confesar que encierra muchas cosas, sino absolutamente falsas, á lo menos dudosas.

ÉPOCA SEGUNDA.

DE LA REPÚBLICA.

Desde el año de Roma 244, hasta la batalla de Accio en el de 725.

CAPÍTULO PRIMERO.

ABOLICION DE LA MONARQUÍA Y ESTABLECIMIENTO DEL CONSULADO.

El decreto de espulsion de Tarquino y abolicion de la monarquía habia sido espedido por el pueblo, reunido por tribus y por curias, en cuyas especies de *comicios* todos los votos eran iguales; pero cuando se trató de proveer al gobierno de la república, los patricios no descuidando sus intereses, prefirieron los comicios por centurias, en los cuales la primera tenia la preponderancia sobre todas las demas. En efecto, del seno de los patricios se sacaron dos magistrados, que, bajo el modesto título de *Cónsules*, ejerciesen la autoridad régia. Bruto, autor de la conspiracion, y Colatino, marido de Lucrecia, obtuvieron el *Consulado*. Sin duda el título de rey tenia alguna cosa de sagrado, puesto que no le abolieron absolutamente; antes bien habiendo creado un nuevo sacerdocio,

se le dió al que le desempeñaba el título de *Rey de los sacrificios*, aunque sin ninguna autoridad en los negocios civiles.

Los etruscos, en cuyo seno Tarquino abandonado de sus tropas se habia ido á refugiar, como queda dicho, abrazando los intereses del prófugo monarca, sí ya no era con el ánimo de mortificar á los romanos, les enviaron una embajada con el pretesto de pedir la restitucion de sus bienes. Algunos jóvenes, y entre ellos los dos hijos de Bruto, seducidos por estos embajadores, y por la esperanza de insinuarse en la gracia del monarca, que creían perseguido injustamente, conspiraron en su favor; pero habiendo sido descubiertos por un esclavo, fueron condenados á muerte. El desventurado Bruto tuvo que pronunciar esta sentencia fatal contra sus propios hijos, y presenciar la ejecucion: ¡ terrible ejemplo de severidad, que contempló necesario para cortar el mal de raiz! Los bienes de Tarquino se entregaron al pueblo, y los embajadores etruscos, á pesar de la perfidia con que habian violado el derecho de gentes, por uno de aquellos rasgos de moderacion que se encuentran á cada paso en esta historia, se restituyeron libremente á su patria.

Colatino por haberse mostrado menos rígido que Bruto con los conspiradores, se hizo sos-

pechoso al pueblo, que le hubiera desterrado, si no hubiese abdicado la dignidad consular por consejo de su colega. Éste murió con las armas en la mano en una batalla contra *Aruns*, hijo de Tarquino. Hiriéronse entrambos mortalmente, y los cimientos de la república se regaron con la sangre de su principal autor. Se hizo una oracion fúnebre á Bruto, y las mugeres llevaron luto por él todo un año.

El espíritu de libertad es tan suspicaz y asombradizo, que el nuevo cónsul Valerio Publícola, á pesar de ser muy popular, fue sindicado de que aspiraba á la tiranía, por haber labrado una casa en un sitio que dominaba la plaza pública. Mas para restablecer su crédito y opinion, no contento con demoler la casa, quitó las hachas de las fasces de sus lictores, haciendo que estas se inclinasen delante de la asamblea del pueblo: autorizó á todos los ciudadanos para quitar la vida á cualquiera que intentase erigirse en soberano: permitió apelar al pueblo hasta de las sentencias de los cónsules; y en fin confió el tesoro público á dos senadores nombrados por el pueblo. Esta conducta, que le grangeó por cuatro veces el Consulado, no podia menos de desagradar al senado harto celoso de su autoridad; pero al cabo necesitaba del pueblo para defenderse de los enemigos.

Porsena, el rey mas poderoso de la Etruria, abrazó la causa de Tarquino, y se presentó á las puertas de Roma con su ejército. El senado habia tenido la precaucion de tomar sus medidas, acopiando víveres, y eximiendo de todo impuesto á los ciudadanos pobres, cuyo descontento podria ocasionar alguna insurreccion, declarando que harto tributo pagaban en los hijos que daban á la república. Sin embargo, Roma hubiera sucumbido, á no ser por la accion casi increible de *Horacio Cocles*, que defendió él solo el puente del Tiber, mientras que á su espalda le estaban cortando para impedir el paso al enemigo. Bloqueó éste la ciudad, y se empezaba ya á sentir el hambre, cuando *Mucio Scevola*, jóven intrépido, se introdujo en el campo de los etruscos, y penetró hasta la tienda misma del rey, resuelto á asesinarle á costa de su propia vida. Erró el golpe por equivocacion, y aseguró á Porsena con denuedo y altanería, que otros muchos ciudadanos habian formado el mismo proyecto de asesinarle. El monarca etrusco tuvo la generosidad de dejar al asesino volver impunemente á Roma, con la cual ajustó despues las paces.

Pasarémos en silencio la historia de *Clelia*, á quien como á otras jóvenes dadas con ella en rehenes, hacen pasar á nado el Tiber por en-

medio de una nube de dardos y flechas. Lo maravilloso es bueno para entretener á los niños; pero á los adultos solo les enseña á desconfiar de las añejas tradiciones. Dícese que colmaron de honores y récompensas á Horacio Cocles, Mucio Scevola y Clelia. Lo cierto es que Roma honrando el valor, formaba héroes. Perdió en Valerio Publicola un verdadero modelo de patriotismo. Despues de cuatro consulados, murió tan pobre, que sus funerales se hicieron á espensas del público; y el luto que las damas romanas llevaron por él todo un año, como lo habian hecho por Bruto, fue una espresion nada equívoca del sentimiento general que ocasionó su pérdida.

Roma tenia un cierto principio de insurreccion en su propio seno. Los patricios, hablando en general, lejos de ser como en un principio los padres del pueblo, solo trataban de convertirse en sus dueños y señores. La desigualdad de los bienes se aumentaba de dia en dia, y con ella las semillas de la division. Los pobres, despues de haber acumulado deudas sobre deudas, se veían espuestos á todo género de vejaciones por parte de los acreedores, que con grande inhumanidad los encarcelaban ó los reducian á la esclavitud. El pueblo en tal estado declaró que no se alistaria para tomar las armas, á menos

que no se le perdonasen las deudas ; y algunos llegaron hasta soltar la amenaza de que abandonarian la ciudad.

Valerio, hermano de Publicola, propuso la abolicion de las deudas como el medio mas conforme á la humanidad y mas prudente; pero *Apio Claudio*, rico sabino nuevamente establecido en Roma, en fuerza de su carácter duro é inflexible se opuso á esta medida, haciendo presente; que abolir las deudas sería lo mismo que arruinar la fé pública: que si bien se debia tener alguna indulgencia con aquellos deudores cuyo infortunio no procedia de una conducta desarreglada, nada se perdia en que los otros abandonasen una ciudad que con sus vicios llenaban de oprobio; y últimamente, que la debilidad en este caso no haria mas que fomentar la sedicion. El senado remitió la decision de este asunto á la finalizacion de la guerra, contentándose con suspender las deudas durante este intervalo de tiempo. Mientras tanto el enemigo se acercaba, y los amotinados cobrando nuevo aliento, se negaban á tomar las armas si no se accedia á su demanda. Para poner fin a las disensiones, se propuso la creacion de un magistrado con el título de *Dictador*, que reasumiese toda la autoridad, y que gobernase como soberano la república en todos los casos y circunstancias c

que las reglas ordinarias no alcanzasen á mantener el órden; y para que esta magistratura no degenerase en tiranía, se le señaló el término de seis meses. El pueblo espuesto siempre á dejarse engañar sobre lo futuro, á cuyas consecuencias no se estiende su limitada prevision, aprobó sin el menor reparo esta medida.

255. La eleccion de Dictador, que el pueblo no hacia mas que confirmar, pertenecia esclusivamente á uno de los dos cónsules; y Clelio y Larcio que lo eran á la sazon, se disputaron generosamente la gloria de nombrar el uno al otro para esta dignidad. Cedió Larcio, y fue nombrado Dictador por su colega. Uno de los fenómenos mas singulares de la historia es, que la dictadura, á la cual estaba vinculado el derecho de vida y muerte, y un poder despótico y absoluto, haya sido frecuentemente la salvacion de la patria, y que ningun ambicioso abusase de ella, siendo por el contrario abdicada, cuando habia llenado su objeto, antes de espirar el término prescrito. *Sila* dió el primer ejemplo de usurpacion de este poder: tal era el que tenian las leyes sobre el corazon de los romanos.

El primer uso que hizo Larcio de su autoridad fue nombrar general de la caballería á *Spurio Casio*, que habia sido cónsul y obtenido los honores del triunfo, y luego se presentó en públi-

co con el séquito de veinte y cuatro lictores, con las fasces armadas de hachas, resuelto á castigar severamente el crímen y la sedicion. Sus sentencias no tenian apelacion: los amotinados temblaron y se vieron en la necesidad de obedecer. Hizose luego el censo de la poblacion, y se hallaron mas de ciento y cincuenta mil ciudadanos que pasaban de la pubertad. El Dictador alistó para las armas los que tuvo por conveniente, y despues de haber hecho treguas con los latinos que amenazaban á Roma, abdicó inmediatamente la dictadura.

Como los latinos, espiradas las treguas, hubiesen vuelto á tomar las armas, se creyó necesario volver á nombrar Dictador; y POSTUMIO, revestido de esta dignidad, marchó contra los enemigos. Contaban estos cuarenta y tres mil combatientes, al paso que los romanos no tenian mas de veinte y cinco mil. Sin embargo, la sangrienta batalla de *Regila* afirmó la suerte de la república. *Tito* y *Sexto*, hijos del tirano, perecieron en ella, y apenas pudieron salvarse mas de diez mil latinos. Pidieron estos la paz, y se sometieron. Tarquino murió en Cumas en la Campania, oprimido del peso del infortunio y de los años.

Los patricios, que mientras temieron su vuelta á Roma habian guardado algunas considera-

ciones con el pueblo, libres ya de esta inquietud, redoblaron las violencias y el mal trato. Bien pronto cundieron por toda la ciudad las vejaciones y las quejas. Un viejo, escapadó de la prision, se presenta en la plaza flaco y estenuado, y descubriendo las cicatrices de las heridas que habia recibido en la guerra, y las señales recientes de los golpes que un acredor despiadado le habia hecho dar, se lamentó altamente de su miserable estado. Enfurecido el pueblo á su vista hizo que se reuniese el senado; mas Apio Claudio, siempre inflexible, opina como lo habia hecho anteriormente, que lejos de transigir con los sediciosos se les debe castigar.

Adelántanse á esta sazon los volscos hácia Roma con un numeroso ejército, y los plebeyos llenos de gozo dicen á los patricios, que pueden ir á pelear con los enemigos puesto que ellos son los únicos que cogen el fruto de las victorias. Pero la dulzura del cónsul Servilio, sus promesas de que se daria satisfaccion al pueblo, la suspension de las deudas entretanto, y el amor de la patria alentado por la esperanza, calman la irritacion, y los deudores se alistan á porfia. Servilio derrota á los volscos, y reparte el botin á los soldados.

Como el senado, inducido por la severidad de Apio Claudio, rehusaba siempre acceder á las pre-

tensiones del pueblo, se habia renovado la sedicion y estaba á punto de reventar, cuando los cónsules que tenian aun sus ejércitos en pie, mandaron á los soldados que los siguiesen con el pretesto de una nueva guerra. Contaban con la fuerza del juramento, que la religion hacia mirar como una ley inviolable á los romanos; mas los soldados imaginaron un medio tan frívolo como especioso para eludir esta ley, y fue el de sacar furtivamente las banderas que juraban no abandonar, y retirarse con ellas. Nombraron despues sus oficiales, y sentaron el real en el monte sagrado de la parte de allá del Teveron, á tres millas de Roma. Esta desercion no esperada, que se aumentaba de dia en dia, dió á conocer al senado cuán imprudente é injusta habia sido su dureza.

Los diputados que se enviaron á los sediciosos trajeron por toda respuesta, que despues de tantas promesas quebrantadas no se podian fiar del senado: que una vez que los patricios querian mandar en Roma como señores, eran dueños de permanecer en ella; pero que los ciudadanos pobres y desvalidos querian ser libres, y el lugar en donde pudiesen conseguirlo ese seria su patria. Lo mas admirable es que el órden y la disciplina no sufrian la menor alteracion en el campo de los amotinados; ni habia tumultos ni

arbitrariedades; bajaban al llano á buscar víveres, y acopiados los que necesitaban, se restituían pacíficamente á su puesto.

Esta moderacion misma inquietaba en gran manera al senado, pues le daba á entender que la empresa habia sido bien concertada, y temia, no sin razon, las poderosas fuerzas que amenazaban la ciudad. La consternacion se apoderó de todos en tales términos, que no solo no habia quien pretendiese el consulado, sino que fue preciso obligar á dos senadores á que le aceptasen. Tomóse en consideracion el negocio de las deudas, y se nombraron diez diputados para tratar con el pueblo, confiriéndoles ámplio poder para terminar este asunto, bajo las condiciones que creyesen mas ventajosas á la república. Apio y los senadores jóvenes se opusieron á esta medida, pero fué en vano. Sus violentos consejos habian acarreado ya consecuencias harto funestas, para sofocar aun de nuevo los sentimientos de la humanidad. Las cosas habian llegado á tal estremo, que sin conceder mucho al pueblo, era imposible restablecer el órden y la paz. El abuso de la autoridad, en pasando de ciertos límites, produce siempre estos resultados.

CAPÍTULO II.

EL PUEBLO ADQUIERE AUTORIDAD.

260. *Larcio* y *Valerio*, que habian ejercido la dictadura, y *Menenio Agripa*, ilustre consular, autor del consejo que acababa de seguirse, eran los tres varones dignos de la confianza pública que se hallaban al frente de la diputacion del senado. El pueblo que, á pesar de su descontento, conservaba aun el amor á la patria, recibió gustoso estos diputados, y sin duda se hubiera mostrado mas blando y tratable, si el carácter impetuoso de dos de sus gefes no hubiese procurado fomentar la discordia. Menenio se valió del apólogo del estómago y los miembros, que habiéndose rebelado contra él, le acusaban de que se aprovechaba de su trabajo, y no hacia nada en favor de ellos; de cuyo error quedaron desengañados por una esperiencia harto dolorosa, pues habiendo negado el alimento al estómago, cayeron bien pronto los miembros en una languidez mortal. Un ánimo tranquilo concebiria sin duda toda la conformidad de este símil con la posicion en que se hallaba el pueblo; pero la multitud es poco reflexiva, y Menenio hizo seguramente mas impresion sobre los ani-

tinados, declarándoles que el senado aboliria las deudas, que no con su apólogo.

Uno de los gefes del pueblo, llamado *Junio Bruto*, representó que se debian tomar precauciones para lo sucesivo, y pidió que se creasen magistrados plebeyos, con el único encargo de cuidar de los intereses del pueblo. Las cosas estaban en tal estado, que no se podia pasar por otro punto que el de arrostrar por todos los horrores de una guerra civil, ó acceder á las peticiones de los revoltosos. El senado consintió en la creacion de *Tribunos*, que fue el nombre que se dió á estos magistrados, sacados del seno de los plebeyos para protegerlos. Su persona era sagrada é inviolable; maldito el que atentase contra ella, y sus bienes aplicados al culto de la diosa Ceres; y últimamente, el que asesinase un tribuno, podia ser muerto sin que precediese ninguna forma jurídica.

Los tribunos no llevaban ningun signo de autoridad. Sentados á la puerta del senado no podian entrar en él sino por órden de los cónsules. Su jurisdiccion se encerraba en los muros de Roma, de la cual les estaba prohibido ausentarse sin licencia del senado. Pero con que uno solo de ellos hiciese oposicion contra algun decreto del senado, bastaba para anularlo: su *veto* todo lo suspendia. Verémos mas adelante estenderse

su autoridad por grados, y hacerse tan temible como la de los Eforos de Esparta. Primero fueron cinco, y despues diez; su encargo duraba un año; y desde el principio se crearon dos magistrados, plebeyos tambien, con el nombre de *Ediles*, que venian á ser como oficiales de los tribunos, y estaban encargados de la policía urbana. El establecimiento del tribunado y la supresion de las deudas hicieron entrar al pueblo en sus deberes, y el cónsul POSTUMIO COMINIO derrotó á los volscos y tomó á Corioles su capital. Debió en gran parte esta victoria al valor de *Marció*, á quien coronó por su propia mano, destinándole ademas la décima parte del botin. Rehusóla Marcio con el mayor desinterés, y los soldados le pusieron el sobrenombre de *Coriolano*, recompensa harto mas digna y apreciable para él que las riquezas. El desprecio de estas distinguió aun por largo tiempo á los héroes de la república, á pesar de los ejemplos repetidos de avaricia que daban muy á menudo un gran número de patricios. Esta admirable virtud, que por el mismo tiempo ensalzaba á Aristides entre todos los hombres grandes de Atenas, tenia tantos atractivos para con Ménenio Agripa, que murió sin dejar con que enterrarse. El pueblo se impuso una contribucion para hacerle un magnífico funeral, y lejos de reintegrarse de los

gastos, á pesar del que el senado habia mandado á los Qüestores que los pagasen, entregó su importe á los hijos del difunto.

Como durante las últimas disensiones se habia abandonado la agricultura, no tardó mucho tiempo en sobrevenir el hambre, sin embargo de las medidas que habia tomado el senado para prevenir este terrible azote. Un pueblo hambriento es siempre injusto, porque sin detenerse á reflexionar sobre las causas de su miseria, se irrita contra los que cree que pueden socorrerla. Así es que se empezó á divulgar que los senadores tenian guardado todo el trigo para ellos, cuya especie procuraban apoyar los tribunos, en términos que bien pronto se propagó por toda la ciudad, y el clamor fue general. Apio inspiró al senado la resolucion de reprimir y castigar el desórden, y en efecto los cónsules reunen el pueblo con este objeto; mas los tribunos los interrumpen pretendiendo tomar la palabra, cuyo derecho se les disputa; y esta competencia dá márgen á los tribunos para estender su autoridad.

Junio Bruto, de quien se ha hecho mencion anteriormente, que era uno de los ediles, habiendo obtenido de los cónsules la palabra, como para terminar la cuestion, les preguntó, ¿por qué se oponian á que los tribunos hablasen

al pueblo? «Porque habiendo convocado noso-
»tros la asamblea, le respondió uno de los cón-
»sules, nos pertenece esclusivamente la pala-
»bra: si los tribunos la hubiesen convocado,
»no solo no los hubiera interrumpido, sino que
»ni aun vendria á escucharlos." Esta contesta-
cion, tan imprudente como poco meditada, pro-
dujo fatales consecuencias. «Vencísteis, plebe-
»yos, esclamó Junio. Tribunos, dejad á los
»cónsules arengar hoy, que yo os daré á co-
»nocer mañana toda la dignidad y poder de
»vuestro ministerio." En efecto, los tribunos
concurrieron por su consejo á la plaza pública
el dia siguiente al romper el alba, acompañados
de casi todo el pueblo.

Uno de ellos, llamado *Icilio*, hizo presente,
cuán esencial era para el buen desempeño del
tribunado la facultad de convocar asambleas, y
poder arengar sin temor de ser interrumpidos.
Aplaude el pueblo esta proposicion, y se aprue-
ba una ley que Icilio habia redactado con sus
colegas la noche anterior, en la cual se estable-
cia «que en las asambleas celebradas por los tri-
»bunos, nadie fuese osado á interrumpirlos ni
»contrariarlos; y que si alguno lo hiciese, die-
»se caucion de estar á derecho, y si lo rehusase,
»fuese condenado á muerte." El ensanche que
daba esta ley á las facultades de los tribunos, era

un golpe fatal para el senado, que por esta razon se negó primero á confirmarla, sosteniendo que era obra de una asamblea ilegal; pero habiendo declarado los tribunos que si desechaban los *plebíscitos* ó reglamentos del pueblo, se desecharian igualmente los *senados-consultos* ó decretos del senado, tuvo éste que ceder á la dura ley de la necesidad.

El trigo, que se recibió de Sicilia en aquellos dias, disipó los temores del hambre. La plebe sin embargo padecia escasez, pero sin cometer el menor esceso, se contentaba con lo poco que sacaba de la tierra. Mas cuando se trató en el senado del uso que se habia de hacer de este trigo, la dureza y altanería de *Coriolano* sacaron al pueblo de su quicio y le enfurecieron. Proponian unos que se distribuyese gratuitamente á los pobres, y otros que se les vendiese á peso de oro para reprimir y castigar su audacia. Coriolano sostuvo que se debia aprovechar esta coyuntura para abolir el tribunado y anular los convenios del monte sagrado. Este patricio, cuyo heroismo, probidad y desinterés, son ciertamente dignos de elogio, desconocia aquellas virtudes dulces y tranquilas, que insinuándose en los corazones atraen la voluntad y la cautivan.

Informados de esto los tribunos invocan de

los dioses la venganza del perjurio, y el pueblo enfurecido quiere asesinar á Coriolano, á quien por último intíman que comparezca en su presencia. Niégase á hacerlo con la mayor altanería, tratan de prenderle, é impídenlo varios senadores jóvenes. En fin, convócase una asamblea, en la cual Coriolano lejos de disculparse, repite en un tono imperioso todo cuanto habia dicho al senado, jurando á los tribunos un ódio eterno é implacable, y llamándolos el *tósigo de la tranquilidad pública*. *Sicinio*, uno de los tribunos, le condena sobre la marcha á muerte, de su propia autoridad, mandando que se le precipite de la roca Tarpeya. Como los patricios se disponian á defenderle, y el pueblo por respeto á los cónsules no se movia, Sicinio le citó para comparecer en el término de veinte y siete dias ante el pueblo, que le condenó á destierro perpétuo. Miró el pueblo el destierro de Coriolano como el triunfo de una victoria decisiva ganada á los patricios, cuando deberia mas bien avergonzarse de su ingratitud para con un ciudadano, de quien tan señalados servicios habia recibido, y cuyo crímen era imaginario, y carecia de pruebas. Los acontecimientos sin embargo acreditaron muy en breve, cuán conveniente es en ciertas ocasiones no exasperar á aquellos, que por su carácter y disposicion están

en estado de hacer tanto mal como bien, como le sucedia á Coriolano. Éste, nó escuchando mas que la voz de la venganza, se refugió á los volscos, y los indujo á tomar las armas contra su patria. Puesto á la cabeza del ejército, entró en el territorio de Roma sembrando por todas partes el terror y la desolacion. El pueblo, alicionado por los acontecimientos, pedia arrepentido la vuelta de Coriolano, á la cual se oponia el senado. No obstante, el peligro, que cada dia se hacia mas inminente, templó á los senadores, y le enviaron una diputacion, que fue recibida de él desdeñosamente. Igual suerte tuvo otra segunda diputacion compuesta de los Sacerdotes, hasta que su madre *Veturia*, á la cabeza de las matronas romanas, fue en fin á desarmar á un hijo rebelde. Los sentimientos de la naturaleza sofocaron los de la venganza y el orgullo: *Sálvese Roma, y piérdase vuestro hijo*, esclamó Coriolano. Los historiadores no están muy contestes sobre su muerte: unos dicen que los volscos le asesinaron, y otros que falleció despues de una larga y penosa vejez, en la cual no cesaba de suspirar por la patria.

Una ley *agraria*, propuesta por el cónsul Casio, volvió á renovar las querellas y las disensiones. Decíase que solo la ambicion podia haberla dictado, como un medio de usurpar el po-

der supremo. Queria Casio que se repartiese, no solo entre los romanos, sino tambien entre los aliados, una parte de las tierras conquistadas, sin esceptuar ni aun aquellas de que los patricios estaban en posesion habia largo tiempo. El artículo de los aliados disgustó al pueblo, como era natural, en razon de que defraudaba sus intereses; y aunque el senado se conformaba con él, era con la modificacion de que los estrangeros solo serían partícipes de estas tierras en cuanto hubiesen ayudado á su conquista. En una palabra, solo se trataba de ganar tiempo para trastornar este proyecto, y así fue que luego que Casio concluyó su consulado, le acusaron los Qüestores ante el pueblo de haber aspirado á la tiranía, y fue condenado á muerte. Quieren decir que su propio padre fue su acusador en el senado, y le hizo ejecutar en su casa. Lo cierto es que el senado tenia que recurrir frecuentemente á la acusacion de tiranía para perder á los que incurrian en su desagrado.

Clamaba el pueblo inútilmente por la particion de las tierras que el senado le habia prometido; y como todo anunciaba un rompimiento próximo, los cónsules apelaron á la política de suscitar nuevas guerras en que pudiesen desfogar su inquieto ardor los plebeyos. No querian estos alistarse, pero se les obligó, amena-

zándoles con que se nombraría un dictador. Los equos, los volscos, veyenses y etruscos fueron derrotados en varios encuentros.

Apio, despues de su consulado, se oponia con su acostumbrada inflexibilidad á la particion de las tierras que pedian con ahinco los tribunos, los cuales al cabo le acusaron ante el pueblo. La entereza y el aire, mas bien de juez que de criminal, con que se presentó, de tal modo impusieron á la multitud, que no se atrevió á pronunciar sentencia alguna contra él. Sin embargo, previendo que en otra asamblea saldria condenado, se dió la muerte. Su hijo, á pesar de los tribunos, pronunció su oracion fúnebre, y el pueblo la aplaudió: tal era la admiracion que causaba á todos el espíritu y firmeza de carácter del padre. Si los hombres de este temple supiesen amoldarse oportunamente, harian la gloria y felicidad de su patria.

Continuaban las cuestiones y competencias entre los patricios y los plebeyos, á lo cual contribuía en gran parte la falta de leyes que arreglasen la conducta, y asegurasen la propiedad de los ciudadanos. Los cónsules decidian y fallaban en todos los negocios particulares, ó por los principios de la equidad natural, ó por los antiguos usos y costumbres, ó bien por algunas leyes de Rómulo y sus sucesores, de las

cuáles apenas quedaban vestigios; y así la suerte de los ciudadanos dependia no pocas veces del capricho de los patricios.

El tribuno *Terencio* se propuso poner fin á este desórden, publicando un cuerpo de leyes para la administracion de la justicia. No contento con esto, despues de haber declamado enérgicamente contra el poder de los cónsules, pintándolos como unos monarcas absolutos, pidió la eleccion de cinco comisarios para deslindar sus facultades, y poner coto á su poder. Tal fue el objeto de la famosa ley *Terencia*, que no inquietó menos al senado que la ley *agraria*. Atacáronla los patricios con calor, y fue defendida con no menos firmeza por los plebeyos. *Quinto Ceson*, hijo del gran Cincinato, de quien se hablará inmediatamente, fue víctima de los tribunos por haberse opuesto con denuedo á su empresa. Viéndose injustamente acusado, se salió de Roma sin esperar el resultado del juicio. Su padre tuvo que pagar una crecida suma que habian dado de fianza por él diez ciudadanos, y se vió precisado á retirarse á vivir á una corta hacienda, que era lo único que le quedaba.

Un sabino muy rico, llamado *Herdonio*, aprovechándose de estas turbulencias, se apoderó del capitolio. Los cónsules arman el pueblo, aco-

meten al enemigo, y toman el capitolio. Muerto el cónsul VALERIO en el asalto, sacan á QUINTO CINCINATO del arado para reemplazarle. Mezclando la dulzura con la firmeza, restablece el órden, restituye su vigor á la justicia, y hace olvidar en cierto modo los tribunos. Despues de su consulado, MINUCIO, uno de sus sucesores, se dejó envolver por los equos, á quienes hacia la guerra. El peligro que corria el ejército romano les obligó á recurrir á la dictadura, y recayó la eleccion sobre CINCINATO. Este ilustre labrador suelta de nuevo el arado, se pone al frente de los ciudadanos, libra á MINUCIO, vuelve en triunfo á Roma, tiene el placer de ver á su hijo absuelto y llamado, hace dimision de la dictadura á los diez y seis dias de haberla obtenido, y vuelve á tomar el arado, mucho mas apreciable á sus ojos que todos los honores y distinciones.

Los que tratan de empañar el esplendor de estos claros ejemplos de virtud, dignos de admiracion, que la historia de Roma ofrece á cada paso, diciendo que no se conocia aun entonces el atractivo de las riquezas, sin duda no han parado la consideracion en las repetidas muestras de avaricia que empezaron á dar los patricios desde el principio de la república, y que arguyen lo contrario. El amor de la pobreza solo te-

nia cabida entre los hombres grandes; y si esta virtud era rara, la pobreza á lo menos alejaba el vicio y la corrupcion, y la disciplina militar, junta con las fuerzas corporales y el valor, debia hacer invencibles á los romanos.

Finalmente, despues de nuevas y acaloradas disputas, seguidas de las violencias á que siempre dá márgen la animosidad, el senado, que temia la ruina total de la república, hubo de pasar por la ley *Terencia*. Se decretó que diez comisarios se encargasen de redactar un cuerpo de leyes; que se les revistiese del poder supremo por un año; que cesasen por este mismo tiempo las magistraturas, sin escepcion del tribunado, cuya autoridad continuaba aun bajo los Dictadores; que los juicios de estos comisarios, llamados DECEMVIROS, fuesen sin apelacion; y por último, que solo ellos pudiesen declarar la guerra y la paz. APIO CLAUDIO, hijo del que se mató á sí mismo, cónsul á la sazon, fue nombrado para este encargo con su colega y otros consulares, inclusos tres senadores que se enviaron á Atenas á hacer una coleccion de las leyes de Grecia.

CAPÍTULO III.

DE LOS DECEMVIROS.

302. Restituidos á [redacted] Roma los decemviros encargados de hacer la coleccion de las leyes de Grecia, trabajaron con la mayor actividad en la formacion de su código. Un griego desterrado de Efeso les interpretó las leyes que habian traido de su pais, á las cuales se añadió parte de las antiguas ordenanzas reales. Concluida la obra, la espusieron al público sobre diez tablas de encina, invitando á todos los ciudadanos á examinarlas, y á ser, digámoslo así, sus propios legisladores. El senado habia aprobado las leyes por un decreto, y el pueblo satisfecho las confirmó. Al año siguiente se añadieron otras dos tablas, que fueron igualmente aprobadas, á pesar de que contenian un artículo irritante, por el cual se prohibia á los patricios que se enlazasen con las familias plebeyas.

Estas leyes de las *doce tablas*, de las cuales solo quedan algunos fragmentos, eran claras y precisas, y en esta parte se aventajaban á las de Solon, ya que no fuesen tan conformes á la humanidad. Conferian á los padres un poder absoluto sobre los hijos, y á los amos sobre los es-

clavos. Los deudores estaban espuestos á todo género de violencias por parte de los acreedores. Habia penas capitales contra los autores de libelos, contra los poetas, y otras muchas disposiciones bárbaras y crueles, que fue preciso modificar, y que dán á conocer el espíritu de los legisladores. Roma, sin embargo, adelantaba mucho teniendo un cuerpo de leyes que sirviesen de regla fija á los ciudadanos; y verosímilmente el pueblo paró mas bien la consideracion en esta ventaja, que no en los inconvenientes de algunas disposiciones tiránicas. Si el *Decemvirato* se hubiera limitado á la redaccion de las leyes de las doce tablas, hubiera formado una época muy gloriosa para la república; pero degeneró por grados en tiranía, atropelló los mas sagrados derechos, y los individuos se perdieron á sí mismos.

Habia quedado Apio en Roma, mientras que sus colegas estaban en campaña, y se enamoró de una jóven llamada *Virginia*, hija de *Virginio*, plebeyo muy valiente, y prometida en casamiento á *Icilio*, antiguo tribuno del pueblo. Despues de varias tentativas infructuosas para satisfacer su pasion, quiso arrebatarla por la fuerza, valiéndose de la cualidad de juez, suponiendo que la habia dado á luz una esclava de uno de sus clientes, que la reclamaba. Icilio defendió

á Virginia con toda la energía de un amante, y el pueblo conmovido arrojó á Apio del tribunal. Informado Virginio del riesgo que corria su hija, se habia apresurado á partir del campo en que se hallaba para volar á su socorro. Llega, defiende su causa, y viendo al temible Decemviro próximo á apoderarse, por medio de una sentencia, de la persona de su hija, para salvar su honor le atraviesa el pecho con un puñal, que muestra despues ensangrentado á Apio, diciéndole: "por esta sangre inocente consagro tu cabeza á los dioses infernales." Mandó Apio que se le arrestase, pero fue en vano; pues abriéndose paso por medio de la multitud, escitando su odio contra los tiranos, fue á sembrar entre los soldados el deseo de la libertad y la venganza.

Escenas tan trágicas producen siempre su efecto, cuando los hombres sufren el yugo con impaciencia. Todos, á escepcion de un corto número de hombres bajos y viles, clamaron contra la tiranía. Reuniéronse los dos ejércitos sobre el monte Sagrado, á donde los siguió el pueblo en masa. El senado no sabia qué partido tomar, hasta que los clamores del público obligaron á los Decemviros á deponer su autoridad. Horacio y *Valerio*, sus mas acérrimos enemigos, fueron los diputados enviados al pueblo con

ámplio poder para concluir la pacificacion. Alejeron los Decemviros, restablecióse el tribunado y el derecho de apelacion al pueblo, y Valerio y Horacio fueron nombrados cónsules. Las leyes populares que establecieron aumentaron el amor que se les tenia.

Mandaron que los plebíscitos, emanados de los comicios por tribus, fuesen obligatorios para los ciudadanos, como lo eran las leyes que procedian de los comicios por centurias. Esta ley, tan favorable á los tribunos, no podia menos de mortificar al senado: sin embargo, las circunstancias le obligaron á conformarse con ella.

Renovábanse á cada paso en Roma las discordias intestinas. La ley de las doce tablas que, como hemos dicho, prohibia los matrimonios entre patricios y plebeyos, ponia una barrera odiosa entre estos dos órdenes. El primero estaba en posesion del consulado, creyéndose nacido solo para el mando; y el segundo, con el auxilio del tribunado, tendia incesantemente á restablecer la igualdad. *Canuleyo*, tribuno osado, protegido por sus colegas, protestó solemnemente que se opondria á todo alistamiento de tropas hasta tanto que no se restableciese la libertad de los casamientos, y se arreglase que los plebeyos pudiesen ser nombrados cónsules como todos los demas. En vísperas de una guerra era preciso

condescender: el artículo de los matrimonios fue otorgado.

En cuanto al otro artículo relativo al consulado, los senadores, por el temor de envilecerle, propusieron la creacion de tres *tribunos militares* que desempeñasen las funciones de los cónsules, elegidos indistintamente entre los patricios y los plebeyos. Habiendo aprobado el pueblo este proyecto, dió una muestra singular de juicio y moderacion, pues nombró tres patricios para la nueva dignidad. Abdicaron estos algunos meses despues, porque los auspicios, segun decian, no habian sido favorables: sin duda fue una estratagema del senado para restituir las cosas á su antiguo estado. Como los tribunos no tenian ningun interés en oponerse á ello, despues de haber visto la resolucion del pueblo de dar su voto á los patricios, cuyas luces y talentos merecian la preferencia, se restableció en efecto el consulado.

310. Diez y siete años hacía que no se habia hecho el censo de la poblacion, y el haberse interrumpido esta sábia costumbre, alteraba en parte el órden de la república. Los cónsules Quincio Capitolino y M. Greganio trataron de restablecerla; pero demasiado cargados de negocios, para desempeñar por sí mismos estas funciones, como lo hacian los antiguos cónsu-

les, las cometieron á una nueva magistratura que se creó con este objeto. Tal fue el orígen de los *Censores*. Su autoridad en un principio era insignificante; pero en pocos años se elevó casi al nivel del consulado. La *Censura* se erigió en tribunal de inspeccion y direccion de las costumbres públicas, abrogándose el derecho de castigar y degradar á los ciudadanos de cualquiera clase que fuesen. Se le confió el cuidado de las rentas, y la conservacion de los edificios públicos. La gloria y prosperidad de Roma, sin embargo, se debe en gran parte á la Censura; porque hay malos ejemplos que son peores aun que el mismo crímen; y mas estados han perecido por haber violado las buenas costumbres, que no por haber violado las leyes.

En el año 347 de Roma se estableció por un decreto del senado la paga de los soldados de infantería. El pueblo se regocijó en estremo con esta determinacion, pues el servicio militar que hacía antes á sus espensas, era el orígen de los empréstitos, de la miseria y de las turbulencias. Mostróse muy reconocido á los senadores, ofreciendo prodigar su sangre en adelante en defensa de la patria.

No habia consistido la guerra hasta entonces mas que en pequeñas correrias por el pais enemigo, y encuentros rara vez decisivos. Una cam-

paña de veinte á treinta dias agotaba todos los recursos de los soldados; y los ejércitos mantenidos por la república podian estender á lo lejos sus conquistas. Esta innovacion es por consiguiente muy digna de notarse: como que el establecimiento de tropas á sueldo hará época aun en las monarquías modernas.

348. Veyes, ciudad de la Etruria, rica, fuerte, vecina de Roma y su mortal enemiga, fue sitiada en este año por los romanos, que la atacaron con un método de que no se halla ejemplar hasta entonces en su historia. Hicieron líneas de circunvalacion y contravalacion; y queriendo los generales invernar en ellas, mandaron á los soldados construir barracas, lo cual hicieron con tanto mas gusto, cuanto que preferian el campamento á la ciudad, porque en esta hubieran carecido de paga.

La mala inteligencia que reinaba entre los generales, los arrebatos de los tribunos del pueblo, y los esfuerzos de los enemigos, de tal modo prolongaron esta guerra, que fue preciso nombrar Dictador á Camilo para terminarla. Este sábio y prudente general, desconfiando de poder tomar la plaza por asalto, abrió una mina, por la cual entró con parte de sus fuerzas en la ciudad, mientras que el resto atacaba las fortificaciones. De este modo puso fin á un sitio de diez años.

Algun tiempo despues sitió á Falerio ó Faleria, capital de los Faliscos, con cuyo motivo cuentan que un maestro de escuela que salia diariamente á paseo con sus discípulos fuera de las puertas, pudo penetrar un dia hasta el campo de Camilo, y le entregó toda aquella juventud. Añádese que este general, indignado de un hecho tan abominable, envió al traidor atado á la ciudad enmedio de sus discípulos, que le iban azotando con varas, y llenándole de los improperios que merecia. Por último concluyen esta historia diciendo, que los sitiados admirados del generoso proceder de Camilo, pidieron la paz inmediamente: sus virtudes sin embargo no impidieron que un tribuno le acusase de haberse apropiado una parte del botin de los veyenses. Es verdad que despues de la distribucion de él, habia vuelto á pedir Camilo la décima parte para cumplir una promesa que habia hecho á Apolo. Consultados los pontífices sobre el hecho, contestaron que el voto se habia cumplido con tanta solemnidad, que hasta las mugeres habian concurrido haciendo el sacrificio de sus piedras preciosas. Pero el pueblo estaba irritado contra Camilo, ya fuese por la pérdida de esta parte del botin, ó ya porque habia triunfado con demasiada pompa; y sin duda hubiera sido condenado, si para prevenir esta injusticia no se

hubiese desterrado él mismo voluntariamente. La necesidad hace echar de menos á los hombres grandes, y los romanos conocieron bien pronto que CAMILO no era fácil de reemplazar.

CAPÍTULO IV.

LOS GALOS EN ITALIA.

263. Los *Galos* ó habitantes de la *Galia Celtica*, entre el Sena y el Garona, hasta los Alpes, que habian hecho ya una irrupcion en la Italia en el reinado de Tarquino el primero, volvieron varias veces á ella con el intento de establecerse en el pais. Atribúyeseles la fundacion de Milan, Como, Brescia, Cremona, y algunas otras ciudades. *Arruns*, de Clusio en Etruria, á quien sus conciudadanos no habian querido hacer justicia, atrajo de nuevo estos estrangeros á Italia con el aliciente del temperamento apacible y los vinos deliciosos. Sitiada Clusio, imploró el auxilio de Roma; y aunque el senado no tenia ningun motivo particular para interesarse en la suerte de los etruscos, les envió tres patricios jóvenes con órdenes é instrucciones para negociar la paz. La imprudencia de estos embajadores atrajo la tempestad sobre la misma Roma.

Preguntaron á *Breno*, gefe de los galos ¿qué

derechos tenia sobre la Etruria? y este les contestó: que teniendo los de Clusio tierras incultas inútiles para ellos, se negaban á cedérselas á los galos; que estos tenian el mismo derecho á sus tierras que los romanos á aquellas de que se habian apoderado; que todo se debia al valor, y que su mejor derecho era la espada. Disimularon los embajadores su indignacion, y pidieron que se les permitiese entrar en la plaza bajo el pretesto de conferenciar con los sitiados. Pero en lugar de inclinarlos á la paz, se pusieron á la cabeza de ellos y atacaron á los galos.

Resentido Breno de esta perfidia, marcha sobre Roma á pedir satisfaccion, exigiendo que se le entreguen los culpables, y el senado perplejo somete la decision del negocio al pueblo. Este, lejos de castigarlos, los recompensa, con lo cual acabó de irritar á los galos.

Trabaron estos una batalla con los romanos en las inmediaciones del pequeño rio *Alia*, que hoy no es mas que un arroyo, y los derrotaron casi sin pelear. No se habian consultado los augures, que la supersticiosa política del senado tenia buen cuidado de hacer respetar al pueblo, y sin duda este fue un motivo de desaliento para los soldados. Quedó Roma llena de terror y de consternacion por este desastre: viejos, mu-

geres y niños, se refugiaron á las ciudades inmediatas, y la juventud se encerró en el capitolio para defenderle hasta el último trance. Ochenta senadores se someten voluntariamente á la muerte: sacrificio patriótico, al cual creían que estaba vinculada la virtud de amedrentar á los enemigos. Llegan los galos, sacrifican á aquellos hombres venerables inmóviles en sus sillas *curules*, atacan el capitolio, y viéndose rechazados prenden fuego á Roma, reduciendo á cenizas los antiguos monumentos históricos.

Si *Camilo* hubiese preferido el triste placer de la venganza á los deberes de ciudadano, Roma se hubiera perdido sin recurso. Pero fiel siempre á la patria, y tal vez halagado con la esperanza de volver á mandar á los romanos, indujo á los de Ardes, entre los cuales vivia desterrado, á tomar las armas contra los galos. Derrotó uno de sus destacamentos, con lo cual volvieron á cobrar ánimo los romanos, y le conjuraron á que se pusiese á su frente, enviándole el nombramiento de dictador.

El antiguo cónsul *Manlio*, salvó el capitolio atacado de noche por los galos. Los historiadores cuentan que los gansos, mas vigilantes en esta ocasion que los perros, habian dado la alarma y dispertado á Manlio: lo cierto es que los gansos fueron honrados desde entonces entre

los romanos, y los perros detestados y aun castigados, porque no dejaban de empalar uno todos los años. Estas pequeñeces contribuían á fomentar en un pueblo supersticioso la idea y persuasion de que el cielo hacia milagros por la república.

No son mas verosímiles las circunstancias que siguen. Segun *Tito Livio*, despues de un bloqueo de siete meses, igualmente abatidos sitiadores y sitiados por el hambre y las enfermedades, entablaron una conferencia, y al precio de mil libras de peso de oro que pidió Breno, compraron los romanos una paz vergonzosa. Trajo *Sulpicio* esta suma, y observando que los galos se servian de pesos poco fieles, se quejó á Breno, que por toda respuesta puso su espada en un peso esclamando: ¡*desdichados de los vencidos*! Llega á este tiempo CAMILO, y rescinde el contrato como dictador, diciendo: *el hierro, y no el oro, es el que ha de salvar á los romanos*. Acuden á las armas y hacen los últimos tan completa carnicería en sus enemigos, que no quedó ni uno solo para llevar la nueva de este desastre.

Ademas de las sospechas que infunden sobre esta narracion, las maravillas que encierra, la relacion de *Polibio* hace que no se le pueda dar fé ni crédito. Este historiador dice que los

galos se acomodaron con los romanos, les restituyeron á Roma, y corrieron apresuradamente á defender su propio territorio atacado por los venetas.

Manlio, el salvador del capitolio, patricio distinguido por sus servicios, que habia merecido y obtenido treinta y siete recompensas ó distinciones militares, aspiraba segun decian á la autoridad suprema. Sostenia ademas y animaba á los plebeyos contra los nobles; pagaba las deudas de los pobres, y los substraía á la persecucion de sus acreedores, y empleaba el peligroso talento de ganar la voluntad del pueblo con la mira de sujetarlo; pero fue como otros muchos víctima de esta ambicion. Coso, nombrado dictador por el senado, le hizo prender, sin que una sola persona hubiese intentado impedirlo: tal era el imperio de la dictadura. Luego que Coso abdicó su dignidad, Manlio libre ya de la prision, renovó todas sus intrigas, y fue acusado ante el pueblo. Dícese que para que saliese condenado, fue preciso celebrar la asamblea fuera del campo de Marte, en un sitio desde el cual no se podia ver el capitolio, por la impresion que este teatro de su gloria podia causar en favor suyo. Manlio fue precipitado del mismo capitolio que habia salvado, y el pueblo arrepentido le lloró amargamente, creyen-

do que Júpiter colérico en venganza suya los habia castigado con la peste que se siguió á su suplicio.

CAPÍTULO V.

CÓNSULES PLEBEYOS.

Levantamiento de los samnitas y los latinos.

El tribuno *Licinio* propuso por aquel tiempo una nueva ley, que despues de varios debates, á que dió márgen la oposicion del senado, al cabo quedó admitida. Prohibíase por ella, que nadie pudiese poseer mas de cuatrocientas fanegas de tierra, y ademas se concedia á los plebeyos el derecho de optar con los nobles al consulado. El tribuno *Sexto*, hombre oscuro, fue el primero de su clase que se vió revestido de la dignidad consular. A pesar de la prevencion con que miraban los nobles esta novedad, no dejaba de ser un bien para el estado que el mérito pudiese elevar á los plebeyos á las primeras distinciones. Camilo obtuvo del pueblo, como en cambio de esta concesion, que se crease otro nuevo cargo para los patricios esclusivamente, con el título de *Pretura*. Como los cónsules frecuentemente ocupados en la guerra, no podian atender á la administracion de justicia, se co-

metió al *pretor* esta esencialísima parte del gobierno. Creáronse tambien dos *ediles*, patricios ó *curules*, para cuidar de los templos, teatros, juegos, plazas públicas &c.

Las magistraturas *Curules*, llamadas así por el derecho que daban á los que las obtenian, de poderse hacer conducir á todas partes en una silla de marfil, eran el consulado, la censura, la dictadura, la pretura, y la de los nuevos ediles de que acaba de hablarse. Trasmitian á su posteridad la nobleza, y así habia alguna diferencia entre noble y patricio. La vanidad distinguió tambien á los nobles patricios de los nobles plebeyos.

Una peste, que arrebató á CAMILO, vino á turbar el comun sosiego, y los ánimos consternados se entregaron á la superstición, como sucede de ordinario. Dícese que instituyeron entonces los romanos los juegos escénicos ó representaciones teatrales, como un medio de aplacar á los dioses, y que renovaron la ceremonia del *lectisternium*, celebrada ya dos veces, la cual consistia en poner en los templos camas en que colocaban á las divinidades, sirviéndoles un festin de que se aprovechaban los hombres.

No bastando esto á contener la peste, propusieron algunos ancianos, como remedio mas eficaz, otra práctica antigua interrumpida por

largo tiempo, que se reducia á clavàr solemnemente un clavo en la pared del templo de Júpiter Capitolino. Era preciso que fuese un dictador el que hiciese esta operacion, y se eligió á MANLIO IMPERIOSO para el efecto. Los clavos servian antiguamente en Etruria y en Roma para contar el número de los años por falta de cifras ó guarismos. El cónsul era el que los clavaba, y sin duda provino de aquí la estravagante idea de dar á una cosa tan pequeña tanta importancia.

MANLIO, no menos altivo que severo, hubiera abusado de la dictadura, si los tribunos de la plebe no le hubiesen obligado á abdicarla poco tiempo despues de esta ceremonia. Acusóle luego uno de ellos de haber cometido algunas violencias contra los ciudadanos, y hasta con su propio hijo, al cual tenia trabajando en el campo como un esclavo, porque era algo defectuoso de lengua. Este mismo hijo, noticioso de la acusacion que se hacia á su padre, olvidando el mal trato que le daba, se va á Roma, vuela á la casa del tribuno, le pone un puñal al pecho, y le arranca el juramento de desistir de su demanda. El pueblo aplaudió esta reprensible accion, en obsequio de la ternura filial que habia dado márgen á ella.

Los historiadores hablan de un combate entre

el jóven *Manlio Torcuato*, y un gigante Galo, al cual dicen que arrancó el primero el collar de oro que llevaba, despues de haberle muerto en presencia de los dos ejércitos. Hacen tambien mencion de otro combate semejante á este de *Valerio Corvo*, que suponen fue auxiliado por un cuervo que se plantó sobre su casco; y por último refieren el milagro de la sima, que se cerró cuando *Curcio* se precipitó en ella, despues de haber declarado los augures que se cerraria cuando hubiesen echado en ella lo mas precioso que tenian. Mas todos estos hechos parecen inventados, ó á lo menos aumentados y engalanados por el orgullo nacional. En la historia es preciso concretarse á las verdades de importancia.

Los de Campania, pueblo muelle y afeminado, viéndose muy próximos á caer bajo el yugo de los samnitas, con quienes estaban en guerra, y especialmente su capital la famosa Cápua, imploraron el auxilio de Roma. Contestóseles que la república era aliada de los samnitas por medio de un tratado solemne, que no podia infringir en favor de ningun otro pueblo; cuya dificultad desvanecieron los campanienses entregándose á los romanos. Recibiéronlos estos con los brazos abiertos, y enviaron inmediatamente una embajada á los samnitas para pedir-

les que respetasen la Campania como un pais que acababa de ponerse bajo la dependencia de la república, con órden espresa á los embajadores de apelar á las amenazas si las súplicas eran desatendidas. Los samnitas desfogaron su indignacion talando la Campania, y los romanos les declararon inmediatamente la guerra.

Vencieron los romanos; pero una dolorosa esperiencia les acreditó que la austeridad de las costumbres, tan necesaria en la república, no estaba á prueba del deleite. El que reinaba en Cápua corrompió á los romanos en términos, que tramaron echar fuera á los campanienses y apoderarse del pais. Sofocó el cónsul Rutilio esta conspiracion oportunamente, y muchos de los amotinados cometieron el inaudito atentado de marchar armados contra Roma. Recurrió ésta á la dictadura nombrando para ella á Valerio Corvo, que sin efusion de sangre sometió á los sediciosos. En cuanto á los samnitas, despues de varias derrotas, se vieron obligados á pedir la paz á los romanos, y renovar con ellos la alianza.

Mientras tanto los latinos querian sacudir el yugo de Roma, ó participar de las primeras dignidades, lo cual dió márgen para volver á tomar las armas. Los dos cónsules Manlio Torcuato y Decio Mus se señalaron en esta guerra.

El último viendo que los romanos aflojaban, consagrándose á los dioses infernales, se arrojó en medio de los latinos, y murió como una víctima que debia salvar la patria: y Manlio condenó á muerte á su propio hijo, por haber peleado sin su órden: severidad, que por mas que repugne á la naturaleza, es absolutamente necesaria para la buena disciplina en los ejércitos. La completa victoria que obtuvo Manlio sobre los enemigos, se puede atribuir al entusiasmo que estos ejemplos causaron en el ánimo de los soldados. Pocos años despues, en la guerra de *Pirro*, siguió el hijo de Decio el ejemplo de su padre, y con el mismo buen resultado para el ejército.

Subyugados al fin los latinos por el cónsul Camilo, nieto del famoso dictador de este nombre, fue de parecer que se les concediese el derecho de ciudadanos, para aumentar el número de estos y aficionarlos á la república. *El único medio*, decia, *de consolidar una dominacion, es el de hacer que los dominados obedezcan con gusto.* Esta sábia política fue la que mas contribuyó al engrandecimiento de los romanos. Rebelóse poco despues Priverna, una de las ciudades de los volscos, pero no tardó mucho tiempo en sucumbir. Discurriendo luego sobre el modo con que se habia de tratar á los prisio-

neros, muchos senadores fueron de opinion de que se les condenase á muerte, mas la entereza de uno de aquellos los salvó á todos. Preguntáronle, ¿qué pena creía que merecian sus conciudadanos? y contestó: *la que merecen los que se creen dignos de la independencia.* Y si se os perdona, le replicaron, ¿cómo os portaréis? *Nuestra conducta*, contestó el prisionero, *dependerá de la vuestra. Si nos imponeis condiciones equitativas, seremos fieles constantemente; mas si son duras é injuriosas, nuestra fidelidad no durará mucho tiempo.* Los romanos tenian grandeza de alma, y así miraron como dignos de pertenecer á su república unos hombres tan celosos de su independencia, y los hicieron ciudadanos.

CAPÍTULO VI.

GUERRA DE LOS SAMNITAS.

Habian vuelto los samnitas á tomar las armas, y á ser derrotados por *Fabio*, general de la caballería, en ausencia y contra la espresa órden del dictador Papirio. Llegando éste resuelto á castigar su inobediencia, manda á los lictores que le desnuden, y que preparen las varas y las hachas. Opónese el ejército; refúgiase Fabio á Roma, y su padre apela al pueblo de la senten-

cia del dictador. Perora éste enérgicamente, insistiendo sobre la ejecucion de las leyes militares y la autoridad inviolable del mando, y citando los ejemplos de Bruto y de Maulio. El pueblo, no atreviéndose á sentenciar, implora la clemencia de PAPIRIO, y los Fabios se echan á sus pies pidiéndole perdon. El caso á la verdad era de aquellos, si es que hay alguno, en que se podia modificar la severidad de las leyes, sin grave detrimento de la disciplina, y así el prudente dictador usó de su poder absoluto para perdonar.

Las numerosas victorias de que podian vanagloriarse los romanos, les hicieron insoportable la infamia de que se cubrieron en las *Horcas Caudinas*. Llamábase así un desfiladero inmediato á Caudio, á donde *Poncio*, general de los samnitas, pudo atraerlos por un ardid de guerra. Viéronse allí encerrados los romanos como en una estrecha cárcel, y quedaron todos prisioneros. El padre de Poncio le aconsejaba que los tratase con generosidad, ó los pasase todos á cuchillo; mas este general abrazó un mal partido, pues los hizo pasar por debajo de un yugo, ceremonia infamante y vilipendiosa, dándoles libertad bajo la promesa que hicieron los cónsules de poner fin á la guerra. De este modo les dejó fuerzas para vengarse.

Una rabia secreta devoraba interiormente á los soldados, y su ignominia difundia por toda la ciudad mas ira que consternacion. El senado declaró que el tratado no podia ser obligatorio para el pueblo romano, por cuanto se habia hecho sin su órden. El cónsul Postumio, que le habia ajustado, pidió que entregasen su persona á los samnitas con las de los otros oficiales, para descargar á la república de todo compromiso. Entregáronle en efecto; pero no es en esta accion, á la verdad, en la que se puede decir que resplandece la buena fé que se atribuye á los romanos. Postumio dió á propósito un golpe al oficial que le condujo, diciéndole: *yo soy samnita ahora, y tú embajador romano: acabo de violar el derecho de gentes, y asi puede Roma declararnos la guerra.* Poncio, indignado contra semejante artificio, se negó á entregar los prisioneros que tenia en su poder, y unos y otros acudieron á las armas. Despues de una sangrienta y dilatada guerra, en la cual tuvieron los samnitas pérdidas irreparables, su general Poncio fue conducido á Roma con las manos atadas á la espalda. Lejos de honrar su valor los romanos, cometieron la atrocidad de decapitarle. Admitió por fin el senado las proposiciones de paz que se le hicieron, y estendió los artículos del tratado el cónsul Curio Dentato,

menos respetable por su rango, que por sus virtudes.

Este grande hombre, pobre por su honradez, estaba comiendo en un plato de madera cuando los embajadores samnitas le fueron á pedir audiencia, y á ofrecerle una crecida suma para ponerle de su parte. *Mi pobreza*, les dijo, *sin duda os ha hecho creer que me dejaré sobornar; pero os engañais, porque yo prefiero al oro la gloria de mandar á los que le tienen.* Si estas palabras encierran orgullo, siempre es el orgullo de una alma noble y generosa. Cuarenta y nueve años habia durado la guerra, que terminó por un tratado de alianza. Contaba Roma entonces 27333 ciudadanos en estado de tomar las armas, con cuya fuerza podia acometer grandes empresas.

CAPÍTULO VII.

GUERRA DE PIRRO.

471. Entre las ciudades de Grecia, que se comprendian en las costas meridionales de la Italia, ocupaba Tarento, colonia de Esparta, un lugar muy distinguido por su opulencia, por el lujo de sus habitantes, por un orgullo mismo, y por los deleites que allí reinaban. Los tarentinos despreciaban á los romanos por bárbaros, y los

aborrecian por conquistadores. Habiendo insultado á algunas de las galeras romanas que se presentaban en sus puertos, sellaron este ultraje mofándose de los embajadores de la república, que les fueron á pedir satisfaccion, y á mayor abundamiento uno de ellos llevó la impudencia hasta el estremo de orinarse en el vestido de *Postumio*, que hacia cabeza de la embajada, aplaudiendo el pueblo con grandes carcajadas de risa tan detestable accion. «*Reid ahora*, les dijo Postumio, *que no tardaréis mucho tiempo en llorar, pues vuestra sangre lavará las manchas del vestido.*" Temieron los tarentinos la venganza, y pidieron socorro á *Pirro*, rey de Epiro, uno de los mayores guerreros de la Grecia, formado en la escuela de los capitanes de Alejandro.

Este príncipe ambicioso, reducido á un reino de corta estension, no pensaba mas que en distinguirse por algunas empresas que le adquiriesen nombradía y aumentasen sus estados. En vano su ministro *Cinéas*, discípulo de Demóstenes, le exhortaba á que permaneciese quieto y tranquilo en su reino, en donde sería mas feliz gozando con prudencia los bienes que había debido al cielo, que no atormentándose con la idea de conquistas tan inciertas como inútiles: Pirro creía verse ya soberano de la Italia, desde don-

de podría estender rápidamente su dominacion por todas partes.

No tardó Cinéas mucho tiempo en marchar á Tarento con tres mil hombres, y guarnecer la ciudad hasta la llegada del rey. Embarcó Pirro veinte mil infantes, tres mil caballos y veinte elefantes, y siguió inmediatamente á su ministro. Los tarentinos creyendo hallar en Pirro un auxiliar, se encontraron con un señor severo, por cuyas órdenes se cerraron los teatros, cesaron los festines, y aquellos hombres voluptuosos tuvieron que sujetarse á la disciplina militar, incorporándose en las filas de los auxiliares. Muchos de ellos huyeron por su afeminacion: tan cierto es que el lujo y la ociosidad hacen degenerar á los hombres.

Mientras tanto el cónsul Levino llega con sus tropas á Heraclea, en donde se traba una reñida batalla. Peleóse por ambas partes con valor; y aunque el príncipe griego corrió gran peligro, porque el brillo y resplandor de sus armas le hacian distinguir de todos los demas soldados, sus elefantes al fin le alcanzaron la victoria. Los romanos, que jamás los habian visto, quedaron asombrados al mirar á aquellos monstruosos animales cargados de combatientes; y los caballos espantados, huyendo con los ginetes, sembraron el desórden por todas partes, en términos que

la fuga fue general en un instante. Fue tal la carnicería que hizo Pirro en los enemigos, que dijo: *con otra victoria como esta soy perdido.* Mas no por eso dejó de marchar sobre Roma, y aproximarse hasta siete leguas de ella, sí bien al acercarse los dos ejércitos consulares, hubo de retirarse prontamente.

Enviáronle los romanos una embajada para tratar del rescate ó cange de los prisioneros, en la cual iba el virtuoso *Fabricio*, pobre en el seno de los honores. Las ofertas que le hizo el rey solo sirvieron para dar á conocer el desprecio que hacia de las riquezas. Esplicándole Cinéas un dia los principios de la ciencia de *Epicuro*, que profesaba, ¡*dioses*! esclamó; ¡*ojalá que nuestros enemigos sigan esta doctrina mientras nos hagan la guerra*! Añaden que invitándole Pirro á que se trasladase á su corte, en la cual le prometia el primer puesto, le contestó: *no os lo aconsejaria, porque en llegando vuestros súbditos á conocerme bien á fondo, me preferirian á vos.* Esta vana arrogancia se aviene mal con la moderacion, que es la base fundamental de todas las virtudes.

Deseaba Pirro hacer la paz con un pueblo tan belicoso como invencible, y así mandó á Cinéas que siguiese á los embajadores de Roma y negociase el tratado. No quedó poco admirado este

hábil ministro, al ver que ni hombres ni mugeres quisieron aceptar los presentes que les llevaba en nombre del rey su amo. El senado despues de una madura deliberacion, dió esta respuesta memorable, que acredita el carácter de firmeza de la república. «Que salga Pirro de Italia, y »que envie despues á pedir la paz; pues de lo »contrario, mientras permanezca en el pais, Ro»ma no dejará de hacerle la guerra." Cinéas recibió la órden de partir en el mismo dia, y al dar cuenta á su príncipe de la embajada, le dijo: que *Roma le habia parecido un templo, y el senado un congreso de reyes.*

Dícese que poco tiempo despues ofreció el médico de Pirro envenenarle, lo cual parece poco verosímil, porque no podia prometerse en Roma ni aun una fortuna tan brillante como la que tenia en la corte de aquel monarca. De todos modos el cónsul Fabricio tuvo la generosidad de informar á Pirro de esta traicion, la cual le grangeó, segun Eutropio, este magnífico elogio: *mas fácil sería sacar al sol de su curso ordinario, que á Fabricio de la senda de la probidad y la justicia.* Referiré siempre gustoso estos rasgos, como lecciones vivas de aquella virtud magnánima, que infunde el desprecio de lo que las almas corrompidas idolatran. La crítica podrá poner en duda algunos de ellos; pero convienen

con el carácter de aquellos romanos ilustres, cuya grandeza de alma no podia menos de aterrar á unos enemigos voluptuosos y afeminados, acostumbrados al lujo y á las riquezas.

Pirro abandonó la Italia despues de seis años de guerras, y pasó á despojar á *Antígono Gonatas* de la Macedonia. Llevó sus armas al Peloponeso, y fue muerto en el sitio de Argos. Tarento, Crotona, Locria, toda la gran Grecia, y la Italia propiamente dicha, entraron bien pronto bajo la dominacion romana, á lo menos como pueblos aliados, demasiado débiles para oponerse á los designios de la república.

CAPÍTULO VIII.

DE CARTAGO Y DE LA SICILIA ANTES DEL PRINCIPIO DE LAS GUERRAS PÚNICAS.

Verémos abrirse ahora un gran teatro á las armas y á la política de los romanos. Empero antes de trazar el cuadro de las guerras púnicas, es preciso dar un idea de *Cartago*, aquella temible y poderosa rival de Roma, cuyo comercio y riquezas la habian llevado ya al término fatal, en que el esceso de ambicion arruina las potencias.

Cartago, fundada por los tirios cerca de setenta años antes que Roma, tenia el gobierno re-

publicano. Dos magistrados anuales con el nombre de *Suffetes*, parecidos á los reyes de Esparta, ó á los cónsules de Roma, estaban al frente de los negocios. Los mas importantes se decidian en el senado si habia unanimidad de votos; pero sino, pasaban al pueblo. Habia un tribunal de ciento y cuatro senadores, ante el cual se presentaban los generales á dar cuenta de su conducta; y era tal su severidad, que castigaba hasta con pena de muerte los malos resultados de las acciones de guerra, como si el mejor general pudiese encadenar la fortuna.

Los cartagineses entregados esclusivamente al comercio, y desdeñando las artes y las ciencias que no conducian á los bienes de fortuna, eran falsos y falaces, no menos que viciosos y crueles. La supersticion sobre todo los hacia atroces, pues inmolaban á Saturno víctimas humanas, y algunas veces á sus propios hijos, sofocando las madres los gritos de la naturaleza, y presenciando, sin derramar ni una sola lágrima, estos horribles sacrificios. Habiéndolos derrotado *Geron*, rey de Siracusa, en tiempo de *Xerxes*, les impuso entre las condiciones de paz la de que habian de abolir los sacrificios humanos; pero esta ley benéfica y saludable no se observó largo tiempo.

Habíase engrandecido Cartago insensiblemen-

te por sus colonias y por su comercio, en tal manera que se aventajaba á la famosa Tiro. La Cerdeña, y una gran parte de la Sicilia y de la España eran sus tributarias. Dueña del mar, recogia sin gran dispendio lo supérfluo de estos paises para venderlo con estimacion en otros; pues como no hallaba competencia, imponia sin el menor obstáculo esta especie de tributo á las naciones.

Uno de sus navegantes, llamado *Hannon*, habia sido comisionado por el gobierno para dar la vuelta al África por el estrecho de Gibraltar; y á no haberle faltado los víveres en el camino, tal vez hubiera llevado á cabo una de las empresas mas grandes que pudieron haber imaginado los antiguos. Pero Cartago dilatando su imperio, caminaba á su ruina; porque el espíritu de conquista, fatal á todos los pueblos, es incompatible con el verdadero interés de los que se dedican al comercio.

Los cartagineses habian hecho varios tratados con los romanos, y el primero de ellos en el consulado de Bruto, para poner límites á la navegacion de estos, obligándose Cartago á respetar el pais del Lacio. Por otro segundo tratado hecho en el año 405, se habian convenido en que los romanos no pudiesen negociar ni en Cerdeña ni en África, á escepcion de Cartago, en don-

de podrián vender libremente las mercancías que no fuesen prohibidas, como lo harian los cartagineses en Roma. Pretendiendo estos dos pueblos, cada uno de por sí, subyugar la Sicilia, la ambicion no tardó mucho tiempo en encender entre ellos una sangrienta guerra, cuya relacion suspenderémos hasta hacer un pequeño bosquejo de las revoluciones de Sicilia.

Dionisio el Tirano, hecho dueño de Siracusa once años despues que esta ciudad habia puesto en fuga á los atenienses, y cuatrocientos cinco antes de la venida de Jesucristo, habia estendido su dominacion á toda la Sicilia por medio de sus talentos, sus victorias y sus crueldades. Venció á los cartagineses, los arrojó casi enteramente del pais, y se mantuvo en el trono treinta y ocho años, á pesar de verse rodeado de una multitud de enemigos domésticos.

Referirémos algunos de los rasgos mas notables de su vida. Habia enviado á las *canteras*, que era como una especie de presidio entre nosotros, al filósofo Philoxeno, porque no habia admirado unos versos que habia hecho, y de los cuales estaba muy pagado; y habiéndole llamado al dia siguiente, le leyó otra composicion, preguntándole ¿qué le parecia? pero Philoxeno, volviéndose á las guardias, les dijo: *que me llé-*

ven otra vez á las canteras. El tirano sin embargo sufrió esta burla pacientemente. Hallándose en otra ocasion falto de dinero, saqueó un templo de Júpiter, y quitándole un manto de oro macizo que tenia puesto, *este manto*, dijo, *es muy pesado para el verano, y demasiado frio para el invierno*; y le hizo poner otro de lana, añadiendo que esta tela se acomodaba mejor á todas las estaciones. Este desgraciado príncipe no se dejaba afeitar ni cortar el pelo sino por mugeres; y temiendo todavía en sus manos la navaja y las tigeras, las enseñó á quemarle la barba y el pelo con cáscaras de nuez.

Sucedióle en el trono sin el menor obstáculo su hijo *Dionisio*, príncipe voluptuoso, que seducido en un principio por los atractivos de su brillante suerte, parecia que solo reinaba para embriagarse y sumergirse en el deleite. Pero habiéndole persuadido su hermano *Dion*, el mas prudente de todos los siracusanos, á que atrajese á su corte al famoso filósofo *Platon*, trajo en su compañía el amor al estudio, la filosofía y las buenas costumbres; y Siracusa hubiera tenido un buen príncipe, si los cortesanos hubiesen entrado en una reforma como la que se preparaba; pero forjaron mil imposturas contra *Dion*, y le desterraron. Siguióle inmediatamente Platon, y pusieron el colmo á la injusticia

vendiendo públicamente los bienes de Dion, y entregando su muger á otro. Reclamó la Sicilia el auxilio de Dion contra el tirano, á quien arrojó del trono en efecto, gobernando á Siracusa con prudencia: pero el pueblo, siempre ingrato, olvidó todos sus servicios; un amigo pérfido le asesinó, y Dionisio volvió á ocupar el trono, diez años despues de haber sido despojado de él. Vencido luego por el famoso *Timoleon*, á quien enviaron los corintios en socorro de Siracusa, fue desterrado á Corinto, donde concluyó sus dias llenos de miseria. Los espartanos creyeron amedrentar á *Filipo* con su ejemplo, contestando á una carta llena de amenazas, que les habia escrito, con estas palabras: *Dionisio en Corinto.*

No disfrutó la Sicilia largo tiempo de la quietud y libertad que Timoleon les habia restituido. Siracusa, sitiada por los cartagineses, recurrió á Pirro que hacia la guerra en Italia, y este príncipe abrazó sus intereses. Pero despues de haber obtenido varias ventajas, tuvo que retirarse, diciendo al dejar la Sicilia: *¡buen campo de batalla les dejamos á los romanos y cartagineses!* Los siracusanos nombraron por rey á *Heron*, y entonces fue cuando tuvieron principio las guerras púnicas, provocadas por la política ambiciosa de los romanos.

CAPÍTULO IX.

PRIMERA GUERRA PÚNICA.

489. Unos soldados de Campania, que tomaron el nombre de *mamertinos*, ó marciales, de *Mamerto*, que entre ellos equivalia á Marte, habian podido apoderarse de Mesina por medio de una conspiracion. Atacólos Heron, y los socorrió Cartago; pero temiendo tanto á los cartagineses como al rey de Siracusa, se pusieron bajo la proteccion de los romanos. El senado no podia abrazar su causa sin faltar á las leyes del honor; pero el pueblo, menos delicado en estas materias, queria una guerra, de la cual esperaba sacar mucha utilidad. Tomaron pues las armas: el cónsul Apio Claudio pasó el estrecho con una pequeña flota, batió á *Heron* y á los cartagineses que se habian ligado con él, puso guarnicion en Mesina, y volvió á Roma con tanta mayor gloria, cuanto los romanos no habian ensayado sus armas hasta entonces fuera del continente.

Este buen resultado alentó las esperanzas de los romanos, y trataron de llevar sus miras mas adelante. Conocieron la necesidad de una armada, porque la pequeña flota que tenian no

merecia este nombre, y se apresuraron á crearla. Una galera cartaginesa, que se habia ido á pique en las costas de Italia, les sirvió de modelo. Trabajaron con tanta actividad, que en dos meses equiparon cien galeras de cinco órdenes; pero para obtener la superioridad, era preciso hallar el medio de combatir á pie firme sobre las olas, y contrarestar la destreza de los cartagineses y su ciencia marítima.

El cónsul Duilio hizo pues añadir á cada galera una máquina llamada *cuervo*, que cayendo sobre otro barco le enganchaba y formaba una especie de puente para el abordage. Esta invencion surtió todo el efecto que se pedia. Los cartagineses fueron derrotados completamente: tuvieron siete mil muertos, otros tantos prisioneros, trece galeras echadas á pique, y ochenta apresadas. Ninguna victoria habia linsongeado tanto á los romanos.

Duilio fue durante toda su vida honrado y considerado estraordinariamente. Cuando se retiraba á casa por las noches le alumbraban con una hacha, y llevaba delante de sí un músico tocando un instrumento.

Repitiéronse en pocos años sin intermision las victorias, y los rasgos de heroismo de los romanos, que al fin arrancaron la Córcega y la Cerdeña de las manos de sus enemigos.

Régulo, uno de los cónsules victoriosos, llevó la guerra al África, y al fin de su consulado tuvo órden de continuarla en calidad de procónsul. Quejóse entonces, y pidió que se le relevase, alegando que un ladron le habia robado los instrumentos de la labranza, y que si no iba él mismo á cultivar su pequeña heredad, se veria espuesto á perecer de hambre con su familia. El senado mandó que se cultivase la tierra de Régulo, y se mantuviese á su familia por cuenta del tesoro público.

Habiendo avanzado este procónsul hasta las puertas de Cartago, y queriendo concluir la guerra, ofreció al enemigo la paz, pero á tan duras condiciones, que á pesar del terror general que infundia, fueron desechadas. *Es preciso*, decia, *saber vencer, ó de lo contrario someterse al vencedor.* La vergüenza y la desesperacion reanimaron á los vencidos, y en estas críticas circunstancias llegan unos auxiliares griegos á sueldo de los cartagineses. El lacedemonio *Xantipo* ataca á Régulo, que contemplándose invencible, no tomaba ninguna precaucion, y así no solo le derrotó, sino que le hizo prisionero. Xantipo, á pesar de que habia salvado á los cartagineses, temiendo su envidia, se retiró secretamente.

Redoblaron sus esfuerzos los romanos para re-

parar este desastre y continuar la guerra. Armaron un crecido número de galeras, y sitiaron á Lilibea, que era la plaza mas fuerte que tenian los cartagineses en Sicilia. Entonces fue cuando estos últimos enviaron una embajada á los romanos para negociar el cange de los prisioneros. Pero Régulo, á quien habian enviado con los embajadores, creyendo sin duda que procuraria allanar todas las dificultades para obtener la libertad, persuadió á sus compatriotas, segun afirman la mayor parte de los historiadores, á que desechasen semejante proposicion, y se volvió á Cartago á sufrir un suplicio afrentoso. Los romanos, para vengar su muerte, entregaron los prisioneros cartagineses mas principales al furor de la muger y de los hijos de Régulo, que no se mostraron menos bárbaros que sus enemigos.

Nueve años duró el sitio de Lilibea, en cuyo espacio de tiempo desplegaron sitiados y sitiadores todos sus recursos. *Claudio Pulcher* atacó la flota de los cartagineses en el puerto de Drepano, y perdió la de Roma que fue destruida por *Adherbal*. Cuentan que habiendo sabido antes de dar la batalla que los pollos sagrados no comian, los hizo arrojar á la mar diciendo en un tono burlesco: *si no quieren comer, á lo menos que beban*. Bastaba esto para aba-

tir el ánimo supersticioso de los romanos. Otros desastres acabaron de aniquilar la marina de Roma y el tesoro, teniendo que contribuir los ciudadanos en proporcion de sus haberes para los gastos de un nuevo armamento. Aprestáronse en muy poco tiempo cien galeras de cinco órdenes de remos, y el cónsul LUTACIO destruyó con ellas la flota de *Hannon*; batió despues á *Amilcar Barcas*, padre del gran *Annibal*, y obligó á los cartagineses á pedir la paz, imponiéndoles las mas duras condiciones.

La Sicilia, esceptuando el reino de Siracusa, fue declarada *provincia romana*. Dióse este nombre á los paises conquistados fuera de Italia, enviándoles cada año un pretor y un qüestor, el primero para sentenciar las causas civiles, y el segundo para percibir los tributos.

Así, despues de una guerra no interrumpida de veinte y cuatro años, los romanos que habian perdido en ella setecientas galeras, dieron la ley á la opulenta Cartago, cuyas pérdidas no habian sido tan considerables, al paso que sus recursos eran infinitamente mayores. Una firmeza inalterable en las resoluciones; una pasion invencible por la gloria y las conquistas; el ejercicio contínuo de las armas; la esperiencia de los combates, y la severidad de la disciplina, fijaron la fortuna de parte de los romanos. Un

pueblo esencialmente guerrero debia contrarestar al que solo hacia la guerra por el comercio.
Los cartagineses por otra parte, crucificando á sus generales cuando eran vencidos, inspiraban mas bien el terror que no la emulacion, al paso que los romanos inspiraban valor y entusiasmo, castigando la desobediencia y la cobardía, degradando á los que faltaban á su deber, no rescatando los prisioneros, y no haciendo un crímen de los sucesos adversos que nadie puede evitar. Cuatrocientos caballeros jóvenes, nombrados para ciertos trabajos urgentes é indispensables, rehusaron obedecer, y los censores los sentenciaron á quedarse á pie. Pero estos brazos no eran perdidos para la república: la mancha podia lavarse; y así un castigo saludable hace frecuentemente entrar á los hombres en su deber. Roma en una palabra, á par de su desmedida ambicion, tenia escelentes soldados, y sus generales desplegaban tanta mayor energía y actividad en sus operaciones, cuanto era mas corto el tiempo del mando: y esta es sin duda la causa principal por que vencieron tantas naciones.

CAPÍTULO X.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

534. Estaba estipulado que los cartagineses no habian de pasar del Ebro, y que Sagunto, ciudad populosa de España, y aliada de los romanos, habia de quedar libre é independiente. *Asdrúbal*, naturalmente pacífico, observó el tratado mientras vivió. Sucedióle *Annibal*, que no teniendo aun veinte y cuatro años, reunia ya la prudencia al heroismo. Adorábanle sus soldados porque era su bienhechor, y les servia de modelo. Sobrio, vigilante, infatigable, endurecido en el trabajo, no dando al sueño mas que los cortos momentos que le dejaban libres los negocios, durmiendo muchas veces sobre el duro suelo enmedio de las centinelas, recompensaba con liberalidad en los demas las acciones y virtudes militares que formaban sus delicias; y por desgracia de los romanos poseía el gran talento de una política artificiosa, en el mismo grado que un general consumado.

Sitió á Sagunto, que en el momento imploró el socorro de Roma. Envió ésta una embajada á Cartago, que se desentendió de sus reclamaciones. Los saguntinos, abandonados por los roma-

nos á sus propios recursos, viéndose despues de un sitio de siete meses reducidos al último estremo, prendieron fuego á las casas, quemaron lo mas precioso que tenian, y con sus mugeres é hijos se sepultaron casi todos en las llamas. Los pocos que quedaron fueron pasados á cuchillo.

Preparada Roma al instante para la guerra, envió nueva embajada á Cartago, con el objeto de pedir satisfaccion de un hecho tan contrario á los tratados y al derecho de gentes; pero lejos de entregarles á Annibal, como pretendian los romanos, trataron de justificar el sitio de Sagunto con su propio ejemplo. *Fabio*, cabeza de la embajada, sin entrar en discusiones supérfluas, haciendo un pliegue en su vestido, y cogiéndole en la mano, les dijo con denuedo: *Aquí tengo la paz ó la guerra: escoged.* El gefe del senado le contestó con no menor altanería; que podia escoger él mismo lo que mejor le pareciese: *pues allá vá la guerra*, replicó Fabio, y la aceptaron.

Annibal, como que tenia el mando del ejército por tiempo ilimitado y con ámplias facultades, tomó todas sus medidas para llevar la guerra á Italia. Jamás se concertó una empresa tan atrevida con mas valor ni con mas prudencia. El paso del Ebro y de los Pirineos, por don-

de dió principio, es nada en comparacion de el del Rodano y de los Alpes. La rápida corriente de este último rio, y los galos que defendian la orilla opuesta, no pudieron detener á Annibal, que consiguió hasta salvar sus elefantes. Llegando al pie de los Alpes en octubre, los encontró cubiertos de nieve y hielo, y guardados por sus fieros habitantes, que á pedradas podian acabar con sus soldados. Sin embargo los atravesó en quince dias, no sin muchos y penosos trabajos, y llegó por fin al hermoso pais que habia prometido á sus tropas en recompensa de las fatigas. Cinco meses y medio hacía que habia salido de Cartagena á la cabeza de 500 infantes y 200 caballos. Esta marcha de cerca de trescientas leguas, venciendo obstáculos casi insuperables, debe ser celebrada entre las espediciones de los conquistadores de mas alta nombradia. La relacion que nos ha dejado *Polibio* de ella es admirable, aunque carece de las maravillas y de la pompa de la de *Tito Livio*. El vinagre con que hace éste disolver las rocas de los Alpes, es muy semejante á las quimeras de *Herodoto*; y no sabemos donde se iria á buscar tanto vinagre como el que para esta operacion se necesitaba.

Luego que Annibal dió algun descanso á sus tropas, quiso señalarse por algunos golpes decisivos, y la toma de Turin fue, como si dijé-

ramos, el preludio de ellos. PUBLIO SCIPION, uno de los cónsules que debia mandar en España, habia venido prontamente al socorro de la Italia. Encontró á los cartagineses al lado de allá del *Tesin*, y los acometió; pero habiendo sido herido, su caballeria, considerándole muerto, tomó la fuga, y repasó el Pó acosada por Annibal.

Lisonjeándose el cónsul SEMPRONIO de obtener mejores resultados que su colega, que continuaba enfermo aun de su herida, se obstinó en presentar la batalla á sus enemigos; pero cometió tan graves faltas, que los dos ejércitos consulares fueron derrotados á las márgenes del *Trebia*.

El vencedor intentó despues pasar el Apenino, poco menos peligroso que los Alpes. Al salir de las montañas volvió á atacar Annibal al cónsul SEMPRONIO, y despues de un combate obstinado, en que se mantuvo indecisa la victoria, se apresuró á penetrar en la Etruria por el camino mas corto. Pero habiendo tropezado con el nuevo obstáculo de unos pantanos, invencible para cualquiera otro, despues de haber estado sus tropas metidas en el agua cuatro dias consecutivos con sus noches, montando sobre el único elefante que le quedaba, pudo salir del fango á duras penas, y perdiendo un

ojo por una fluxion ácre que le causó el aire corrupto y la fatiga.

536. Un nuevo cónsul, indigno del mando, el temerario FLAMINIO, llenó la victoria de Annibal hasta el colmo. Empeñándose indiscretamente con los enemigos en un desfiladero inmediato al lago *Trasimeno*, quedó muerto en el campo de batallá, y el ejército hecho piezas. Seis mil romanos, que fueron los únicos que se salvaron, se vieron al dia siguiente obligados á rendirse; y hasta cuatro mil hombres que venian á unirse á FLAMINIO, fueron tambien derrotados. Todo estaba perdido sin remedio, si el senado romano, saliendo de la regla ordinaria, no hubiese nombrado por sí mismo un Dictador, capaz de enderezar el mal estado de las cosas. Fue éste el prudente FABIO, y el pueblo nombró por su parte á *Minucio* general de la caballería. Dió FABIO principio al ejercicio de su autoridad practicando varios actos religiosos, nunca mas necesarios, pues se habia difundido por todos los ánimos un terror pánico y supersticioso. Colocado al frente de las tropas, dejó que los enemigos se fuesen debilitando y consumiendo poco á poco por la escasez y falta de víveres. Campando en las alturas, evitando las batallas, y escaramuzando contínuamente, desconcertó á Annibal, poco acostumbrado á este nuevo gé-

nero de guerra. Sufria el Dictador pacientemente que le acusasen de cobarde, y tuvo bastante serenidad y constancia para desentenderse del desprecio con que le miraban, sacrificando su propia gloria á la patria, ante la cual todo es nada en comparacion del deber. Llevaron la injusticia hasta el estremo de repartir el mando entre él y el general de la caballería, y tuvo que dar la mitad de las tropas á este temerario. Bien pronto se vió cercado y envuelto por todos lados, y á pique de ser enteramente derrotado. Pero FABIO cayó entonces sobre el enemigo, y le puso en fuga. Era preciso no ser romanos para resistirse á tanta virtud. Minucio, avergonzado de su yerro, depuso su autoridad en manos del Dictador. Esta campaña es una de las lecciones mas profundas que puede dar la historia á los generales y á los ciudadanos.

CAPÍTULO XI.

BATALLA DE CANAS.

537. La esperiencia acababa de demostrar cuánto influye en el éxito de la guerra la buena eleccion del general; pero el pueblo rara vez se aprovecha de estas lecciones. Así es que el de Roma elevó al Consulado á TERENCIO VARRON, hijo de un carnicero, que se habia hecho

partido lisonjeando los gustos y caprichos de la plebe, y que fue en el Consulado un adversario, mas temible para su colega EMILIO, que los cartagineses. Consistian las fuerzas de la república entonces en ocho legiones de 10 infantes y 300 caballos cada una, las cuales unidas á las de los aliados componian un ejército formidable. Mandaban los cónsules estas fuerzas alternativamente por dias, anunciando desde luego la mala inteligencia que reinaba entre ellos, un funesto desastre. VARRON se aprovechó de uno de los dias de su mando para correr al precipicio, y en efecto fue completamente derrotado. Despues de tres horas de pelea, la carnicería era tan horrorosa, que el general cartaginés gritaba á sus soldados para que perdonasen á los vencidos. EMILIO perdió la vida con cerca de 400 hombres; entre ellos 30 de á caballo, y VARRON huyó con un pequeño número de estos últimos.

Mostróse en toda su fuerza la magnanimidad romana, enmedio de la consternacion causada por este desastre. Los consejos de *Fabio* fueron en fin escuchados. Habia reunido VARRON 10 hombres de los restos del ejército, y marchó con ellos á Roma: el senado salió en cuerpo á recibirle, y á darle solemnemente las gracias por no haber desesperado de la salvacion de la república. Al mismo tiempo llevaban los senadores su

dinero al tesoro, y los caballeros y plebeyos seguian su ejemplo. Alistóse toda la juventud desde la edad de diez y siete años: armáronse 83 esclavos, y se acordó que no se pagase el rescate de los prisioneros, ya para economizar este gasto, como para animar á los soldados al cumplimiento de su deber, y desvanecer las esperanzas de los enemigos. Formáronse cuatro legiones en la ciudad, y los aliados dieron las tropas que se les pidieron.

Envió Annibal á su hermano *Magon* á llevar á Cartago la noticia de la victoria de *Canas* y á pedir refuerzos. *Hannon* sostuvo que no debian enviársele, puesto que no dando los romanos señal de desesperacion, ni aun la de pedir la paz, no estaban reducidos al último estremo, como se decia: que las circunstancias podrian dar márgen á una paz ventajosa; pero que tambien una sola derrota arruinaria todos los proyectos de Annibal: «Ninguna necesidad tiene »de refuerzos, concluyó *Hannon*, si ha ganado »las victorias decisivas que quiere persuadirnos; »y si nos engaña con falsas relaciones, no los »merece." Desecharon este parecer, pero quedó justificado por la esperiencia.

Cápua, vendiendo á los romanos, recibió á Annibal dentro de sus muros. Las delicias de esta ciudad fueron para él un contagio funesto.

Pasó allí el invierno en el seno de los placeres: y como el mal ejemplo de los gefes es siempre pernicioso para los súbditos, los soldados, á imitacion del general, se entregaron al deleite, y la molicie debilitó sus fuerzas y enervó su espíritu. Los que tan acostumbrados estaban á las fatigas, y tan endurecidos en todos los trabajos de la guerra, no pensaban mas que en llevarse en su compañía las prostitutas de Cápua; de lo cual provinieron las deserciones contínuas, pues parecia que no respiraban sino para gozar de las dulzuras de la Campania.

Por mas temible que fuese aun Annibal, no tardaron mucho tiempo los romanos en conseguir sòbre él algunas ventajas. Sempronio, con un cuerpo de esclavos, deshizo otro de cartagineses. El mismo Annibal tuvo que replegarse á la vista de Marcelo, que se inmortalizó despues en el sitio de Siracusa, uno de los sucesos mas notables de esta guerra.

Este cónsul, acabado de llegar á Sicilia, formó el designio de subyugar á los de Siracusa, que habian tomado partido contra los romanos, con cuyo objeto puso sitio á dicha ciudad; pero el ilustre *Arquimedes*, descendiente de los últimos reyes, el mayor geómetra de su siglo, desplegó en su defensa toda la estension de sus vastos conocimientos. El prodigioso efecto de

sus máquinas, que destruían á los romanos y sumergian sus galeras, obligó á Marcelo á cambiar el sitio en bloqueo. Aun pensaba ya en retirarse, cuando se le hizo ver que las escalas llegaban á lo alto de una muralla, y con esta noticia intentó escalarla de noche, y se apoderó de la ciudad. Honró la memoria de *Arquimedes*, á quien habia muerto un soldado sin conocerle. El genio de un hombre solo sostenia á su patria habia tres años. Siracusa, con el resto de la Sicilia, se convirtió en provincia del imperio romano.

Señaláronse igualmente las armas de Roma en Italia y en España. Cápua fue sitiada y estrechada; y Annibal, perdidas las esperanzas de socorrerla, intentó hacer una diversion sitiando á Roma, pero no consiguió nada. Reducida Cápua al último estremo, los principales autores de la rebelion se dieron la muerte, y los ciudadanos se sometieron. Disemináronlos por el pais, y se estableció en su lugar una colonia, á donde debia pasar cada año un Prefecto para administrar la justicia. Poco tiempó despues sacó Fabio á Tarento del poder de los cartagineses, que se habian apoderado de ella. Encontró allí una porcion de estátuas y pinturas, de las cuales hizo el mayor desprecio. *Dejemos á los tarentinos sus dioses irritados*, dijo, cuando le preguntaron

¿qué se habia de hacer con aquellas estátuas y cuadros? Por el contrario MARCELO, que era hombre de gusto, habia adornado los templos de Roma con las obras maestras que sacó de Siracusa. Este gran capitan, vencedor de Annibal, cayó por desgracia en el lazo de una emboscada que le costó la vida. El héroe cartaginés le hizo los últimos honores. Llamaban á MARCELO *la espada de Roma*, sobrenombre digno de sus servicios.

CAPÍTULO XII.

FIN DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

Habian hecho grandes progresos en España las armas de Cartago, bajo el mando de *Gneio Escipion*, y de su hermano *Publio Cornelio*, volviendo á tomar á Sagunto, y desalojando á los cartagineses de varias posiciones ventajosas que ocupaban en el pais; pero habiéndose separado, se vieron acosados uno y otro por fuerzas superiores, y fallecieron el año 541 de Roma. Parecia irreparable la pérdida de estos dos generales, cuando *Publio Escipion*, hijo del mayor, se ofreció á continuar la guerra, no contando aun mas de veinte y cuatro años.

543. Nombráronle procónsul, é hizo tales prodigios que parecen increibles, debidos en

parte al talento de sacar partido de la superstician del vulgo, y convertirla en utilidad y provecho del bien público. Si no hubiese fingido que se le habia aparecido Neptuno, aconsejándole que pusiese sitio á Cartagena, y sino hubiese anunciado como un prodigio el reflujo de la mar, que debia hacer vadeable el puerto á cierta hora, los romanos se hubieran estremecido al proponerles la empresa. Cartagena fue tomada por asalto en un dia, y encontraron en ella diez y ocho galeras, ciento treinta barcos mercantes cargados de provisiones, llenos los almacenes y arsenales, y riquezas inmensas. Este fue un golpe mortal para el poder de Cartago.

Dió el procónsul nuevo realce á su gloria con un rasgo de virtud ejemplar. Presentáronle una cautiva, cuya hermosura le dejó encantado; pero informado de su misma boca de que estaba prometida á un príncipe del pais, la restituyó á su esposo. Reconocido éste á tan singular favor, pondera la grandeza de alma de Escipion, y le atrae un gran número de aliados. Los cartagineses perdieron en poco tiempo la España, y los romanos estendieron por ella su dominacion. La actividad y el valor, la prudencia y reputacion del jóven guerrero, auxiliado por su amigo *Lelio*, hicieron su nombre temible y respetable en todas partes. *Masinisa*, rey de Numidia, resol-

vió desde entonces renunciar á la alianza de Cartago, para unirse á él, y fue uno de los amigos mas decididos de los romanos.

Sometida toda la España, el senado envió sucesores á Escipion; y este grande hombre depuso en sus manos la autoridad, sin manifestar el menor resentimiento. Llegado á Roma, las centurias por unanimidad le confieren el consulado antes de la edad que se requeria. Un mérito tan eminente estaba esceptuado hasta por el espíritu mismo de la ley.

Asdrúbal, hermano de Annibal, habia pasado los Alpes en 546 con un numeroso ejército, y los cónsules habian obtenido sobre él una victoria tan completa, que perdió con la vida cincuenta mil hombres. Esta derrota disipó los temores de Roma.

Formó entonces Escipion el designio de llevar la guerra á África, y lo propuso al senado. Combatió el viejo *Fabio* este proyecto con todas sus fuerzas, ya fuese por envidia, ya por circunspeccion, manifestando que acarrearia la pérdida de la Italia, amenazada siempre por Annibal; pero el senado, dando mas valor á los raciocinios del cónsul, que por otra parte lisongeaban su ambicion, encargó á Escipion el departamento de la Sicilia, con la facultad de pasar al África cuando lo creyese oportuno.

Apenas habia llegado al continente, y obtenido una ventaja sobre los cartagineses, cuando Masinisa se declaró por los romanos. *Siphax*, otro rey de la Numidia, rival de Masinisa, se declaró contra ellos, aunque habia estado antes unido á Escipion; pero éste le derrotó, como igualmente á Asdrúbal, en repetidas y sangrientas refriegas.

Tembló Cartago, y llamó á Annibal, que habia sufrido grandes pérdidas en Italia, y que hubo de dejar este hermoso pais con el sentimiento de un conquistador, á quien arrancan la presa de entre las manos. Su retirada causó un gozo universal; solo Fabio, cuyo espíritu habian debilitado probablemente los años, y agriado el genio, se mostró insensible á ella. Estaba prevenido contra el gran Escipion; y si era por envidia, como sospechan algunos, bastaria este solo vicio para empañar la virtud mas acrisolada.

Habiendo quebrantado unas treguas los cartagineses con la mayor perfidia, Escipion lo llevó todo á sangre y fuego en las inmediaciones de Cartago. Dióse órden á Annibal para que le atacase, y enviando primero unos espías á reconocer el campo enemigo, fueron aprehendidos y conducidos ante el general romano, que despues de haberles hecho enterar de todo, no solo los dejó volverse libremente, sino que aun les dió

dinero para el viaje. Este acontecimiento causó á Annibal tanto asombro, que deseando la paz pidió á Escipion una conferencia. Esforzóse el cartaginés á inspirarle sentimientos pacíficos, ofreciéndole la cesion de la España y de todas las islas situadas hácia la Italia; pero desechando el romano con mucha entereza sus proposiciones, solo pensaron uno y otro en prepararse para el combate.

551. La batalla que se dió en Zama decidió de la suerte de estas dos naciones. Los auxiliares de Cartago no tardaron mucho tiempo en tomar la fuga, y una multitud de elefantes heridos y espantados contribuyeron á su derrota. Pero Escipion desesperaba ya de poder romper la falange que habiá formado Annibal con sus veteranos; cuando Lelio y Masinisa, volviendo de perseguir á los fugitivos, la atacaron por la espalda y fijaron la victoria. Los enemigos perdieron 40J hombres entre muertos y prisioneros, librándose Annibal con suma dificultad: los romanos no tuvieron mas pérdida que la de 2J hombres.

El mismo terror que habia causado en Roma la batalla de Canas, produjo la de Zama en Cartago. Vióse Annibal precisado á confesar que no quedaba mas recurso que el de la paz; y no le fue dificil negociarla, por cuanto la deseaba

tambien Escipion, por temor de que un nuevo cónsul no le defraudase la gloria de haber terminado la guerra. ¡Tal es el imperio que el amor propio ejerce sobre nuestras acciones!

Hé aquí las condiciones impuestas por el vencedor. «Los cartagineses conservarán sus leyes y las posesiones que tenian en África antes de la guerra; pero Roma se quedará con la España y las islas del Mediterráneo: entregarán los prisioneros y pasados, asi como sus elefantes y todos los buques de guerra, á escepcion de diez galeras de tres órdenes de remos: no podrán hacer la guerra en África ni en ninguna otra parte, sin conocimiento del pueblo romano: pagarán 100 talentos en el espacio de cincuenta años: restituirán á Masinisa todo lo que le hubiesen usurpado á él ó á sus predecesores: últimamente, darán en rehenes cien personas á la eleccion del general romano, para mayor seguridad de este tratado."

Ratificóse en Roma, aunque no faltaron senadores que opinasen por la continuacion de la guerra. Preguntando uno de ellos al gefe de la embajada de Cartago *¿qué dioses pondria por testigos de la sinceridad de sus juramentos?* le contestó: *los mismos que tan severamente castigaron nuestros perjurios.* Respuesta baja y humillante, que no hubiera dado seguramente

un romano. La diferencia de carácter de estos dos pueblos no es la menor causa del diferente éxito que tuvieron en sus empresas.

CAPÍTULO XII.

GUERRA CONTRA FILIPO, REY DE MACEDONIA, Y CONTRA ANTIOCO, REY DE SIRIA.

Quinientos buques cartagineses entregados á ESCIPION y quemados á la vista misma de Cartago; reducida esta potencia á diez galeras pequeñas: sujetos todos los ciudadanos á una imposicion para pagar un vergonzoso tributo: obligado el arrogante Annibal á suscribir á la degradacion de su patria: borrada la memoria de los antiguos descalabros de Roma por tantas victorias recientes: tal fue el fruto de la segunda guerra púnica.

Todo conspiraba á ensoberbecer á Roma y fomentar su orgullo. Recibió con entusiasmo al ilustre ESCIPION, que llevó al tesoro ciento veinte mil libras de peso de plata. Su triunfo fue magnífico, y no menos gloriosa para él la recompensa del sobrenombre de EL AFRICANO que obtuvo. Dió Roma libre rienda á su ambicion desde entonces. Si los obstáculos la habian tenido como encarcelada en la Italia, ahora es un torrente que rompiendo los diques todo lo

inunda. Las victorias conseguidas aguzaban el deseo de volver á vencer: la pasion por las conquistas se inflamaba por las que se habian hecho, y las riquezas adquiridas en la guerra ofrecian los medios de renovarla con ventajas. En semejantes circunstancias dificilmente hubiera podido el pueblo mas moderado del mundo detener el curso de sus empresas: ¿cómo pues podria hacerlo Roma, que por todo atropellaba en tratándose de su engrandecimiento?

552. Hacia pocos años que *Filipo*, segun- rey de Macedonia, habia concluido un tratado de paz general con los romanos, en el cual habian sido comprendidos todos los aliados de este príncipe; pero despues su genio inquieto le indujo á socorrer á los cartagineses, y hostilizar á los griegos con nuevas espediciones. *Atalo*, rey de Pergamo, bien asi como los rodios y los atenienses, no pudieron menos de quejarse de esta conducta á la república, que inmediatamente declaró la guerra á Filipo. El éxito no estuvo dudoso por mucho tiempo, pues desde la primera campaña fue batido por el cónsul SULPI- *Quinto Flaminio*, procónsul, obtuvo sobre él una victoria decisiva cerca de Cynocéfalos, en la Tesalia, en donde se tocaron los inconvenientes que la pesadez de la falange Macedonia tenia para un terreno cortado y desigual. A esta vic-

toria se siguió la paz, que costó al rey un tributo de mil talentos, ademas de sus buques de guerra, que se vió obligado á entregar. Su hijo *Demetrio*, que dió en rehenes, se aficionó á los romanos, y se grangeó la estimacion de ellos.

Perseguido Annibal por la ambicion inquieta de Roma, se habia refugiado á la corte de *Antioco* el grande, rey de Siria. Tal vez hubiera vengado á Cartago, si este monarca hubiese tenido en él toda la confianza que se merecia; pero despreciando los consejos que le daba de atraer á su partido al rey de Macedonia, y de llevar la guerra á Italia, se dejó guiar por su capricho y todo lo echó á perder.

562. Habia pedido Escipion el Africano servir á las órdenes de su hermano Lucio Escipion, que acababa de obtener el consulado, y Antioco lleno de temor, lejos de defender valerosamente las costas del Helesponto, sacó de allí sus tropas, dejando abierta la puerta del Ásia á los romanos. Resueltos estos á establecer en ella su imperio, desecharon las proposiciones de paz que les hizo Antioco, el cual se vió por fin precisado, bien á su pesar, á aceptar la batalla. Sin embargo de que peleó con 80? combatientes y cincuenta y cuatro elefantes contra 30? hombres, fue completamente derrotado por el cónsul cerca de Magnesia, y huyó precipi-

tadamente hasta Antioquía, desde donde envió á pedir de nuevo la paz. Encargado Escipion el Africano de comunicar á los embajadores la resolucion del consejo, les dijo: «Que los romanos no se dejaban abatir por la adversidad, ni engreir por la fortuna: que se contentaban despues de la victoria con lo que habian pedido antes de ella: que evacuase Antioco toda el Ásia de la parte de acá del monte Tauro: que pagase todos los gastos de la guerra, valuados en 150 talentos: que diese veinte personas en rehenes; y por último, que entregase á Annibal.” Aceptó Antioco estas condiciones; mas Annibal huyó secretamente, y despues de haber andado errante por algun tiempo se refugió á la corte de *Prusias*, rey de Bitinia, en donde acabó sus dias perseguido siempre por los romanos.

CAPÍTULO XIV.

Caton el Censor. — Guerra de Perseo.

Esta guerra, que valió á Lucio Escipion el sobrenombre de el Asiático, fue sin embargo funesta á los romanos, cuyas costumbres sencillas y austéras corrompieron bien pronto los vicios que engendran las riquezas. El saboreo de las delicias del Ásia disminuyó para ellos los atractivos de la virtud: en esta parte todos los

pueblos se parecen unos á otros. Si alguien pudiera cortar los progresos de este mortal contagio, sería sin duda el famoso *Caton*, varon consular, zeloso amante de los trabajos campestres y de la frugalidad, enemigo de todo género de lujo, pero de un carácter tan duro é inflexible, y de un ánimo tan firme y denodado, que no sabia contenerse en los justos límites.

Ninguna escusa pudo aplacar su cólera contra los Escipiones, ni templar el modo de desfogarla. El Africano fue el que sufrió el primer ímpetu de ella. Dos tribunos, incitados por Caton, le acusaron ante el Pueblo de haberse dejado sobornar por Antioco. Comparece el ilustre acusado el dia del juicio; hace pedazos las cuentas, y desdeñándose de justificarse, *Tal dia como hoy*, dice, *vencí á Annibal y á Cartago: romanos seguidme al capitolio á dar á los dioses las gracias*: siguióle toda la asamblea dejando á sus acusadores confundidos. Este grande hombre, citado de nuevo, se retiró á una casa de campo, en donde murió á la edad de cuarenta y siete años. Tenia el gran mérito, casi desconocido en su patria, de reunir á las cualidades de los héroes las de la urbanidad y aficion á las letras. Se le puede mirar como el principal modelo de perfeccion entre los romanos.

Despues de su muerte persiguió Caton con

la misma animosidad á su hermano el Asiático, y le suscitó los mismos acusadores. El vencedor de Antioco fue condenado á pagar una multa exorbitante, como culpable de haber recibido de aquel Monarca sumas inmensas para proporcionarle una paz ventajosa. Apoderáronse de todos sus bienes, los cuales acreditaron la falsedad de la acusacion, pues no eran suficientes para pagar la multa. Reconocida despues la inocencia del acusado se reparó la injusticia.

Levantóse en la Macedonia una nueva tempestad por aquel tiempo. Habia muerto Filipo hacia algunos años, aborreciendo siempre á Roma, y sin poder olvidar sus vergonzosas derrotas. Habia dado la muerte á su hijo *Demetrio*, de quien hemos hablado antes, pérfidamente acusado por su hermano *Perseo*, que temia que la proteccion que la república romana dispensaba á aquel desgraciado príncipe, unida á su mérito personal, le elevase al trono.

Sucedió Perseo á su padre en la corona y en el odio á los romanos, del cual se dejó arrastrar con muy poca prudencia. Estaba haciendo preparativos y concitando la Grecia, de lo cual instruida Roma por *Eumeno*, le declaró la guerra. Perseo con esta novedad envió una embajada á la república, ofreciendo todas cuantas satisfacciones se le exigiesen. Contestó el senado

que un cónsul iba á pasar á Macedonia, y que el rey podia tratar con él en el mismo lugar, si tenia buenas intenciones. El objeto era negociar con las armas en la mano, así que no tardó el cónsul Licinio en presentarse. Perseo, despues de haber ganado una batalla, pidió la paz bajo las mismas condiciones á que su padre la habia obtenido; pero Licinio, aunque vencido, declaró con arrogancia que no la obtendria, como no fuese poniéndose con su reino á discrecion de los romanos. Una constancia inflexible triunfa siempre á la larga.

585. Perseo en el cuarto año de la guerra fue derrotado por Paulo Emilio. Deshecha la falange macedonia, el rey tuvo que huir; pero abandonado de sus súbditos, él mismo se entregó al vencedor. Entró en Roma vestido de luto delante del carro triunfal, y murió en el cautiverio. El reino de Macedonia aumentó el número de las provincias romanas, aunque los macedonios habian sido declarados libres. Debe atribuirse esta conquista no solo al valor, sino tambien á la prudencia de Paulo Emilio. Aconsejándole *Escipion Nasica* que diese una batalla antes del tiempo oportuno, y haciéndole entender que esta dilacion la atribuian á cobardía: *yo hablaba como tú á tu edad*, le respondió: *á la mia obrarias tú como yo obro.* Vivió en

la medianía despues de haber enriquecido el estado; y Ciceron no podia hacer mejor elogio de él, que el que hizo diciendo: *no trajo á su casa mas que una gloria inmortal.*

Todo se humillaba ante los romanos que trataban á las naciones y á los reyes con despótica altanería. Pero nada manifiesta mejor el carácter de estos conquistadores, que la conducta que observaron con la Siria. *Popilio Lenas* prohibió en nombre del senado á *Antioco Epifanio*, que hiciese conquistas en el Egipto. Habiendo trazado un círculo alrededor del monarca, le dijo: *antes de salir de este círculo responde al senado:* Antioco contestó que obedeceria, y envió una embajada á Roma, á la cual dijo el senado, *que le felicitaba por haber obedecido.* Los romanos despues de su muerte, excluyeron del trono á *Demetrio*, su heredero legítimo, en favor de *Antioco Eupator*, hijo de Epifanio, cuya tierna edad no podia poner trabas á su ambicion. Despues sin consultar á los sirios, declararon á Eupator pupilo de la república, y enviaron tres miembros del senado para encargarse del gobierno como tutores suyos, con órden de ir debilitando el reino cuanto fuese posible. Aspiraba Roma visiblemente á la conquista del mundo entero, y la rúina de Cartago le abrió el camino.

CAPÍTULO XV.

TERCERA GUERRA PÚNICA. DESTRUCCION DE CARTAGO, CORINTO Y NUMANCIA.

La proteccion que daba Roma á Masinisa en premio de su fidelidad, alentaba á este monarca para hacer algunas incursiones en el territorio de Cartago, y usurpar algunas tierras. Informada Roma de las disensiones á que éste habia dado márgen, trató de cortarlas por medio de unos comisarios que envió á Cartago al efecto. *Caton* que era uno de ellos, á su vuelta acusó á los cartagineses de que estaban haciendo armamentos contra la república, y no cesaba de clamar por su destruccion. *Escipion Nasica*, mas prudente y moderado, combatia constantemente esta opinion tan peligrosa como violenta; pero las invasiones del rey de Numidia obligaron al cabo á los cartagineses á tomar las armas, y Roma abrazó ansiosa esta favorable ocasion de estender su dominio al África.

Envió primero una embajada á Cartago con la mision ostensible de restablecer la buena armonía; pero en la realidad para sacar partido de las coyunturas. Deshizo Masinisa á los cartagineses en una sangrienta batalla, y su hijo *Gu-*

losa pasó á cuchillo 580 que habian rendido las armas. Quitándose entonces la mascarilla los embajadores, declararon la guerra á los vencidos: conducta abominable, á que se siguieron hechos todavía mas infames.

Los cartagineses amedrentados ofrecieron ponerse bajo la dependencia de Roma como súbditos, y el senado romano prometió dejarles su libertad, siempre que se sujetasen á las condiciones que les dictasen los cónsules, y enviasen en rehenes trescientos ciudadanos. Dieron los rehenes con toda seguridad y confianza, á pesar de que los senadores de mas prevision se recelaban alguna perfidia. Mientras tanto llegan los cónsules Marcio y Manilio á la cabeza de un ejército formidable, y reciben con la mayor pompa á los diputados de Cartago, que vienen á esplorar sus intenciones, y á quejarse de este aparato de guerra. «Vosotros estais bajo la proteccion de Roma, les dicen los cónsules: las armas de que están llenos vuestros almacenes os son inútiles, y así traedlas aquí en prueba de la sinceridad de vuestros sentimientos.” En vano representó Cartago que estaba rodeada de enemigos, para los cuales necesitaba sus armas: *Roma se encarga de defenderos*, les repusieron, *obedeced*. Esta contestacion no admitia mas réplica que la obediencia.

Luego que los cartagineses se desprendieron de sus armas y máquinas de guerra, los cónsules tuvieron la impudencia de declararles que Cartago iba á ser destruida, así que podian irse á establecer á otra parte, con tal que fuese á diez leguas de la mar, y no levantasen fortificacion alguna. Este terrible golpe reanima el valor de Cartago escitando la desesperacion: y el pueblo furioso sacrifica los senadores que habian aconsejado la entrega de las armas. Construyen otras nuevas con un ardor infatigable: los palacios y los templos se convierten en talleres: el oro y la plata suple por el hierro y el cobre; y las mugeres no contentas con sacrificar las joyas de su adorno, se cortan los cabellos para hacer cuerdas de ellos. Los romanos creyendo que una plaza desarmada no haria resistencia, dán el asalto, pero fueron rechazados, y su flota reducida á cenizas por los brulotes enemigos.

Asdrúbal, general de los cartagineses, hubiera destruido sin duda completamente el ejército consular, si no le hubiese defendido *Escipion Emiliano*, hijo de Paulo Emilio, y nieto por adopcion de Escipion el Africano, cuyo mérito igualaba. Este héroe cubrió con trescientos caballos la retirada de las legiones, mientras que pasaban un rio en presencia del enemigo

victorioso. Hiciéronle cónsul antes de la edad prescrita por la ley, y le asignaron el departamento del África; eleccion que justificó bien pronto bloqueando á Cartago, y reduciéndola al estremo de ofrecer que se someteria á todo con tal que se salvase la ciudad. ESCIPION, no siendo dueño de anteponer la humanidad á la venganza, desechó esta proposicion.

607. En fin, habiéndose apoderado los romanos de una puerta por un falso ataque, penetran en la ciudad, incendian las casas, y llevan á sangre y fuego todo cuanto se les opone. El orgulloso Asdrúbal viene á pedir cobardemente la vida; pero su muger mas animosa, si ya no era desesperada, le llena de improperios, y comete la sangrienta barbarie de dar de puñaladas á sus propios hijos y sepultarse en las llamas. ESCIPION obedeciendo, aunque con repugnancia, las terribles órdenes del senado, abandona la ciudad al pillage de sus tropas, y al cabo de siete dias de incendio la reduce á cenizas. Un magnífico triunfo, y el dictado de EL JÓVEN AFRICANO, coronaron la espedicion del procónsul. Auxiliáronle en ella su amigo *Lelio*, hijo del que lo habia sido íntimo del primer Escipion Africano, y el historiador *Polibio* digno de escribir sus proezas.

En el mismo año fue arruinada Corinto, y la

libertad de la Grecia destruida. Habia observado Roma la política de fomentar la division entre los griegos, interponiendo su autoridad en todos los negocios, y adquiriendo insensiblemente el mismo dominio que si hubiese conquistado la Grecia, en vez de declararla libre. Esta conducta dió márgen á que se sublevasen los de la Acaya. Habíalos contemplado Roma mientras los creyó necesarios para sus intentos; mas no teniendo ya nada que temer por parte de la Macedonia, solo trataba de domarlos. Tres aventureros, pretendiendo pasar por hijos de Perseo, habian emprendido sucesivamente la conquista de este reino, y todos tres habian sido vencidos sin mucho esfuerzo. El pretor *Matelo* atacó á los de Acaya y los derrotó. El cónsul Mumio concluyó la guerra saqueando y destruyendo á Corinto, fundada novecientos años antes, y una de las ciudades mas florecientes de Europa. La Grecia, bajo el nombre de Acaya, quedó reducida á provincia de los romanos.

Los ricos despojos conducidos á Roma de las provincias conquistadas, señaladamente las obras maestras del arte trasportadas de la Grecia, no solo sirvieron para hermosearla, sino que dispertaron, ó mas bien engendraron el gusto por el lujo y la magnificencia, en pos del cual vino la corrupcion de las costumbres su inseparable com-

pañera. Todos los historiadores refieren el siguiente rasgo de ignorancia de MUMIO en punto á bellas artes. Habiendo encargado á los conductores de las pinturas y preciosas estátuas de Corinto, que las llevasen con el mayor cuidado á Roma, les añadió, que si se mutilaba alguna en el camino, tendrian que reponer á su costa el miembro ó la parte que hubiesen destruido. MUMIO, tan desinteresado como valiente, no se reservó para sí nada de las riquezas y preciosidades de Corinto; pero si la aficion á las artes hubiese amoldado la rusticidad de sus costumbres y las del pueblo romano, Corinto no se hubiera visto entregada al pillage y á las llamas. Fatalidad es, y no pequeña, que el lujo corrompa las naciones; pero lo es aun mayor que la barbarie las destruya y aniquile.

Antes de concluirse la última guerra púnica, *Viriato*, general de los lusitanos, hoy portugueses, en España, y gran capitan, habia sublevado diferentes pueblos contra Roma. Trataba de fundar un reino con sus victorias, y lo consiguió, pues pudiendo haber derrotado el ejército de Roma, se contentó con un tratado de paz que le aseguraba la posesion del pais que ocupaba, dejando el resto de la España á estos opresores. Una perfidia execrable los vengó de los descalabros que Viriato les habia causado. El cónsu

Servilio Cepion, obtenida la autorizacion de quebrantar el tratado, atacó al capitan Lusitano, le persiguió, y pudo inducir á unos traidores á que le asesinasen mientras estaba durmiendo.

A un crímen se sigue otro casi siempre. Numancia, ciudad considerable de la España, situada sobre el Duero, no fue tratada con menos perfidia por los romanos. Habiendo infringido estos dos solemnes tratados hechos con ella, no pudo menos de detestarlos como enemigos, sin palabra ni fé. Los numantinos se resolvieron á defender su libertad ó perecer en la demanda: y como su esfuerzo y denodado espíritu no eran fáciles de domar, nombraron los romanos á Escipion Emiliano por cónsul, á pesar de que una ley reciente prohibia elevar dos veces consecutivas al consulado á un mismo sugeto. El destructor de Cartago, despues de haber reducido á Numancia á la última estremidad, declaró que no admitiria proposicion alguna en tanto que los habitantes no entregasen la ciudad con sus armas y personas. Los numantinos habiendo pasado por todos los horrores del hambre, alimentándose de los cadáveres, viendo su ruina inevitable, prefiriendo la muerte á la esclavitud de tan pérfido enemigo, pusieron fuego á la ciudad y se sepultaron en las llamas. Numancia quedó destruida para siempre.

CAPÍTULO XVI.

OBSERVACIONES GENERALES.

Milicia. Los romanos acostumbraban á sus soldados á una fatiga continua, y á ejercicios no interrumpidos, como que este es el único medio de prevenir la alteracion que produce en la salud el violento tránsito del escesivo trabajo á la ociosidad absoluta. Hacian marchar á las tropas al paso militar, es decir, á andar cuatro millas de 20 al grado por hora, y algunas veces cerca de cinco, llevando el soldado sobre sí durante estas marchas el peso de 60 libras. Se le hacia correr y saltar armado, y usar en los ejercicios de espadas, dardos y flechas de doble peso que el que tenian las armas ordinarias. No es pues de admirar que semejantes soldados, bajo una severa disciplina, hubiesen ganado tantas y tan repetidas victorias como ganaron.

Recompensas y castigos militares. Desde los primeros años de Roma sirvieron las recompensas y castigos militares para mantener la disciplina é inflamar el ánimo, por cuanto se distribuían con prudencia y discernimiento. A pesar de que habia penas corporales aflictivas, ni los palos, ni aun la muerte, no eran tan eficaces

como la vergüenza y la infamia. Todo el valor de las recompensas estaba cifrado en el honor que grangeaban á los que las obtenian. Cuando se empezó á preferir el dinero al honor, empezó tambien la decadencia y ruina de todas las virtudes militares.

Prohibióse por la ley *Porcia*, durante la segunda guerra púnica, azotar con varas á los ciudadanos; y esta modificacion del rigor de las antiguas leyes, contribuyó á elevar mas y mas las ideas y los sentimientos del pueblo. No se estendia esta ley á los ejércitos, pues los generales conservaron el derecho de vida y muerte en ellos. Así, manteniéndose en todo su vigor la disciplina militar, una legislacion mas suave y templada no hacia mas que aumentar en los ciudadanos el amor á la patria.

Poblacion y costumbres. Una de las causas que mas contribuian á la prosperidad de Roma era la poblacion, que fomentaba en gran manera la pureza de las costumbres, y la santidad del matrimonio. Viendo los censores poco tiempo despues de la primera púnica que se habia disminuido considerablemente el número de los ciudadanos, les exigieron á todos el juramento de que se casarian con el fin de dar súbditos al estado. Entonces se vió por primera vez el divorcio, á pesar de estar permitido por las antiguas leyes.

Carvilio repudió por estéril una muger que amaba. A medida que las costumbres se fueron corrompiendo, se hicieron los divorcios mas frecuentes. Entonces se establecieron los contratos matrimoniales, para asegurar á las mugeres la posesion de sus bienes en caso de separacion de sus maridos.

RENTAS. Hasta la época en que Paulo Emilio sujetó á la Macedonia con la derrota de Perseo, y llevó al tesoro público riquezas inmensas*, habian pagado siempre los ciudadanos el tributo, que se arreglaba al censo en proporcion de los bienes, añadiendo algunas veces, cuando la necesidad lo exigia, otras contribuciones estraordinarias. Desde la referida época hasta la muerte de César, quedaron exentos de todo tributo. Los derechos sobre las mercancías, lo que se sacaba de las tierras de la república, los impuestos sobre los pueblos de la Italia, y sobre las provincias, constituian las rentas del estado. El censor *Livio* puso al fin de la primera guerra púnica el primer impuesto sobre la sal, y por esta razon le llamaron *Salinator*.

Las minas de España proporcionaron sumas inmensas á Roma. Dícese que empleaba 40[illegible] hombres en las que estaban á las inmediaciones de Cartagena, y que sacaba diariamente de ellas mas de cuatro talentos. El botin de los pueblos sub-

yugados que llevaban los generales á Roma, aumentaba el tesoro incesantemente. En una palabra, las naciones mas ricas del mundo eran sus tributarias. Entonces fue cuando dieron principio el fraude, las vejaciones de los publicanos, las prevaricaciones de los magistrados; y entonces igualmente las riquezas de los particulares introdugeron en las casas el lujo y la ostentacion, dos nuevas y facticias necesidades, que minaron los cimientos del bien público.

Artes. Empedróse Roma por primera vez despues de la espedicion de Ásia contra Antioco. Cerca de 500 años habian transcurrido sin que hubiesen conocido los romanos modo alguno de medir el tiempo. El cónsul *Valerio* llevó de Sicilia un cuadrante solar; y Escipion Nasica mas de 100 años despues, les dió á conocer los *Clepsidros*, que servian para contar las horas de dia y de noche. Todo estaba en cierto modo en la infancia, á escepcion del arte militar. La medicina consistía en ciertas recetas caseras, cuando un griego, llamado *Arcagates*, vino á ejercerla juntamente con la cirugía en el tiempo en que Annibal sitiaba á Sagunto.

Letras. *Ennio*, el primero de los poetas, amigo de Escipion el Africano, compuso la historia romana en verso, ó mas bien en prosa rimada. Su cotemporáneo *Nevio* hizo lo mismo con la

primera guerra púnica. Estos no eran aun mas que los primeros destellos de luz del genio que habia de llegar á producir tantas obras maestras. Aquí se advierte, como en todas partes, que la poesía se cultivó antes que la prosa, consagrándola á la memoria de los hechos. La antigua sátira era rústica é informe. *Fábio Pictor*, cónsul de Roma en 485, habia escrito sobre la historia romana; pero su obra nos es desconocida.

El comercio con los griegos ilustró á los romanos, y afinó su gusto y sus costumbres. *Plauto* y *Terencio* sacaron el teatro de la barbarie en que yacía. Dícese que Escipion Emiliano y Lelio tuvieron parte en la composicion de las piezas de Terencio. El historiador *Polibio*, y el filósofo *Panecio* acompañaban á estos grandes hombres en sus espediciones. El amor á las bellas letras, á la filosofía y á las ciencias, iba ya desbastando en los romanos aquella ferocidad que habian recibido de sus antepasados.

Quejóse de esto Caton el censor amargamente, desencadenándose, á pesar de ser él tambien historiador y orador, contra los griegos que daban lecciones. Echaron fuera por un decreto á estos retóricos y filósofos, que él representaba como peligrosos, y que realmente lo eran cuando no enseñaban mas que á ofuscar la razon con sofismas, ó á dar á lo falso el colorido

de la verdad; mas la buena literatura no podia producir sino biénes.

Una de las cosas mas admirables, y sin embargo muy comun entre los romanos, es que un mismo sugeto fuese á un tiempo magistrado, guerrero, juez y general, tan hábil en el foro, como en el gabinete, hombre de estado y literato, y que pudiese distinguirse y ser útil en todos los ramos. ¡Qué hombres! ¡Cuán distinta no debió de ser su educacion de la nuestra!

CAPÍTULO XVII.

LOS GRACOS.

620. Aunque las guerras habian suspendido las cuestiones y competencias entre el pueblo y el senado, no estaba aun enteramente apagado el fomes que las habia producido. Por mas que los plebeyos hubiesen obtenido grandes ventajas, sacando de su seno algunas veces los dos cónsules, el pueblo bajo no era menos digno de compasion. Dos hombres de un mérito sobresaliente, *Tiberio* y *Cayo Graco*, intentaron una reforma que las circunstancias hacian imposible, y su temeraria empresa fue como la señal de las guerras civiles que anegaron la libertad en la sangre de los ciudadanos.

Estos dos hermanos nacidos de la ilustre *Cornelia*, hija de Escipion el Africano, habian recibido de ella la educacion mas esmerada: sobre todo poseían en alto grado el talento de la elocuencia, tan á propósito para dirigir y manejar la multitud. Tiberio habia adquirido una gran reputacion, así en el ejército, como en los negocios interiores del estado, cuando el cargo de tribuno abrió á su celo, ó á su ambicion, el paso al precipicio en que habia de despeñarse.

La ley *Licinia*, promulgada dos siglos y medio antes, habia perdido toda su fuerza y vigor. Los patricios, lejos de contentarse con las cuatrocientas fanegas de tierra que dicha ley prescribia, habian usurpado una gran parte de las tierras de la república. Los ricos estendian sus posesiones sin coto ni medida; y los campos habitados en otro tiempo por los romanos mas ilustres, estaban inundados de esclavos que los cultivaban para sus señores, y no solo se les dispensaba, sino que se les escluía del servicio de las armas, mientras que el pueblo destinado á la defensa de la patria no poseía nada.

Tiberio Graco propuso el restablecimiento de la ley Licinia en toda su estension, indemnizando el tesoro público á los ricos del escedente de las tierras que poseian ademas de las cuatrocientas fanegas. Clamaron altamente los patricios,

alegando el derecho de posesion inmemorial, y los trastornos que causaria semejante innovacion; pero el tribuno, redoblando sus esfuerzos á medida de los obstáculos que se le oponian, exaltaba los ánimos, diciendo: *¡hasta las fieras tienen sus guaridas para albergarse; y los ciudadanos romanos, á quienes llamare señores del mundo, no tienen un techado que los cubra, ni un palmo de terreno en que enterrarse!* Por último, el restablecimiento de la ley Licinia quedó aprobado.

Si Tiberio no hubiese pasado mas adelante, tal vez hubiera conseguido su intento; pero acosando á los patricios, se fraguó su propia ruina. No contento con haber puesto á esta ley la adicion de que «las tierras usurpadas á la re»pública serían arrebatadas de las manos de los »que las poseían," como esto no era aun suficiente para contentar á los pobres, hizo que se distribuyesen entre ellos los tesoros de *Eumeno*, rey de Pergamo, que habia legado al pueblo romano el reino con todas sus riquezas. En fin, para ponerse á cubierto del furor de sus enemigos, pidió contra las reglas establecidas, que se le prolongase el tribunado, alegando que se atentaba contra su vida, é interesando al pueblo en su conservacion. Apelando entonces los senadores á la violencia, subieron al capitolio,

en donde se celebraba la asamblea: y Tiberio, viendo el peligro que le cercaba, se llevó las manos á la cabeza para pedir sooorro á sus amigos, que era la señal en que habian convenido, y que sus adversarios interpretaron diciendo, que pedia la diadema, y que el pueblo le iba á coronar.

624. Cundieron estas voces hasta el senado, y el cónsul Quinto Mucio Scevola, se esforzó en vano á templar los ánimos. Escipion Nasica, primo hermano del tribuno, esclamó: *pues que el cónsul nos vende, que me sigan los buenos.* Corre seguido de una multitud de senadores, acompañados de sus clientes armados de palos, á cuyos golpes Tiberio, y mas de trescientos de sus amigos, exhalaron el último suspiro: ejemplo tanto mas temible, cuanto que hasta entonces ninguna sedicion habia hecho derramar la sangre romana. El senado para substraer á Nasica de la venganza del pueblo, le envió de embajador al Ásia, donde falleció. Cayo Graco, no menos celoso y mas elocuente que Tiberio, despues de haber vivido retirado por algunos años, entró en la carrera de los honores. A pesar de los consejos de Cornelia, alarmada con el trágico fin de su hermano, aspiró al tribunado y le obtuvo. Jamás tribuno alguno desplegó mas celo y actividad

en favor del pueblo. A la particion de las tierras añadió otros varios establecimientos, especialmente el de los pósitos ó almacenes de trigo, para proveer mensualmente á la subsistencia de los pobres á un precio muy moderado. Para cercenar mas y mas la autoridad del senado, hizo presente, que habiéndose desterrado la justicia de los tribunales, era necesario cometer á los caballeros que pertenecian al órden plebeyo, el juicio de las causas entre particulares. Pasó esta ley, y se renovó igualmente la prohibicion de ejecutar las sentencias capitales contra los ciudadanos romanos sin el conocimiento del senado y del pueblo. En fin, Graco trató tambien de establecer el derecho de ciudadania y voto en favor de todos los aliados de Roma en Italia.

632. Nombrado cónsul Opimio, su enemigo mortal, y reunido el pueblo para pronunciar sobre la ejecucion de las nuevas leyes que atacaban los intereses de la nobleza y la exasperaban, uno de los lictores de Opimio, al pasar por junto á unos amigos de Graco, esclamó con mucha insolencia: *abrid paso, malos ciudadanos*, y le mataron en el acto. Quejóse el cónsul al senado, y éste le autorizó para *hacer todo cuanto creyese útil y conveniente á la república*: cuya fórmula le investia del poder su-

premo. En uso de él mandó á los caballeros que tomasen las armas. Graco, por mas que el peligro fuese casi evidente, salió de su casa sin defensa, y á despecho de los ruegos y lágrimas de una tierna esposa, que le conjuraba diciendo: *despues del asesinato de Tiberio ¿qué confianza puedes tener ni en las leyes ni en los dioses?* Opimio al frente de las tropas atacó el monte Aventino, adonde se habia retirado el pueblo capitaneado por *Fulvio*, y publicó un bando ofreciendo amnistía á los que depusiesen las armas, y pagar á peso de oro la cabeza de Fulvio y la de Graco. Abandonados estos del pueblo, perecieron entrambos: mas de tres mil partidarios suyos perdieron la vida en esta conmocion; y el bárbaro cónsul hizo arrojar todos los cadáveres al Tiber; y levantó un templo á la concordia, despues de haber inundado la ciudad de sangre.

Los dos Gracos eran á la verdad grandes hombres. Con mas miramientos, y menos impetuosidad, hubieran podido sacar al pueblo de la opresion, ó á lo menos dulcificar su suerte; y si se hicieron sediciosos, la dureza é inhumanidad de los ricos tuvo en parte la culpa. Pero no merecian que se les sindicase de haber aspirado á la tiranía; y el senado imputándoles un crímen manifiestamente contrario á sus principios,

y que desmentia su conducta, solo buscaba un medio de perderlos, y en ninguna manera la salud del estado.

Cornelia, á pesar de haber mirado siempre á sus hijos como su único tesoro, soportó su pérdida con una conformidad ejemplar. Creyeron algunos que la edad y los infortunios la habian embotado la sensibilidad; pero Plutarco dice: «los que piensan de este modo no saben seguramente, cuán poderoso recurso es en la desgracia una buena educacion unida á cualidades sobresalientes; y que si la fortuna oprime algunas veces á la virtud, no la despoja de la fuerza para soportar con valor y resignacion la adversidad." Cornelia vivió tranquila y honrada de los sábios y de todas las personas mas respetables de Roma.

CAPÍTULO XVIII.

GUERRA DE YUGURTA. MARIO.

Los tesoros de las naciones y pueblos conquistados por los romanos escitaron entre ellos la sed de las riquezas, apagando los sentimientos del honor y de la virtud. Todo se hizo venal, pues una corrupcion abominable habia contaminado las costumbres de los ciudadanos

mas principales, de lo cual será una prueba nada equívoca la guerra de *Yugurta.*

Habia dejado Masinisa á su muerte tres hijos, que gobernaron en union el reino de Numidia, hasta que *Micipsa*, por fallecimiento de los otros dos, quedó dueño absoluto de la corona. Éste, á pesar de que tenia dos hijos, *Adherbal* y *Hiempsal*, adoptó á Yugurta, hijo natural de uno de sus hermanos, célebre ya por su valor. Esperaba reprimir su ambicion con el vínculo de la gratitud y el reconocimiento: pero Yugurta, al punto que espiró Micipsa, hizo asesinar á Hiempsal. Receloso Adherbal, y con harto fundamento, de la próxima ruina que le amenazaba, levantó algunas tropas, y despues de haber perdido una gran parte de sus estados, fue á implorar el auxilio de los romanos.

Hacia largo tiempo que el asesino estaba seguro de que el oro colorearia sus crímenes, por atroces que fuesen, y así hizo que hablase su liberalidad por él en el senado. Declaróse en su favor la mayoría, y volvió á tomar las armas, persiguiendo á Adherbal, y sitiándole dentro de Cirtha. Mostróse Roma indignada; llegaron nuevos emisarios, y *Escauro* príncipe del senado, amenaza al usurpador mandándole que levante el sitio; pero el fraude y el oro triunfan segunda vez de la justicia. Adherbal, desampara-

do, capitúla, y Yugurta le asesina haciendo ostentacion de su triunfo.

No era ya posible tolerar semejantes atentados, y así el cónsul CALPURNIO PISON partió en compañía de su teniente Escauro contra Yugurta; pero éste les hizo proposiciones, obtuvo una conferencia, y concluyó una paz ventajosa, que se creyó generalmente que habia pagado bien cara. Mientras que el senado guardaba silencio, *Memmio*, tribuno del pueblo, levantó el grito contra los prevaricadores, y concluyó emplazando á Yugurta á que compareciese. El Numida sin embargo, contando con sus tesoros, pasó á Roma, ganó un tribuno, hizo asesinar impunemente á uno de sus deudos que pedia su corona, y se volvió esclamando: *¡ó ciudad venal! ¡bien pronto perecerias, si encontrases quien te quisiese comprar!*

Habiéndose renovado la guerra, Yugurta hizo pasar por debajo del yugo el ejército romano que mandaba entonces *Aulo Postumio*, tan cobarde como imprudente. Pero el cónsul METELO lavó la mancha de la patria, pues despues de haber empleado inútilmente la seduccion, para coger vivo ó muerto á Yugurta, le atacó con tanta dicha, que dejándose persuadir por último, prestó sumision. Pero habiendo recibido despues la órden de presentarse á METE-

lo, entró en sospecha y cobró nuevo aliento.

Habia nombrado Metelo por su lugar-teniente al célebre *Mario*, plebeyo de un nacimiento muy oscuro, pero lleno de ambicion, endurecido en el trabajo desde su juventud, sobrio é infatigable á par que osado. Este guerrero habia llamado la atencion de Escipion el Africano en el sitio de Numancia, grangeándose su benevolencia: de simple soldado habia ascendido sucesivamente á Tribuno de los soldados, luego del pueblo, y por último á Pretor. Era uno de aquellos hombres decididos, que jamás dán un paso atrás en sus propósitos, y son tan capaces del mal como del bien, segun las coyunturas. Mario, para darse mayor realce, no se avergonzó de desacreditar á METELO, su general y bienhechor. Obtuvo licencia para pasar á Roma á solicitar el Consulado á que aspiraba, y allí redobló sus invectivas y ganó el pueblo en términos, que fue nombrado cónsul, y se le encargó la guerra de Numidia, á pesar de que el senado habia consignado por tercera vez esta provincia á Metelo en calidad de procónsul.

Cuando esperaba Metelo concluir prontamente la guerra, hubo de pasar por la humillacion de verse arrebatar el mando por un ingrato; pero de vuelta á Roma desvaneció las injuriosas sospechas con que se habia intentado manchar

su reputacion, y el pueblo le decretó el triunfo con el renombre de Numidico. Acusado por un tribuno de haber saqueado la provincia de su cargo, los caballeros romanos no quisieron examinar las cuentas que presentaba para justificarse: *la mayor prueba de su inocencia*, decian, *es el testimonio de toda su vida*. Una acusacion terminada de esta manera, equivalia á un triunfo.

647. Por mas hábil y esforzado que fuese Mario, la guerra de Numidia no se acabó sino por una traicion. Su qüestor *Sila*, que no tardará mucho tiempo en ser su rival, habiendo conseguido separar á *Boco*, rey de Mauritania, de la alianza de Yugurta su suegro, le indujo despues á que entregase á este príncipe á los romanos del modo mas infame. A tiempo que Yugurta concurria, bajo la fé de la palabra, al parage señalado para una conferencia, Boco, en lugar de poner en sus manos á Sila, como se lo habia prometido, se apoderó de Yugurta, y le entregó á su enemigo. El rey de Numidia, cargado de prisiones, fue conducido á Roma, y despues de servir de trofeo al triunfo de Mario, y sufrir los insultos y sarcasmos del populacho, murió en un calabozo. Tres mil y setecientas libras de peso de oro, y cerca de seis mil de plata, sin contar la acuñada, fueron los despojos

de su reino. Como la guerra, tan ruinosa para las naciones modernas, enriquecía siempre á los romanos, no se debe estrañar que su ambicion no concluyese ordinariamente una, sino para dar principio á otra.

CAPÍTULO XIX.

INVASION DE LOS CIMBRIOS Y TEUTONES. — GUERRA SOCIAL.

Todo el fruto de las victorias de Roma estuvo á pique de ser presa de los cimbrios y teutones, que saliendo del Norte de la Europa, en las inmediaciones del mar Báltico, se habian lanzado en la Galia, y conseguido la estrecha union y alianza de algunos de sus pueblos. Habian derrotado ya cinco cónsules, haciendo una horrorosa carnicería en sus tropas, y perdiera Roma en una sola jornada en 648 mas de 80ↄ hombres.
651. Solo MARIO pudiera reparar tan terrible desastre, y así todos los ojos se fijaron en él. Los teutones, aunque separados de los cimbrios, eran temibles por su número y valentía. MARIO, antes de aventurar una batalla, esperó á tener alguna probabilidad de la victoria, despreciando mientras tanto los insultos, y acostumbrando á sus soldados á los gritos y alaridos de los bárbaros, como á familiarizarse con su feroz aspec-

to. Llegada la sazon los atacó con tanto denuedo cerca de Aix en Provenza, que los derrotó completamente, causándoles, segun dicen, la pérdida de mas de 100∂ hombres. Al año siguiente, en su quinto Consulado, deshizo del mismo modo á los cimbrios que devastaban la Italia. Fue tal la desesperacion de estos bárbaros, que la mayor parte de ellos, tanto hombres como mugeres, se colgaban por no sobrevivir á su derrota; y faltándoles árboles, se ataban por el cuello á la cola de sus caballos ó á las astas de los bueyes. Si hubiesen tenido la disciplina de los romanos, acaso los hubieran subyugado; pero no sabian mas que pelear con furor, y morir con espíritu. El procónsul *Catulo*, que mandaba con Sila una division del ejército, tuvo mas parte que Mario en la victoria, y así participó de los honores del triunfo. Catulo sin embargo está ya casi olvidado: tan cierto es, que hasta la reputacion depende muchas veces de los caprichos de la fortuna.

Mario, salvando la república, halagaba su desmedida ambicion. Obtuvo por la sexta vez el Consulado á fuerza de dinero y de bajezas, y se unió estrechamente con *Saturnino*, tribuno del pueblo, y con el pretor *Glaucia*, enemigos mortales del bien público y de todas las virtudes. Propuso Saturnino una ley que contenia

esta cláusula: «Que el senado se obligase con »juramento á confirmar todos los estatutos del »pueblo, bajo la pena de ser degradados y con»denados á la multa de veinte talentos todos los »senadores que se negasen á prestar dicho jura»mento.» *Metelo* fue el único que se mantuvo firme en no jurar, y el pueblo le desterró: *O las cosas mudarán de aspecto*, dijo al salir de Roma, *y el pueblo volverá en sí y me llamará; ó no cambiarán, y entonces me tendré por muy feliz en estar lejos de mi patria.* Cambiaron las cosas en efecto por el furor mismo de Saturnino, que las quiso llevar á tal estremo, que tuvo Mario que abandonarle.

Queriendo dicho tribuno elevar á Glaucia al Consulado, hizo asesinar públicamente á *Memmio* su competidor. El senado mandó entónces, como lo hacía en los casos apurados, que el cónsul *proveyese á la seguridad de la república.* Tomaron las armas contra los sediciosos, persiguieron á Saturnino en el capitolio y le dieron muerte, como tambien á Glucia, á pesar del deseo que tenia Mario de salvarlos á entrambos. Este último hubo de pasar luego por el disgusto de ver llamado á Metelo, que se consolaba de la opresion en el seno de la virtud y la filosofía.

Habia largo tiempo que los aliados de Roma

en Italia aspiraban á los derechos de ciudadanos romanos. Cayo Graco, para fortificar su partido, se habia esforzado á proporcionar esta apreciable ventaja á los latinos, y habia perecido en la empresa. El tribuno *Druso*, distinguido por su orígen y por sus talentos, formó el quimérico designio de contentar á un tiempo á los aliados y á todos los órdenes del estado; y se manejó con tal tino, que sus leyes pasaron á pesar de la fuerte oposicion que sufrieron.

Acostumbrados los romanos á mirar á sus aliados como súbditos, no se podian resolver á colocarlos en la clase de iguales suyos; y bien conoció Druso lo poco que valia su crédito en tratándose de este punto. Desesperanzados los aliados del cumplimiento de su promesa, resolvieron algunos de ellos asesinar á los cónsules; y Druso, noticioso de la conspiracion, tuvo la generosidad de comunicárselo al cónsul FILIPO, su mayor adversario, y en recompensa de este servicio fue él mismo poco tiempo despues asesinado. Un rasgo que cuentan de Druso dará una idea de su virtud. Estaba haciendo una casa; y ofreciéndole el arquitecto que la dispondria de modo que nadie tuviese vistas sobre ella: *Emplead mas bien vuestra ciencia*, le respondió, *en hacer de modo que mis acciones queden á la vista de todo el mundo.*

La muerte de Druso fue como la señal de guerra para los aliados. Todos de comun acuerdo se rebelaron y tomaron las armas, tanto mas temibles para los romanos, cuanto que las manejaban por los principios de su misma táctica y disciplina, y que Roma no habia vencido sino con su auxilio. Ocupaban entre ellos el primer rango los Marsos y los Samnitas: formaron el proyecto de una nueva república, y pelearon contra los mejores generales, como Mario, Sila, y Pompeyo. La política romana supo combinar la maña con la fuerza: despues de haber alistado para tomar las armas á los libertos, contra la costumbre, y haber concedido políticamente el derecho de ciudadanos á aquellos aliados que habian permanecido siempre fieles, otorgaron él mismo derecho á los otros, á medida que se iban sometiendo, y de esta manera se terminó la guerra llamada *social*. Los romanos encontraron el secreto de hacer casi ilusoria á los aliados la prerogativa que con tanto trabajo habian obtenido, pues en lugar de distribuirlos en las 35 tribus, en las cuales hubieran tenido por su número la mayoría en los votos, compusieron con ellos ocho tribus nuevas que no tenian ninguna influencia, porque eran las últimas que votaban.

CAPÍTULO XX.

GUERRAS CIVILES. MARIO Y SILA.

La ambicion de *Mario*, á quien conocemos ya, y la de *Sila*, cuyo bosquejo haremos en pocos rasgos, atrajo sobre Roma la guerra civil, que ės la mayor calamidad que puede afligir al género humano. Descendia Sila de *Cornelio Rufino*, echado del senado por los censores en el año de 477 de Roma, porque poseía mas de quince marcos de vagilla de plata, no habiendo obtenido desde entonces ninguno de sus descendientes el consulado. Los talentos cultivados por el estudio de la literatura, y estimulados por la ambicion y el amor de la gloria, juntos con el valor y la energía, y una gran flexibilidad de carácter acompañada de la atencion y la urbanidad, ponian á Sila en estado de restablecer el honor de su familia. Siendo muy inclinado al vicio, sabia renunciar á él cuando su reputacion y su interés lo exigian. Sin embargo de haber venido al mundo con pocos bienes de fortuna, habia adquirido tantas riquezas, que un dia le dijeron: *¿cómo puede ser hombre de bien el que no habiendo heredado nada de su padre, como tú, se ha podido hacer tan rico?*

El dinero y la intriga le proporcionaron la pretura despues de la guerra de Numidia; y sus espediciones en la Social, en la que eclipsó á Mario, aumentaron la estimacion hácia su persona, y le grangearon el consulado con el cargo de dirigir la guerra contra *Mitridates*, rey del Ponto, y uno de los enemigos mas temibles de Roma.

No podia Mario perdonar nunca á SILA el haberse apropiado el buen éxito de la espedicion de Numidia, y aunque viejo y achacoso, anhelaba por el mando en esta nueva guerra. Para despojar de él á su rival, se unió con *Sulpicio*, tribuno del pueblo, hombre audaz y descarado, escoltado siempre de satélites, á quienes llamaba con la mayor impudencia su *anti-senado*. Propuso este tribuno que se nombrase á Mario, simple particular entonces, por general del ejército contra Mitridates, y no tuvo mucha dificultad en conseguirlo.

665. Habia marchado SILA á su campo, y resuelto á vengar esta afrenta, se dirige hácia Roma, en donde habian sido asesinados muchos de sus partidarios, y entra en la ciudad con espada en mano, y amenazando que pondrá fuego á las casas si se hace la menor resistencia. Habiendo huido Mario y Sulpicio, contiene á las tropas en su deber y reprime el desórden. Ha-

ce luego anular las leyes del tribuno, restablece la antigua costumbre de no proponer ley ninguna sin la aprobacion del senado, y el pueblo intimidado confirma todas estas innovaciones.

No satisfecha aun su venganza, propone Sila al senado que se declaren por enemigos de la patria á Mario y su hijo, y á Sulpicio, con nueve de sus mas acérrimos partidarios. *Quinto Scevola*, sábio y virtuoso ciudadano, se opone con la mayor entereza diciendo: «Ni tus soldados, ni tus amenazas, no podrán nunca obligarme á que deshonre mis canas, declarando enemigo de Roma al que la salvó juntamente con la Italia." Los otros senadores se mostraron mas débiles, y se espidió el decreto de proscripcion. La cabeza de Sulpicio llevada á Roma fue uno de sus inmediatos efectos. Mario fue cogido en las lagunas de Minturna, en donde se habia ocultado; pero el soldado que habia de ser su verdugo, no se atrevió á descargar el golpe sobre un general tan afamado, y los minturneses favorecieron su evasion al África. Habiéndole enviado el comandante de esta provincia la órden para que se saliese de ella, respondió con arrogancia al oficial que se la habia comunicado: *ves á decir á tu gefe, que has visto á Mario fugitivo en medio de las ruinas de Cartago.* ¡Patético cuadro de las vici-

situdes de la fortuna! Retiróse despues á una isla con su hijo, esperando á que alguna nueva revolucion mejorase su suerte.

En efecto las cosas de Roma cambiaron de semblante de allí á poco tiempo. CINNA, furibundo partidario de Mario, fue electo cónsul; y SILA, despues de haberle hecho jurar que no obraria contra sus intereses, vino en ello. Esta moderacion, sin embargo, no bastó á desarmar su cólera. CINNA renovó la ley *Sulpicia* relativa á los aliados, á la cual se opuso su colega OCTAVIO, viniendo entrambos á las manos, y anegando la plaza pública en sangre. Privado CINNA del consulado, y espelido de Roma, se refugió á los aliados que tomaron las armas en su favor, uniéndoseles los romanos descontentos. Las circunstancias no podian ser mas favorables para la vuelta de Mario, y así fue recibido por CINNA con los brazos abiertos, declarándole procónsul en el acto. Sitiaron luego la ciudad con un ejército considerable, y el senado enviándoles una diputacion aumentó su audacia. CINNA se obstinó en no dar oidos á nada, mientras que no se le reconociese por cónsul; y aunque prometió que no derramaria la sangre de los ciudadanos, formó al mismo tiempo con Mario y los otros gefes la firme resolucion de sacrificar á todos los que miraban como enemi-

gos, y desgraciadamente la llevó á cabo. Imagínese una plaza tomada de asalto por unos bárbaros: las cabezas de los ciudadanos mas ilustres espuestas al público sobre la tribuna de las arengas; el poder y las riquezas transformados en títulos de proscripcion; la sed de sangre estimulada por la misma que despiadadamente se derramaba en abundancia; el feroz Mario, que habia afectado el abatimiento de un desgraciado, dejando atrás á la edad de mas de setenta años las crueldades de Cinna: ¡tal es el espectáculo de horror que Roma presentaba!

Un solo hecho bastará para caracterizar la guerra civil. Habiéndose acometido dos hermanos, sin conocerse, mató el uno al otro, y reconociéndole al tiempo de despojarle, por un acto de desesperacion se dió la muerte á sí mismo sobre la hoguera de su hermano, para mezclar sus cenizas con las suyas.

Al fin de este año de horrores y asesinatos, Cinna y Mario se apoderaron del consulado, atropellando hasta las fórmulas de la eleccion. No vivió mucho tiempo el último: agitado de los remordimientos que cercan siempre á la tiranía, temiendo la vuelta de Sila victorioso, cuya venganza no podia menos de ser terrible, y destituido del auxilio de la razon, pretendia anegar todos sus cuidados en la embriaguez de

los sentidos, y halló por fin en los escesos del vino una muerte digna de sus hechos.

CAPÍTULO XXI.

Sila en la Grecia y en el Ásia. Mitridates.

Hemos visto á la república romana establecer su despotismo en el Ásia. Ella mandaba reyes, protegiendo á los unos para subyugar á los otros, y haciéndose árbitra de todos para juzgar y sentenciar con arreglo á sus propios intereses.

Luego que el rey del Ponto *Mitridates* se halló en edad de acometer alguna empresa, formó el proyecto de contrarestar la ambicion de Roma. Su distinguido orígen, sus altos pensamientos, la energía de su carácter, los talentos, el valor, su posicion ventajosa, sus puertos en el Ponto Euximo, y por último una ambicion desmedida, todo parece que convidaba al jóven monarca á lanzarse en la carrera de la gloria.

Habia ya arrebatado á *Ariobarzano* la Capadocia, y la Bitinia á *Nicomedes*, dos reyes aliados de los romanos, y habia conquistado igualmente toda el Ásia menor. Declaróle Roma la guerra, y en un solo dia pasó á degüello 800 romanos ó italianos. En fin invadió la Grecia por medio de sus generales, y la imprudente

Atenas se entregó loca y ciegamente á la triste satisfaccion de cambiar de dueño.

Las turbulencias de la república de Roma favorecieron en gran manera las empresas de Mitridates. Sila, como se ha visto, partió al cabo para detener los progresos de este príncipe, y pasando á Grecia se propuso tomar á Atenas y el Pireo todo aun tiempo. No bastando las sumas que se le habian dado para hacer frente á las necesidades del ejército, hizo que le tragesen los tesoros de los templos, incluso el de Delfos. Al recibirlos dijo chanceándose: *no se puede dudar de la victoria, puesto que los dioses pagan las tropas.* Mofábanse tambien de él los atenienses por su parte, aunque cercados de peligros; pero habiendo sobrevenido una hambre espantosa, se vieron reducidos á implorar la gracia de Sila. Arengáronle los diputados, hablando con énfasis de *Teseo*, *Codro*, y de las victorias de Marathon y de Salamina, y contestóles: *gloriosos y bien aventurados mortales, id, y llevad esos preciosos discursos á vuestras escuelas, que yo no he venido aquí á aprender vuestra historia, sino á castigar la rebelion.* La ciudad fue tomada de asalto y saqueada, y el vencedor, que pensaba en arrasarla, se dejó ablandar al fin, perdonando á los vivos por consideracion á los muertos; tal era

el respeto que aun en medio de la degradacion de Atenas infundia la gloria de los antiguos héroes y sobresalientes ingenios que habia producido. *Arquelao*, uno de los mejores generales de Mitridates, se vió forzado á abandonar el Pireo, y el enemigo le puso fuego.

667. Dos victorias completas ganadas consecutivamente por SILA, desvanecieron todas las esperanzas de su contrario. La segunda dada en Orcomene le hace tanto mas honor, cuanto estuvo á pique de perderla. Huyendo sus tropas, corrió hácia ellas, apeóse del caballo, empuñó una bandera, y arrostrando el peligro, esclamó: *yo voy á morir aquí cubierto de gloria; y vosotros, si os preguntasen, ¿en dónde habeis abandonado á vuestro general? respondereis que en Orcomene.* No se necesitaba mas para hacer á los romanos invencibles.

Mientras que el general sostenia la causa de la república, se le proscribia en Roma por enemigo de ella. CINNA, en su tercer consulado, desplegaba una tiranía insoportable. Contemplando Arquelao que SILA en estas circunstancias no podria menos de apresurar el fin de la guerra por cuantos medios se le presentasen, le ofreció todo género de auxilios si queria dar la vuelta á Italia. Altamente ofendido SILA de semejante proposicion, le ofreció á su vez colo-

carle en el trono de Mitridates, si queria entregar la flota que mandaba. Arquelao respondió que detestaba la traicion: *¿cómo pues*, replicó SILA, *avergonzándote tú, siendo un capadocio, y el esclavo ó el amigo de un rey bárbaro, de adquirir á este precio una corona, tienes la avilantez de hablar de traicion á un general romano? ¿á* SILA? Venia entre tanto *Valerio Flaco*, nombrado general por CINNA, á despojar á SILA del mando, por órden misma del senado; mas sus tropas, á escepcion de dos legiones, se pasaron á las banderas de SILA, y Flaco fue asesinado por su propio teniente *Fimbria*, á quien habia depuesto, y que ningun deber respetaba.

SILA victorioso y triunfante de todos los obstáculos, no quiso dejar el Ásia sin vengar antes á los romanos sacrificados en ella. Las contribuciones que impuso á las ciudades rebeldes ascendieron á sumas inmensas. Distribuyó sus legiones en el pais, haciendo dar á cada soldado, ademas del alojamiento y manutencion, diez y seis dracmas al dia, que venian á ser mas de 45 reales de vellon. Estos perniciosos ejemplos anunciaban la ruina de la disciplina. «Entonces se »vió por primera vez, dice *Salustio*, aficionarse »un ejército romano al vino y á las mugeres, »tomar gusto por los cuadros, estátuas y vasos

»labrados, y despojar de ellos á los templos y »particulares." Este espíritu de rapacidad fue cada dia en aumento.

CAPÍTULO XXII.

Vuelta de Sila. Sus proscripciones, dictadura y muerte.

670. Mas de 200ↄ hombres estaban sobre las armas para oponerse á la vuelta de Sila, que llegó á Italia con solos 40ↄ. Pero sus soldados le querian y respetaban, y ademas tenia el don de atraer á los otros á su partido. *Cetego*, *Verres*, *Pompeyo*, otros personages distinguidos, y todo un ejército consular, se alistaron en sus banderas. Él alentaba los corazones inspirándoles confianza. Enviando á *Craso* á hacer reclutas, le pidió una escolta, porque tenia que atravesar un pais ocupado por enemigos: *yo te doy por escolta*, le dijo Sila, *á tu padre, tu hermano y tus parientes infamemente asesinados, y cuya sangre trato de vengar.* Estas palabras hicieron volar á Craso, que desempeñó completamente su encargo. Sila, despues de haber alcanzado muchas victorias sobre sus enemigos, se hizo aborrecer por sus proscripciones.

Diciéndole algunos, «no te pedimos gracia »por los que te has propuesto sacrificar; pero á »lo menos saca de la inquietud á los que quie»res salvar;" *Yo no sé aun*, respondió, *á quién perdonaré la vida. Pues bien*, le replicaron, *nombra los que quieres esterminar.* El dia siguiente apareció una lista de 80 proscriptos, siendo los primeros CARBON y el jóven MARIO, cónsules á la sazon: en el inmediato otra de 220, y en el próximo otra semejante. En una palabra, el tirano declaró al pueblo que no perdonaria á ninguno de sus enemigos.

Viérase entonces el esclavo sobornado para asesinar á su señor, y el hijo al padre: la cabeza de un proscripto se pagaba en dos talentos: sus bienes eran confiscados: hasta las generaciones futuras se castigaban, pues los nietos de los proscriptos quedaban condenados, como infames, á no obtener cargo alguno. Roma y las provincias se transformaron en sangrientas carnicerías para una multitud de ciudadanos, la mayor parte sacrificados para apoderarse de sus bienes. *Mi heredad es la que me proscribe*, esclamó un tal *Antelio*, hombre apacible, que no se mezclaba nunca en los negocios.

No pudiendo MARIO defender á Prenesto, donde se habia retirado, se convino con un amigo en darse la muerte mútuamente, como lo ejecu-

taron. El otro cónsul Carbon, que habia abandonado la Italia, fue perseguido por Pompeyo, que viéndole prosternado á sus pies ordenó su suplicio, á pesar de que le debia muchos beneficios. Así vengaban los romanos, devorándose unos á otros, á tantos pueblos arruinados por su ambicion.

672. La república ya no existia: uno solo era el dueño y señor de todo; y su título era la espada. Pero Sila aspiraba á otro mas respetable; y como el nombre de rey hubiera alarmado á los romanos, propuso al pueblo que nombrase un dictador por tiempo ilimitado para reparar los males del estado, ofreciéndose á desempeñar este cargo si se le conferia, que era lo mismo que nombrarse á sí propio salvando las apariencias. El pueblo votó el establecimiento de un verdadero despótismo perpétuo, pues no habia un poder mas arbitrario que el de dictador en el mundo.

Es preciso confesar que Sila, luego que se vió dueño absoluto de Roma, promulgó leyes muy sábias. Reprimió el asesinato y la violencia: restituyó los tribunales al senado: incorporó en él 300 caballeros para llenar los huecos que la guerra y las proscripciones habian dejado: estableció que no se pudiese optar á la pretura sin haber sido qüestor, ni al consulado

sin pasar por la pretura: prescribió el intervalo de diez años de un consulado á otro, con arreglo á las antiguas leyes; y restringió la potestad tribunicia, prohibiendo á los tribunos mezclarse en la legislacion, mandando que fuesen sacados del senado, y que no pretendiesen una dignidad superior.

674. Apenas se puede imaginar que despues de haber hecho perecer por las armas á 100ↄ ciudadanos, y á 90 senadores y mas de 2600 caballeros por las proscripciones, hubiese tenido SILA la osadía de abdicar la dictadura. Hízolo, sin embargo, declarando ademas que estaba pronto á dar cuenta de su conducta. Viósele despues pasearse por la plaza sin lictores, acompañado de algunos amigos: bien es verdad que habia ahorrado y elevado á la clase de ciudadanos á 10ↄ esclavos, dado tierras en las colonias á sus veteranos, y derramado beneficios sobre sus partidarios, que eran los que estaban en posesion de todos los empleos civiles y militares: así que no podian faltarle defensores, y el terror de su espada le servia aun de escolta. No obstante, el dia que abdicó tuvo un jóven la insolencia de insultarle de palabra. SILA, sin contestarle, dijo solamente: *este jóven será causa de que otro en el puesto en que yo me hallo, no piense en dejarle.* Entregóse despues

á los vicios y al deleite con mas ardor que nunca, y la intemperancia le ocasionó un mal en los pies, del cual murió á la edad de 60 años. Conservó hasta el último instante su actividad, ocupándose aun de los negocios públicos, y trabajando en sus memorias, que si bien no existen, dicen que eran muy curiosas.

CAPÍTULO XXIII.

Sertorio, Espartaco y Pompeyo.

Sostenia *Sertorio* en España el partido de Mario. Era gran capitan, gran político, y tan virtuoso como podia serlo en medio de los vicios y las facciones. Despues de haber sufrido algunos reveses, se refugió á los lusitanos, que le confirieron el mando de sus tropas. Sostuvo con un pequeño ejército una guerra obstinada contra varios generales romanos, que mandaban mas de 100.000 hombres. El arte de campar, la buena direccion en las marchas, las estratagemas, los ataques bruscos á tiempo sin aventurar nada, la disciplina unida al valor, y la admiracion y confianza que inspiraba á sus soldados, redoblaban sus fuerzas.

Habiéndole hecho la guerra sin favorable resultado *Metelo*, uno de los tenientes de Sila,

despues de la muerte de éste enviaron á *Pompeyo* á España. Acababa de ser reforzado Sertorio con un ejército entero, á las órdenes del faccioso *Perpenna*, que tratando de establecerse en el pais, se vió forzado por las tropas á unirse con este ilustre general. Pompeyo y Metelo juntos jamás pudieron vencerle, y el último no se avergonzó de pregonar su cabeza. Cien talentos y como 100 fanegas de tierra eran la recompensa del asesino, dejando con esta conducta, propia de bandidos, espuesto á Sertorio á la traicion y á la perfidia. Obligóle el riesgo á mostrar severidad, y Perpenna formó una conspiracion, y le degolló alevosa y cobardemente en un festin.

680. La caida de Sertorio dió con su partido en tierra, y apoderándose el traidor Perpenna del mando, no hizo mas que facilitar la victoria á Pompeyo. Quiso rescatar su vida con otra nueva traicion, ofreciendo al vencedor los papeles de Sertorio, en los cuales estaban consignadas las relaciones que tenia con los principales de Roma; pero Pompeyo los quemó y condenó á Perpenna al suplicio. Erigió despues un pomposo monumento, en cuya inscripcion se vanagloriaba de haber sometido 876 villas y ciudades desde los Alpes hasta las estremidades de España. No daremos mas prueba que esta de la vanidad de este famoso capitan, poco acreedor

al título de hombre grande, á pesar de sus proezas y de que queria ser solo absolutamente.

Roma acostumbrada á vencer á las naciones, pero vencida ya por sus vicios y sus riquezas, tuvo aun que sostener una guerra tan peligrosa como humillante contra sus propios esclavos. Dedicaban al ejercicio de gladiadores, mal de su grado, á un cierto número de estos desdichados, galos ó tracios por la mayor parte, que el rigor de la suerte habia reducido á la esclavitud. Rompieron las prisiones 78 de ellos, capitaneados por *Espartaco*, tracio de nacion, y de un mérito superior á su fortuna. Algunas milicias enviadas contra ellos fueron derrotadas, y hasta un pretor con 3Ↄ hombres sufrió la misma afrenta. Estas primeras ventajas atrageron otros esclavos, y en breve se vió Espartaco con un ejército tan numeroso y temible, que hubieron de venir sobre él los dos cónsules y un pretor. A todos tres los venció, y con tanta mayor gloria, que habiéndose separado de él los galos, acababan de ser deshechos por los romanos.

682. Amenazaba ya sitiar á Roma con 120Ↄ esclavos, cuando se encargó la direccion de esta guerra á *Craso*, que era uno de los mejores generales de la república. Obligado Espartaco por los esclavos á dar una batalla decisiva, se

manejó con tanta habilidad como prudencia. Mató su caballo en el momento de empezar la accion diciendo: *si venzo, no me faltará caballo; y si soy vencido, no le necesito.* La victoria estuvo indecisa por largo tiempo, pero al fin fueron arrollados los esclavos, y este héroe cubierto de heridas espiró en la refriega. Perdieron los rebeldes 400 hombres, y habiéndose rehecho 50 fugitivos, Pompeyo los destruyó sin mucho esfuerzo. Como si hubiese salvado la república, escribió al senado: *Craso ha ganado una victoria á los esclavos; pero yo he cortado hasta las raices de la rebelion.*

Todo lo convertia en beneficio propio este ambicioso ciudadano: deslumbraba á la multitud exagerando sus servicios; queria que se le contemplase necesario para mandar en todo, y pudo persuadir cuanto deseaba. Nombrado cónsul á la edad de treinta y cuatro años, abolió las mejores leyes de Sila; restituyó á los tribunales su antigua potestad; y lisongeando las preocupaciones del pueblo, llegó á ser su ídolo. Millares de piratas que habian salido de las costas de la Cilicia, infestaban los mares, saqueaban hasta los templos, desolaban las provincias, arruinaban el comercio y causaban el hambre. Solo Pompeyo podia vencerlos, y se le dió comision para ello por el término de tres

años. Cuatro meses bastaron para destruir á los piratas, con lo cual creció el entusiasmo popular en favor del general; y si no abusó de su poder, fue por el temor de hacerse sospechoso de aspirar á la tiranía.

CAPÍTULO XXIV.

FIN DE LA GUERRA DE MITRIDATES.

Mitridates desde la vuelta de Sila á Italia, habia renovado la guerra por dos veces contra los romanos. Habiendo legado *Nicomedes* su reino de Bitinia á la república, el rey del Ponto resolvió arrebatarla de las manos de este pueblo ambicioso, hácia el tiempo en que Sertorio se distinguia en España. Amaestrado por la esperiencia, desterró el fausto asiático de su ejército, adoptó las armas y la disciplina de los romanos, y en una palabra, creó soldados y se hizo un gran capitan.

Fueron contra él los cónsules COTA y LUCULO. Reunia este último á la aficion á las ciencias y buen gusto en la literatura, todos los talentos militares, que habia cultivado sirviendo en calidad de qüestor á las órdenes de Sila. Despues de haber señalado los primeros pasos de su consulado, reprimiendo la codicia de los emplea-

dos en la hacienda militar, y la licencia de las tropas, salvó á su colega arrollado por Mitridates, obligó á éste á levantar el sitio de Zicica, le arrojó de la Bitinia, y luego de su reino. Entonces fue cuando el cruel monarca mandó envenenar á sus hermanos y á sus mugeres, en particular á la famosa *Monima*, por temor de que cayesen en manos del vencedor.

684. Habiéndose refugiado al abrigo de su yerno *Tigranes*, rey de Armenia, le hizo abrazar su causa. Pasó Luculo el Eufrates y el Tigris sin dificultad, porque el enemigo no creia que se atreveria á intentarlo, y marchó contra los armenios, veinte veces superiores á él en número, segun cuentan. Haciéndole uno de los suyos la advertencia de que el calendario marcaba aquel dia como de mal agüero, *pues bien*, dijo, *yo le convertiré en venturoso*: y en efecto derrotó á los enemigos. En el siguiente año atravesó el monte Tauro, y atacando á Tigranes y Mitridates reunidos, los puso en fuga.

Carecia Luculo, en medio de las eminentes cualidades que le adornaban, del talento de hacerse querer, y así oficiales como soldados, no pudiendo sufrir su altivez ni la severidad de la disciplina, se amotinaban á menudo. Aprovechándose Tigranes y Tisafernes de esta coyuntura, habian vuelto á entrar en sus estados, y

destrozaron un ejército romano, viéndose Luculo abandonado de sus tropas en los momentos en que intentaba reparar este desastre.

687. Favoreció esta circunstancia la ambicion de Pompeyo, pues el tribuno *Manlio* propuso que se le confiriese el mando que obtenia Luculo, con toda la latitud que se le habia dado por la ley *Gabinia*. Los ciudadanos mas celosos lanzaron un grito de indignacion al oir semejante propuesta; pero *César*, que adulaba á la multitud para sobreponerse á las leyes; *Ciceron* pretor entonces, que necesitaba de la amistad de Pompeyo; y otras personas ilustres por motivos particulares, ó deslumbrados por la reputacion de este general, sostuvieron la ley de Manlio. El modo con que se condujo Pompeyo en esta ocasion descubre la bajeza detestable y grosera, de que suelen valerse los ambiciosos para ocultar sus fines. Despues de haber puesto en movimiento todos los resortes de la intriga para obtener este mando, cuando recibió la noticia de que se le habia conferido, cubriendo su gozo con el velo aparente del dolor; *¿Es posible*, dijo, *que no he de gozar jamás de reposo? ¿No he de poder vivir nunca en el retiro al lado de una esposa amada? ¡Dichosos aquellos que pasan una vida quieta y tranquila en el seno de la obscuridad!* Esta hipocre-

sía, que desaprobaron hasta sus amigos, no dejó de surtir en el vulgo ignorante todo el efecto á que aspiraba.

La mayor prueba de que Pompeyo no era muy digno de la suerte que gozaba, es que lejos de respetar el mérito y servicios de Luculo, antes por el contrario se empeñó en humillarle y vituperar su conducta sin el menor miramiento. Decia que Luculo no habia obtenido mas que resultados fáciles é insignificantes; ni se habia propuesto sacar de la guerra otro fruto que el de enriquecerse. Herido éste en lo mas vivo con tan injuriosos propósitos, echaba con mas razon en cara á su rival, que solo trataba de usurpar la gloria agena, mendigando el mando contra enemigos vencidos ya, para arrebatar al general al fin de cada guerra el honor de terminarla. Tuvieron una conferencia; y aunque no sirvió mas que para agriar su mútua animosidad, se concedió á Luculo el triunfo, que merecia por sus victorias.

Pasó el resto de su vida en un retiro, voluptuoso á la verdad, pero consagrado al estudio y al trato de sus amigos. Nadie llevó á mas alto grado que él el lujo y la magnificencia, que despues de las conquistas de Ásia habia de cambiar enteramente las costumbres de Roma. Como un dia que comia solo no le hubiese puesto

su mayordomo una mesa tan suntuosa y opípara como cuando tenia convidados; *¿no sabias,* le dijo ásperamente, *que Luculo comia hoy con Luculo*? De tal manera se habia transformado uno de los hombres mas grandes de la república en un sátrapa de Persia.

Debilitado Mitridates con tantas pérdidas, y abandonado de sns aliados, era preciso que sucumbiese á los esfuerzos de un enemigo muy superior á él. Huyó pues, y se apoderó del Bosforo, acompañado siempre de su valor. Estaba meditando llevar la guerra hasta la misma Italia, y seguir las huellas de Annibal, cuando su hijo *Farnaces* formó contra él una conspiracion. El rey sitiado en un castillo por los rebeldes, se pasó con su propia espada, despues de haber intentado inútilmente envenenarse. Cercado siempre de enemigos domésticos, habia tenido la gloria de resistir por espacio de 30 años á los romanos. Celebraron estos su muerte con poca moderacion, y Farnaces obtuvo el reino del Bosforo en recompensa de su parricidio.

CAPÍTULO XXV.

CONJURACION DE CATILINA. — TRIUMVIRATO DE POMPEYO, CRASO Y CÉSAR.

En poco estuvo que Roma, antes de la vuelta de Pompeyo, no se viese sepultada en sus ruinas por la maldad de algunos ciudadanos. *Catilina*, de orígen ilustre, de un carácter tan impetuoso que ningun riesgo le arredraba, y á pesar de eso artificioso y disimulado, lleno de deudas, ennegrecido con todo género de crímenes, y sin mas recurso que la desesperacion, formó el diabólico proyecto de esterminar á los senadores, y apoderarse de la suprema autoridad como Sila. Los libertinos, los descontentos y los ambiciosos corrian en tropel á alistarse bajo sus banderas. Solo un genio superior podria haber salvado la república, y esta gloria estaba reservada para *Ciceron*.

690. Este admirable orador velaba sobre el estado, y nada se escapaba á su penetracion y prudencia. Él descubrió al senado toda la trama infernal de Catilina, que confundido por su elocuencia hubo de abandonar á Roma. Los otros gefes de la conspiracion fueron arrestados, convencidos, condenados á muerte por un decreto

del senado, y ejecutados de noche en las cárceles. En seguida marcharon las tropas contra Catilina, que con un cuerpo de rebeldes trataba de sublevar la Galia. Atacáronle, y se defendió con valor; pero viéndose perdido sin remedio, se arrojó en lo mas ardiente de la refriega, y murió cubierto de heridas. Era uno de aquellos hombres nacidos para cosas grandes; pero que esclavizados por las pasiones, no son buenos sino para el crímen.

Preparábase mientras tanto en silencio para las mas altas empresas *Julio César*, yerno de *Cinna*. La molicie de sus primeros años, el adorno y cuidado en el vestido, y su libertinage, no anunciaban en él mas que un hombre sensual, de quien no tenia Roma que temer ni que esperar. Así se lo pintaron, para librarle de la proscripcion, á Sila, que con mas penetracion dijo: *¿pues no veis en este jóven muchos Marios?* Huyó César entonces; pero luego que se halló en estado de emprender la carrera de la ambicion, se presentó en ella con aquella preponderancia que puede dar la elocuencia, acompañada de una política sagaz y profunda.

Para captarse la benevolencia del pueblo, agotó su patrimonio en profusiones y espectáculos. Compró sin la menor oposicion los puestos y dignidades, y reanimó los restos del partido de

Mario. Los honores y la gloria absorvian todas sus potencias, tanto, que leyendo un dia la vida de Alejandro: *¡ah!* dijo con lágrimas en los ojos: *Alejandro, á mi edad habia conquistado y á tantos reinos, y yo no he hecho aun nada memorable!* Atravesando en otra ocasion una pequeña aldea de los Alpes, y oyendo á uno de los de su séquito preguntar irónicamente ¿si se intrigaría allí tambien para obtener los cargos? respondió: *Mas quisiera ser aquí el primero que el segundo en Roma.*

693. Acostumbrado Pompeyo al mando, no podia sufrir á su vuelta á Roma, ni superior ni igual. No veía en Craso mas que un contrario, cuyas riquezas inmensas le atraían un crecido número de partidarios. Aborrecíanse mútuamente estos dos rivales, sin que el senado inclinase la balanza en favor de ninguno de ellos. César, que aspirando al consulado necesitaba de entrambos, consiguió reconciliarlos, cimentando en su union su propio crédito. Hizo mas, pues probándoles que les interesaba mútuamente la union, los indujo á consolidarla por un tratado, en el que se obligaron á auxiliarse recíprocamente, y á no emprender cosa alguna que no fuese de comun acuerdo. Esta asociacion, en la cual tuvo César la destreza de ingerirse, fue el primer *triumvirato.*

En el momento en que por la mediacion de Pompeyo y de Craso fue nombrado cónsul, propuso César una ley agraria para grangearse mas y mas la estimacion del pueblo. Dió su hija en matrimonio á Pompeyo por temor de que los republicanos celosos no le quitasen este apoyo. Temiendo igualmente el celo y la elocuencia de Ciceron, proporcionó el tribunado á su mortal enemigo el sedicioso *Clodio*. En fin obtuvo el gobierno de las Galias por cinco años, con cuatro legiones, previendo ya que el mando de la fuerza armada le facilitaria los medios de llevar á cabo sus designios.

Muy poco tiempo despues propuso Clodio una ley, para que se declarase reo de estado á todo aquel que hubiese hecho dar muerte á un ciudadano sin ser juzgado por el pueblo. Este tiro iba dirigido á Ciceron, porque los cómplices de Catilina estaban en aquel caso; pero el orador habia obrado con arreglo á las órdenes del senado, y la necesidad de las circunstancias justificaba su conducta. No obstante, así que se vió atacado, la debilidad de su carácter hizo traicion á su grande ingenio. Abatido y humillado buscó auxilio vestido de luto y no le halló, pues hasta el ingrato Pompeyo le cerró la puerta. Anticipóse Ciceron al destierro que luego se le impuso, y se retiró á Grecia. Pero habiéndole vuelto á lla-

mar POMPEYO por sus fines particulares, fue colmado de honores á su vuelta, atravesando la Italia como en triunfo, y ademas reedificaron sus casas y posesiones por cuenta del Estado.

Como los triumviros se necesitaban mútuamente, procuraron estrecharse mas y mas con nuevos lazos. POMPEYO y CRASO obtuvieron el consulado y gobiernos considerables por cinco años, lo cual solo consintieron los amigos de CÉSAR, porque se le prorogó tambien á éste por otros cinco años el gobierno de las Galias. Estos tres generales estaban autorizados para levantar tropas, y exigir de los reyes y pueblos aliados de Roma todos los socorros y auxilios que tuviesen por conveniente. . . .

CRASO, que acumulando tesoros sobre tesoros, decia que un ciudadano no era rico sino podia mantener un ejército á sus espensas, se apresuró á pasar al Ásia, en donde esperaba saciar su codicia. Despues de haber saqueado el templo de Jerusalem, se empeñó en una espedicion poco meditada contra los Partos, sin mas motivo para atacarlos que el de sus riquezas. Así solo consiguió perder el ejército, que fue enteramente derrotado, y él y su hijo muertos en el campo de batalla. Habia mantenido la balanza entre CÉSAR y POMPEYO: su muerte, pues, debia promover la discordia, como la promovió en efecto. Crecie-

ron en Roma las facciones, aumentóse el desórden, en términos que se vendian públicamente los cargos, y la violencia apoyaba las pretensiones. *Milon* mató á Clodio, y este asesinato fue la señal del combate.

CAPÍTULO XXVI.

Conquista de las Galias. Desavenencias entre César y Pompeyo. — Guerras civiles.

Habia domado César en diez años á los helvecios, vencido á *Ariovisto*, uno de los reyes de la Germania, subyugado los belgas, reducido á provincia romana toda la Galia, y llevado el terror hasta la Gran Bretaña, escribiendo él mismo los comentarios de estas guerras. Cuéntanse entre sus espediciones ochocientas plazas tomadas, trescientos pueblos subyugados, y tres millones de hombres destruidos en diferentes batallas. Los galos estaban llenos de valor, pero divididos en pequeños estados, y bajo caudillos que tenian poca autoridad. Los sujetó César no solamente con la fuerza y los talentos militares, sino tambien con una política sagaz, fomentando la disension entre ellos, y armando á los unos contra los otros.

Sobrio, intrépido é infatigable, pronto siem-

pre á pelear, y siempre atento á los negocios, al mismo tiempo que perseguía á los enemigos, observaba con un ojo perspicaz todas las intrigas de Roma. Derramaba allí el oro á manos llenas para comprar los votos, y hacerse criaturas.

Acercábase el plazo de su gobierno, y esto alentaba la esperanza de Pompeyo, que intrigaba bajo de cuerda para que se le hiciese dejar el mando y pasár á Roma, con lo cual quedaria al nivel de los demas ciudadanos. Pero el tribuno *Curion*, vendido á César, propuso, ó que se le continuase el gobierno, ó que se destituyese á estos dos generales igualmente capaces de inspirar inquietud á la república. Ofreció César abdicar, siempre que su rival hiciese lo mismo; pero éste, persuadido de que las tropas de César le abandonarian, estaba tan confiado que decia: *que no tenia mas que dar una patada en el suelo para hacer salir de él un ejército*. Despues de algunas negociaciones desechó toda medida de reconciliacion, haciendo la guerra civil inevitable. Estaban de su parte los cónsules y el senado; mas de la otra el pueblo y un ejército victorioso á las órdenes del capitan mas grande que habia existido.

Habian declarado á César enemigo de Roma si se resistia á dejar el mando, encargando al mismo tiempo á Pompeyo la defensa de la repú-

blica, á pesar de que no era cónsul. César, al llegar á la orilla del Rubicon, pequeño rio que separa la Galia Cisalpina del resto de la Italia, titubeó por un momento: *si no paso*, decia, *soy perdido; y si paso, ¡cuántos males no amenazan á Roma!* Reflexionando despues sobre el ódio de sus contrarios, esclamó; *la suerte está echada*. Pasa el rio, corre á apoderarse de Rimini, y propaga la alarma hasta Roma. El senado declara que hay *tumulto*, es decir, que la ciudad está en peligro, y que todos los ciudadanos deben tomar las armas.

No habian hecho preparativo alguno contra un enemigo tan activo como temible; y así Pompeyo abondonó la ciudad y la Italia. César, despues de haberse apoderado del tesoro público, pasó á sujetar la España, en donde el partido contrario habia adquirido mucho poder, y volvió victorioso. Pero siguió luego á su rival en la Macedonia, y ganó en Farsalia una victoria decisiva. El vencedor halló en el campo enemigo todo el tren y aparato del lujo asiático. Quemó los papeles de Pompeyo, sin leer ni uno solo, diciendo: *mas quiero no saber los delitos, que verme precisado á castigarlos*. Suspiró profundamente al ver el campo de batalla cubierto de cadáveres, y á lo menos procuró reparar con la clemencia los males que á su pesar habia causado.

El famoso POMPEYO, dueño en otro tiempo de la república, y ahora vencido, fugitivo y errante, tomó por último el camino de Egipto, en cuyo reino habia restablecido á *Tolomeo Auletes*, destronado por los Alejandrinos. Lisongeábase de encontrar gratitud y reconocimiento en el jóven *Tolomeo*, hijo y sucesor de Auletes; pero la amistad huye siempre del infortunio. Perseguíale CÉSAR con ardor; y si bien la corte de Egipto titubeó algun tiempo sobre el partido que abrazaria, siguió por último el dictámen de un retórico bajo y cobarde llamado *Teodoto*, que les aconsejó una traicion y un asesinato, como el único medio de agradar á César. Asesinaron á POMPEYO al mismo tiempo que le tendian los brazos para recibirle, y presentaron su cabeza á CÉSAR, que al verla, lejos de esperimentar el gozo que los de Egipto esperaban, se llenó de horror y de indignacion.

Colocó CÉSAR en el trono del Egipto á *Cleopatra*, hermana y esposa del rey, que sostenia con las armas el derecho, que segun las disposiciones de su padre tenia á participar de la corona. CÉSAR, despues de haber corrido grandes riesgos en la guerra de Alejandría, que costó la vida á su rey, y en cuya época, por decirlo de paso, consumió un incendio en gran parte la famosa biblioteca de los Tolomeos, marchó contra

Farnaces, hijo de Mitridates y rey del Bosforo, que estendia sus conquistas por el Ásia. Dió cuenta César de esta espedicion con aquellas tres palabras, tan celebradas y repetidas hasta el dia, de *vine*, *ví*, y *vencí*.

Durante su permanencia en Egipto, en donde el indiscreto amor de Cleopatra le habia hecho olvidar sus intereses, el hijo de Pompeyo, *Caton*, *Escipion* y otros republicanos, habian juntado fuerzas en el África, preparándose para hacer allí una vigorosa defensa. Pasó César la mar, y ganó en poco tiempo tres batallas consecutivas.

Habia aconsejado Caton, aunque inútilmente, que no se espusiesen al riesgo de una derrota. Encerrado en Utica, parecia que hacia revivir allí el senado y la libertad de Roma; pero bien pronto se desvanecieron sus esperanzas. Viendo el desaliento general de las tropas, invitó á sus amigos á tomar la fuga, ó implorar la clemencia del vencedor. En cuanto á él, resuelto á no sobrevivir á la libertad de su patria, despues de haber conversado con la mayor serenidad con dos filósofos, y haber leido el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, requirió la punta de su espada, y dijo: *ahora ya soy dueño de mi mismo*. Quedóse luego dormido, y al dispertar se hirió con la espada. Acudieron al

ruido y le curaron la herida; pero él la desgarró de nuevo con sus propias manos, y espiró. Cuando llegó la noticia á César, esclamó: ¡*O Caton! ¡yo envidio tu muerte, puesto que tú me has envidiado la gloria de conservarte la vida!*

Si Caton no hubiese sido tan entusiasta por la virtud, y en vez de atacar con aspereza y acrimonia la corrupcion de su siglo, hubiese tratado de corregir el desórden por medios practicables, su patriotismo y grandeza de alma hubieran producido muchos bienes, ó á lo menos evitado muchos males; pero su rígida austeridad rara vez fue útil, y muchas perniciosa, porque no se estaba en los tiempos de los Fabricios. Dán igualmente en rostro á Caton con algunos rasgos de una singularidad estravagante, que suponen menos razon que capricho ó entusiasmo. Solía presentarse en público con mucha afectacion sin el vestido ordinario, para acostumbrarse, como solía decir, á no avergonzarse sino de lo que era verdaderamente vergonzoso.

CAPÍTULO XXVII.

César dueño de la república. Su muerte.

Nada prueba mejor que no habia quedado de la república mas que una sombra, que los honores que se prodigaron á César á su vuelta. Dic-

ron gracias á los dioses con toda solemnidad por sus victorias: prolongáronle la dictadura por diez años, y despues por toda su vida: confiriéronle el título de reformador de las costumbres: declararon su persona sagrada é inviolable; y por último colocaron su estátua en el capitolio al lado de la de Júpiter, con esta sacrílega inscripcion: Á César, Semi-Dios. Decretáronle en un mes cuatro triunfos, en los cuales se hizo una magnífica ostentacion de vasos de oro y plata valuados en 653 talentos.

La dulzura de César, su aplicacion al gobierno, y la sabiduría de sus leyes, eran el mejor medio de disfrazar sus ambiciosos proyectos. Restableció el órden en Roma, y atrajo los ciudadanos á ella: reanimó la poblacion con recompensas: reprimió los escesos del lujo; y limitó la duracion de los gobiernos á un año para los prétores, y dos para los cónsules.

En calidad de soberano pontífice reformó el calendario, que sus antecesores en este cargo, por ignorancia ó por interés, habian llenado de confusion. El año era de 12 meses lunares, entre los cuales se debia intercalar de dos en dos años un mes de 22 ó 23 dias alternativamente; pero esta intercalacion ó se hacia ó no, segun las circunstancias, para abreviar ó prolongar el tiempo de las magistraturas, por manera que to-

do el órden se habia trastornado. *Sôsigenes*, astrónomo de Alejandría, disipó este caos, y César estableció el año solar de 365 dias, con uno de intercalacion cada cuatro años. En el primero fue preciso añadir, ademas del mes intercalar, 67 dias.

Habiendo rehecho los dos hijos de Pompeyo su partido en Espana, vino volando César á ella, y dió el último golpe á la libertad con la victoria de Munda. Volvió á Roma en triunfo, como si hubiera vencido los enemigos de la república. Nombrado entonces dictador perpétuo y emperador, se dedicó mas que nunca á conciliarse los ánimos y ganar los corazones. Desprendióse de su guardia, hizo volver á levantar las estátuas de Pompeyo, aumentó el número de las magistraturas para multiplicar las recompensas, y hasta muchos de sus antiguos enemigos participaron de sus beneficios.

709. Sin embargo, los republicanos celosos aborrecian un poder destructor de la república. El Dictador los exasperó ó con su orgullo ó con su imprudencia; y un dia que el senado le fue á presentar nuevos honores, no se levantó de su tribunal: signo de desprecio que irritó hasta al mismo pueblo. Ofrecióle algun tiempo despues en público una corona su colega Marco Antonio; pero él la rehusó entre los aplausos del

pueblo, cuya intencion habia querido sondear antes. Bien pronto se traslució, no obstante, que ambicionaba el título de rey, que tanto desagradaba á los romanos.

Formóse una conspiracion, á cuya cabeza estaba *Casio*. Atrajo éste á *Marco Bruto*, descendiente del primer cónsul, yerno é imitador de Caton. Amábale César como á hijo, y lo habia colmado de beneficios despues de haberle salvado la vida. Algunos billetes anónimos que Bruto, pretor entonces, halló en su tribunal, dispertaron en su alma los sentimientos republicanos: *¡duermes Bruto!*, le decian; *¡tú no eres ya el mismo que eras!* Las instigaciones de *Casio* acabaron de persuadirle.

Porcia, hija de Caton y esposa de Bruto, conociendo en el semblante de su marido la agitacion en que estaba, deseosa de saber la causa, se hizo una herida en un muslo, para probar si podria sufrir la tortura en caso necesario; y enseñándosela á Bruto, logró que le descubriese el secreto y esclamase: *¡quiera el cielo que yo me muestre digno esposo de Porcia!*

Estaba tramado asesinar al Dictador en pleno senado; cuando trataba de llevar la guerra al Ásia contra los Partos, para vengar la derrota de Craso. Algunas sospechas y presentimientos le hicieron titubear sobre si iría ó no á la asamblea;

pero persuadido despues á que ninguno sería osado de atentar á su persona, se espuso al peligro sin precaucion alguna. Acometiéronle los conjurados con sus puñales, y procuró César defenderse; pero en el momento en que vió á Bruto entre ellos, esclamó: ¡*tú tambien, hijo mio!* y cubriéndose entonces con su manto recibió la muerte como quien desprecia la vida. Contaba este héroe cincuenta y cinco años.

Apenas habia espirado, cuando los asesinos corrieron por toda la ciudad con los puñales ensangrentados, gritando que el rey de Roma ya no existia. Reuniéronse á ellos algunos patricios; pero viendo el abatimiento y consternacion que mostraba el pueblo, se retiraron al capitolio. El cónsul Marco Antonio hizo que se leyese el testamento de César, en el cuál hacia honrosa memoria de algunos de sus asesinos, y legados de mucha consideracion al pueblo. La rectitud y el reconocimiento penetraron los corazones, que acabó de inflamar el elogio que hizo Antonio de este hombre eminente. Refirió sus espediciones; bosquejó sus virtudes; desdobló su túnica ensangrentada, y mostró las heridas en el cadáver que estaba espuesto para las exequias; y fue tal la impresion que hizo, que el populacho enfurecido queria poner fuego á las casas de los conjurados. Estos salieron de Roma.

CAPÍTULO XXVIII.

OCTAVIO. TRIUMVIRATO. BATALLA DE FILIPOS.

Presentóse entonces en la escena á desempeñar el primer papel un jóven de 18 años. Era éste OCTAVIO, nieto de *Julia*, hermana de *César*, á quien su tio habia adoptado, dejándole las tres cuartas partes de la herencia. Estaba estudiando la elocuencia en Apolonia en las costas del Epiro, cuando llegó á su noticia el trágico acontecimiento que habia de variar la faz de sus negocios. Aconsejáronle que disimulase y esperase, y aun que renunciase la adopcion y la herencia; pero lejos de seguir este consejo contrario á su ambicion, marchó á Roma, y se declaró heredero de César. Habiéndose negado ANTONIO á entregarle el dinero del Dictador, vendió OCTAVIO su propio patrimonio para cumplir las mandas y legados del testamento: medio seguro é infalible de atraerse la voluntad del pueblo, y de irritarle contra un hombre que ofendiendo al hijo, aparecia ingrato contra el padre, é injusto hácia la nacion.

Reconciliáronse y desaviniéronse varias veces ANTONIO y OCTAVIO, porque éste queria vengar la muerte de César, y aunque aquel apa-

rentaba tambien estar animado del mismo deseo, por contemporizar con la multitud, en el fondo no trataba mas que de su engrandecimiento. La incompatibilidad de los intereses de estos dos caudillos dió márgen á un rompimiento. Ciceron, menos prudente que los que permanecieron neutrales, abrazó el partido de OCTAVIO con calor, y desencadenándose contra ANTONIO, se grangeó la reconvencion que le hizo Bruto, de que *no pensaba tanto en la libertad de su patria, como en procurarse un amo bueno para él.*

Ciceron, con cualidades admirables para desempeñar un segundo papel, era incapaz de llenar el primero: tenia grande ingenio, pero un alma trivial en muchas ocasiones; la virtud era en él como accesoria; siempre se veía así mismo en primer término; y en una palabra, la vanagloria era su ídolo. Esta pasion es propia de las almas pequeñas, á las cuales los mas ligeros motivos pueden arrastrar á cometer las faltas mas graves. Por otra parte Ciceron elevando á OCTAVIO, creía proporcionarse un apoyo. Sus elocuentes *Filípicas* descubren por mas de un lado la pasion de la parcialidad, sin embargo de ser, como las de Demóstenes, modelos escelentes para los oradores y hombres de estado.

Tenia ya Antonio sitiado á *Décimo Bruto* en Modena, y Ciceron hizo que se le declarase enemigo de la patria, si no levantaba inmediatamente el sitio, y no salia de la Galia Cisalpina. Habiendo despreciado el decreto del senado, los dos cónsules Hircio y Pansa recibieron órden de marchar contra Antonio, y Octavio la de unirse á ellos. Pansa fue destrozado y muerto, é Hircio pereció ganando una batalla. Obligado Antonio á tomar la fuga, pasó á la Galia Transalpina, en donde estaba mandando Lépido. Presentóse vestido de luto á los soldados y escitó su compasion, en términos que le proclamaron su general, viéndose Lépido forzado á declararse en su favor por no ser abandonado de las tropas.

710. El senado, despues de la derrota de Antonio, no trataba ya á César con la misma contemplacion que antes, pues habia dado á Décimo el mando del ejército, con lo cual el partido republicano se iba reanimando. Conoció Octavio que era ya tiempo de quitarse la máscara, y uniendo sus intereses á los de Antonio y Lépido, marchó sobre Roma al frente de su ejército, y se hizo nombrar cónsul, aunque apenas contaba 20 años.

Habianse retirado Bruto y Casio, el uno á Grecia y el otro al Ásia, en donde la victo-

ria habia engrosado y fortificado su partido, en el cual contaban ya veinte legiones á sus órdenes. El primer cuidado de Octavio fue el de condenarlos con todos los demas asesinos de César. Como él solo no podia vencerlos á todos, apeló al socorro de Antonio y de Lépido, haciendo que el senado revocase el decreto que habia lanzado contra ellos. Reunióseles Octavio cerca de Modena, y en una conferencia que duró tres dias, convinieron en repartir entre sí el poder supremo por cinco años, bajo el nombre de *Triumviros*; que Lépido se quedase en Roma, mientras que Octavio y Antonio hacían la guerra á los conjurados; y que antes de todo esterminarian á sus enemigos por medio de una proscripcion, que les proporcionaría fondos para la manutencion de las tropas.

Sería imposible bosquejar la atrocidad de esta proscripcion. Los tiranos empezaron por sacrificar mútuamente los unos á los otros las cabezas de sus deudos y amigos; Lépido la de su propio hermano; Antonio la de su tio, y Octavio la de Ciceron, que tanto le habia servido. Prohibieron, bajo pena de muerte, el socorrer ú ocultar á ninguno de los proscriptos, prometiendo recompensas á los que les diesen muerte, y hasta el derecho de ciudadanos á los esclavos que asesinasen á sus señores. Mostró An-

TONIO el mayor placer al presentarle la cabeza de Ciceron, asesinado por un tribuno, á quien su elocuencia habia salvado. Trescientos senadores y mas de 2000 caballeros fueron degollados. Las riquezas eran un crimen en los que no habian dado el menor motivo de resentimiento; y como los bienes confiscados no eran aun suficientes, se impuso un tributo á las madres, hijas y parientes de los proscriptos.

Saciados ya de sangre y de rapiñas, los triunviros apresuraron la ejecucion de su proyecto contra los republicanos. Quedóse Lépido guardando á Roma, mientras que sus dos colegas pasaban á la Macedonia, en donde Bruto y Casio se reunieron. Jamás habia habido ejércitos tan numerosos como los que iban á decidir la suerte de la república. Habia de una y otra parte mas de 100000 hombres acostumbrados á los combates, y poseidos todos de aquel ardor que inspira la ambicion ó la libertad. Queria Casio evitar una batalla, porque esperaba que los enemigos se destruirian por sí mismos por la falta de víveres; pero Bruto, con menos prudencia, pensaba lo contrario. Los soldados tenian por cobardía el no venir á las manos, murmuraban y se desertaban, decidiendo al cabo su impaciencia á los generales y oficiales al combate.

711. La batalla de Filipos en los confines

de la Macedonia y la Tracia, fue la ruina del partido republicano. Octavio, tan cobarde en el campo de batalla, como osado en el gabinete, se ocultó con pretesto de indisposicion. Derrotó Bruto sus legiones; pero mientras seguia los fugitivos con poca prevision, envolvió Antonio á Casio. Éste, que estaba ignorante de la victoria de su colega, hizo que uno de sus libertos le diese la muerte. Vuelven los dos ejércitos á sus respectivos campos; y viendo Bruto que los triumviros empezaban á escásear de todo, adoptó entonces el plan de Casio. El éxito no hubiera sido dudoso por cierto, si los motines de los soldados no le hubiesen forzado á otra segunda accion. Perdióla Bruto, despues de haber derrotado enteramente el ala que mandaba Octavio; y despechado se atravesó con su espada á imitacion de su colega.

CAPÍTULO XXIX.

FALTAS EN QUE INCURRIÓ ANTONIO. BATALLA DE ACCIO.

Hallándose Antonio en la Cilicia llamó á su presencia á *Cleopatra*, reina de Egipto, que durante la guerra habia observado una conducta equívoca. Compareció esta princesa con los ata-

víos de una Vénus triunfante, y le hechizó con sus encantos. Adormecido ANTONIO en el regazo del amor, se olvidó de todo lo demas, mientras que OCTAVIO, únicamente ocupado de sus propios intereses, y resuelto á reinar solo, se aprovechó de una pasion tan ciega y desordenada. Buscó primero un pretesto para desembarazarse de LÉPIDO, hombre sin mérito, cuya elevacion no podia considerarse sino como uno de los mas raros caprichos de la fortuna. Humillóse este triumviro ante OCTAVIO, y le pidió que le salvase la vida, contentándose con acabarla en la oscuridad y en el desprecio.

Solo ANTONIO podia disputar á su colega el imperio; pero lejos de hacerlo, antes bien le allanó el camino de la usurpacion, y se perdió á sí mismo con las repetidas faltas en que incurrió sucesivamente.

Fulvia su esposa, para arrancarle de los brazos de Cleopatra, le habia indispuesto con OCTAVIO, y esto dió márgen á una pequeña guerra, de la cual fue víctima Perusa. Reconciliáronse despues, y repartieron entre sí todas las provincias. ANTONIO dejó sin causa alguna la Italia, adonde habia venido. Los atenienses, entre los cuales quiso pasar el invierno, le recibieron como á un Dios, y le ofrecieron á su diosa Minerva por esposa, cuya adulacion recompensó

exigiéndoles mil talentos por la dote. Á la vuelta de una espedicion infructuosa contra los Partos, sus escesos le hicieron despreciable y odioso. Proclamó á Cleopatra reina de Egipto, de Chipre, de África, y de Celo-Syria: prodigó las provincias y los reinos á los hijos, fruto de sus amores; y en fin deshonró el nombre romano con sus estravagancias. Asió OCTAVIO con destreza la ocasion de desacreditarle, y acusándole ante el senado, se dispuso para la guerra. Hizo ANTONIO los preparativos enmedio de los festines y bailes, y se vió abandonado de muchos de sus amigos, por su conducta con Cleópatra, cuyo fausto y soberbia aumentaban la indignacion y el desprecio.

722. Despedazábanse con recíprocas invectivas los dos rivales antes de terminar la querella, hasta que por último la batalla naval de Accio fijó la suerte del imperio. Aunque ANTONIO era mas fuerte que su rival en tierra, se decidió á combatir por mar en fuerza de las persuaciones de Cleópatra. Huyó ésta con sus galeras durante el combate, y su amante olvidándose de sí mismo, lo abandonó todo por seguirla. OCTAVIO, ó mas bien su general *Agripa*, obtuvo una victoria completa. El ejército de tierra de ANTONIO, cansado de esperarle en vano, se pasó á las banderas del vencedor, y el

Egipto fue conquistado en muy poco tiempo. Antonio se dió muerte á sí propio al año siguiente en Alejandría. Cleopatra estaba reservada para la ceremonia del triunfo; pero evitó este oprobio muriendo con valor, ya fuese por la mordedura de un aspid, que dicen se aplicó al pecho, ó por medio de un veneno. Así fue como el sobrino de César á fuerza de ardídes y de doblez, de audacia y de crueldad, llegó á obtener el poder supremo á que aspiraba desde sus primeros años. Desapareció desde entonces la famosa república, no dejando en su lugar mas que una vana sombra que lisonjeaba aun el orgullo de los romanos.

ÉPOCA TERCERA,

LOS EMPERADORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

AUGUSTO.

725. AUGUSTO, cuyo nombre dió el senado á Octavio, dedicó todos sus desvelos á consolidar el poder, precaviendo al mismo tiempo con una moderacion aparente los golpes que habian precipitado á César en el sepulcro. Fingió que queria abdicar, consultándolo con sus dos confidentes *Agripa y Mecenas*. El primero, como hombre generoso, y fiel ciudadano, le aconsejó que pusiese en planta tan noble designio; pero el segundo, como un cortesano diestro, le disuadió de él, probándole que la seguridad de su persona y el bien público así lo exigian. Siguió AUGUSTO este dictámen tan conforme con su deseo, y despues de haber anulado todos los actos del triumvirato*, y dado algunas pruebas de moderacion y prudencia en el gobierno, declaró que restituía al senado y al pueblo la autoridad soberana. Tenia tan bien to-

madas sus medidas, que contaba de seguro con la repulsa que le hicieron, suplicándole ademas que no soltase las riendas de la república. Condescendió AUGUSTO y echó sobre sus hombros esta carga por diez años, reservándose el abdicar antes, si su persona no fuese ya absolutamente necesaria. Sus intenciones, sin embargo, no podian, segun todas las apariencias, ocultarse á la mayor parte de los senadores, porque su conducta anterior le habia dado á conocer bastantemente.

Procurando disfrazar la monarquía bajo la forma esterior del gobierno republicano, partió AUGUSTO las provincias con el senado, señalando con sagacidad y destreza á éste las mas quietas y tranquilas, es decir, aquellas en que no habia ejércitos, quedando por consiguiente la fuerza militar entre sus manos. Lejos de irritar los ánimos tomando el título de rey, no quiso usar ni aun de la cualidad de Dictador, conteniéndose con la de *emperador*, honrosa á la verdad, pero desnuda de poder en los tiempos de la república. Agregóse á este título, como en tiempo de César, el mando de las tropas unido al derecho de guerra y de paz. Revestido, pues, de la autoridad consular y proconsular; del poder tribunicio sin ser tribuno; de las facultades de la censura, bajo el título de reformador de

las costumbres, y del gran pontificado tan considerable por la influencia de la religion; Augusto se hizo dueño de todo, ocultando su despotismo, y alcanzando ademas que á todos estos títulos se le añadiese el de *Pádre de la Patria.*

Dejó al senado los antiguos cargos y consideraciones; pero aumentó el número de los senadores, para tener en él mas bien que partidarios, esclavos de su voluntad. Acarició al pueblo adulándole con fiestas, procurándole la abundancia, y conservando las asambleas ordinarias para la eleccion de las magistraturas; pero dirigió siempre los comicios, en los cuales no se decidia nada que no fuese á medida de su deseo. Tal fue el gobierno de los emperadores: obraron siempre como soberanos, aunque parecia que la autoridad soberana pertenecia siempre al pueblo y al senado.

Favorecian en gran manera las miras de Augusto su vida privada, su afectada modestia, su afabilidad, y los beneficios que hacia. A todo se plegaba; y como la perfidia y la crueldad habian sido los cimientos de su fortuna, era preciso que hiciese olvidar estos vicios con el aparato esterior de la virtud. Respetó hasta la memoria de Bruto; y acriminando un dia en su presencia la terquedad inflexible de Caton, dijo: *todo aquel que sostiene el gobierno estable-*

cido es un buen ciudadano, y un hombre honrado. Esta apología de Caton redundaba en beneficio del emperador. El historiador *Tito Livio* celebró á Pompeyo, sin decaer de la amistad de Augusto, que se contentó con llamarle en tono de chanza *Pompeyano*, sin dár la menor señal de desaprobacion de unas alabanzas tan conformes á las ideas republicanas.

Marcelo, su sobrino y yerno, destinado á ser su sucesor, jóven que daba grandes esperanzas, murió llorado amargamente de todos los romanos; y como Augusto necesitaba de un firme apoyo contra las tramas que sus enemigos secretos urdian contra él, envió á llamar á *Agripa*, que estaba lejos de la corte á la sazon, y le dió en matrimonio á su hija *Julia*, viuda de Marcelo. Dícese que Meçenas le persuadió á ello con estas palabras: *habeis ensalzado tanto á Agripa, que es preciso, ó matarle, ó hacerle vuestro yerno.*

Habiendo confiado el gobierno de Roma á Agripa, marchó AUGUSTO á visitar las provincias del Ásia, y tuvo la gloria de recobrar, sin el menor combate, las banderas de las legiones de Craso. *Fraates*, rey de los Partos, temiendo las fuerzas del imperio, le envió estos monumentos de una derrota ignominiosa, cuyo acontecimiento se celebró como un triunfo. AUGUSTO

recibió á su vuelta á Roma nuevas pruebas de sumision, así del senado, como del pueblo. Renunciando el consulado, de que habia sido investido por once veces, obtuvo en lugar de este título aéreo, la autoridad consular de por vida, con la presidencia de los cónsules.

Varias leyes que publicó en este tiempo contra el celibato, el adulterio, el divorcio sin causa legítima, y el lujo de la mesa, no solo no produgeron efecto alguno saludable, sino que dieron márgen á las murmuraciones. Poco ó nada pueden las leyes contra el torrente de los vicios. El emperador satisfaciendo los caprichos del pueblo, que no codiciaba mas que pan y espectáculos, con las frecuentes distribuciones de trigo, y las fiestas y juegos repetidos, mostraba menos celo por las costumbres que por su interés personal. Este era el medio de desvanecer los recuerdos de la antigua libertad, y de sofocar el sentimiento de la esclavitud presente.

Es muy singular que AUGUSTO, despues de haber contribuido á envilecer el senado, hubiese emprendido la obra de restablecerle en su antiguo lustre. El único medio para conseguirlo, era el de disminuir el número de los senadores, escluyendo á aquellos, que por su nacimiento ó su conducta no eran acreedores á este rango; y así, de mil que eran, los dejó reducidos á seis-

cientos. Pero como los que mas apetecen los honores, son los que menos los merecen, esta reforma dió márgen al descontento y á la intriga.

El emperador, que llevaba siempre interiormente la coraza cuando se presentaba en público, se habia guarnecido de otra defensa, asociándose á Agripa en el poder tribunicio, y designándole por sucesor; y como á pesar de esto manifestaba aun alguna inquietud, los senadores le propusieron que guardarian por turno su persona. El jurisconsulto *Labeon*, que era republicano, interrumpió la deliberacion con esta chanza: *yo soy un dormilon, no conteis conmigo.* Algunos de los descontentos fueron castigados de muerte.

La de Agripa, á la vuelta de una espedicion á la Pannonia, fue una pérdida irreparable para el imperio. Los dos hijos *Cayo* y *Julio*, habidos en Julia, que lo eran ya adoptivos de Augusto, estaban aun en tierna edad, y así el emperador hubo de poner los ojos, bien á su pesar, en *Tiberio*, hijo de su muger *Fulvia* y de su primer marido. Obligóle á repudiar una esposa que amaba, para casarle con su hija *Fulvia*, cuyos vicios y desenvoltura eran públicos en Roma. Obedeció Tiberio con cierto aire de satisfaccion, porque la sed del poder y la grandeza sofocó en su

corazon todos los sentimientos del honor y de la decencia.

Los Germanos, pueblo libre y belicoso, que desde la invasion de los cimbrios habian concebido el proyecto de pasar el Rin, y establecerse en un clima mas benigno, causaban alguna inquietud al imperio. Cubrian su pais bosques espesos é inhabitables; y Augusto, que habia pasado tres años en la Galia velando por la seguridad de esta provincia, dejó en ella á *Druso*, hermano menor de Tiberio, que penetró en la Germania por el Océano. Despues de cuatro campañas gloriosas, una muerte prematura detuvo el curso á sus victorias. Tiberio acababa tambien de distinguirse contra los Panonios, los Dacios y los Dalmatas. Enviado á la Germania, reprimió los bárbaros; y el templo de Jano, que hasta el reinado de Augusto no se habia cerrado mas que dos veces, se cerró entonces por la tercera, y por espacio de cerca de doce años no se alteró la paz.

Refieren un rasgo muy notable de la política interesada con que se manejaba siempre el emperador. El liberto *Licinio*, uno de sus hombres de confianza, publicano astuto y cruel, que tenia la Galia oprimida con sus vejaciones, como los tributos se pagaban por meses, y hacia poco tiempo que los que se llamaban antiguamente

Quintilis y Sextilis, habian cambiado estos nombres en los de *Julio* y *Agosto*, valiéndose de la superchería de estos distintos nombres, exigió á los galos el impuesto de cuatro meses en lugar de dos. Quejáronse estos amargamente á Augusto, y cuando trataba de imponer á Licinio el castigo que merecia, le presentó este su tesoro diciéndole: «Para vos solo le he juntado; los galos podian hacer mal uso de sus riquezas contra vos; tomadlas pues." Esto bastó para que pasase Licinio por un hombre honrado. Muchas de las acciones de Augusto tienen un cierto viso de virtud que la persuaden; pero cuanto mas se profundiza su carácter, mas falsedad se encuentra en él.

Augusto en el colmo del poder y de la fortuna, y en medio de los honores divinos que sacrílegamente le tributaban, llegó á probar que no era inaccesible al infortunio. Halló dentro de su propia familia un manantial inagotable de dolor y de afliccion. Su hija *Silvia*, cuyos estravíos ignoraba él solo, llegó á prostituirse con tal publicidad y abandono, que se vió en la necesidad de denunciarla al senado, y condenarla á destierro. Su nieta, del mismo nombre, siguió el ejemplo de la madre, y sufrió la misma pena. Sus hijos adoptivos Cayo y Julio, á los cuales habia querido servir de preceptor, pagaban mal

sus cuidados; y por último murieron léjos de él, uno en Ásia, y otro en Marsella.

Habíase retirado á Rodas su yerno Tiberio, tal vez resentido de la predileccion que Augusto daba á estos últimos, si ya no era irritado por la conducta infame de Julia, y permaneció siete años en esta especie de destierro. Conocíale bien á fondo el emperador para quererle, y sin embargo le adoptó porque lo creyó necesario despues de la muerte de los Césares, y le declaró por su sucesor aborreciéndole.

Un nuevo golpe vino luego á traspasarle el corazon, pues *Cinna*, nieto de Pompeyo, conspiró contra su vida. Fluctuando muchos dias entre el deseo de la venganza, y el temor de hacerse odioso con el rigor, los prudentes consejos de *Livia* le decidieron por fin á perdonar. Llamó á Cinna, reconvínole por su perfidia, y le nombró cónsul haciendo así de él un amigo celoso.

Debe notarse aquí, que la *Era cristiana* vulgar empieza en el año 753 de Roma, que es la época del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, segun la opinion antigua. Los cronologistas modernos colocan esta época cuatro años antes, sin dejar por eso de conformarse con la era vulgar, que nos servirá desde ahora de regla para las datas.

Tiberio y Germánico, hijos del célebre Druso

domaron los Dalmatas y Pannonios, cuya rebelion habia alarmado á Roma. Interrogado uno de los caudillos por Tiberio sobre las causas de la isurreccion, respondió con mucha osadía; *es porque en lugar de pastores que nos defiendan, nos envian lobos que nos devoren* (9). Vino á turbar toda la alegría de esta victoria la funesta nueva de que *Varo* se habia dejado sorprender por los Germanos, cuya provincia estaba mandando. Su compatriota *Arminio*, que á pesar de haberse hecho caballero romano, no dejaba de ser amante de la libertad de su patria, los habia sublevado; y puesto á su cabeza destruyó tres legiones tan completamente, que el general desesperado se quitó la vida.

Cuando llegó la noticia á Augusto, se entregó en los primeros momentos al dolor con tal pusilanimidad, que dicen que se daba la cabeza contra las paredes gritando: *¡Varo, vuélveme mis legiones!* Sin embargo, pasado el primer impulso, envió á Tiberio contra los enemigos, y en dos campañas restableció la tranquilidad. Tiberio, que con su vigilancia y exactitud en la disciplina acababa de adquirir el crédito que su antecesor había perdido por su imprudencia, fue á la vuelta de su espedicion asociado al imperio.

Conservaba Augusto en la vejez toda la ener-

gía de su carácter con la misma pasion por el mando. No dejaba nunca de hacer que se le prorogase la autoridad cuando se acercaba el término de ella, afectando que recibia de la república el poder que la destruía. Hizo decretar que todas las resoluciones de su consejo privado tuviesen la misma fuerza que si emanasen del senado; y ademas nombró un año por sí mismo para todos los cargos, con pretesto de que las elecciones no se hacian tranquilamente: en una palabra, todo estaba pendiente de su voluntad. La pena del crímen de lesa magestad, pronunciada contra los autores de libelos infamatorios, prueba que con los años se iba haciendo cada dia mas severo. Esta ley fue entre las manos de sus sucesores un instrumento de tiranía y opresion.

14. A la edad de 76 años, y despues de un reinado de 44, concluyó AUGUSTO su carrera, con mas espíritu que el que habia mostrado en los combates. Sintiendo acercarse su último instante, *¿no he representado bien mi papel?* dijo á los amigos que le rodeaban. *Pues se acabó la funcion: ya podeis aplaudir.* A la verdad pocos actores le igualaron en el teatro de la ambicion y de la política, pues á fuerza de falsedad y de engaños se aventajó á cuantos le habian precedido. Empero detestando su hipocresía, y

los crímenes con que hizo execrable el triumvirato, es preciso confesar que habiendo Roma de obedecer á un Señor, como era ya indispensable en el estado en que se hallaba, fue muy dichosa en haber encontrado con un Augusto.

Él apagó la hacha de la discordia, esterminando la guerra civil: él restableció la paz y la abundancia: él reanimó la agricultura: él opuso la energía de las leyes al desórden; y él gobernó en fin mas bien como rey que no como tirano. Una de sus primeras máximas era, que no se debia emprender la guerra, ni aventurar una batalla, sin tener mucho que esperar, y muy poco ó nada que temer. A los que obraban de distinto modo decia, que los compararia con aquellos que fuesen á pescar con anzuelos de oro, pudiendo la pérdida de un solo anzuelo causar su ruina.

Las lisongeras alabanzas que le tributaron los oradores y los poetas, prueban sin disputa á lo menos, cuando no sea otra cosa, que protegió las letras, y recompensó los talentos. Dejando á aquellos filósofos austéros, cuyo corazon no es capaz de concebir todo el entusiasmo que la gratitud produce en las almas generosas, el decidir si el incienso, que los *Virgilios* y los *Horacios*, colmados por él de beneficios, le prodigaban, era el del reconocimiento ó el de la adu-

lacion, nadie podrá negar que Augusto debe á estos y otros sabios su nombradía. Sin duda habrá tenido parte la política en la proteccion y recompensas que les dispensó; pero ¿en dónde se podrian colocar mejor que en unos hombres, que despues de haber sido el encanto de sus contemporáneos, arrastran aun tras sí la admiracion de los siglos, á pesar de que muchas de las bellezas de sus obras, y especialmente la de la prosodia, son perdidas para los modernos?

CAPÍTULO II.

Tiberio.

14. Este príncipe, de la antigua casa de los Claudios, reunia en la edad de 55 años á su mucho espíritu, capacidad y esperiencia, una alma negra, desconfiada, cruel y pérfida. El disimulo con que ocultaba sus sentimientos, aumentaba su fiereza. Sus primeros pasos le dieron á conocer por un tirano tan falso como sanguinario. Habia adoptado Augusto uno de los hijos de Agripa, desterrándole despues porque no habia descubierto en él mas que los vicios de un alma atroz y fementida. Tiberio le hizo asesinar, amenazando despues al asesino de que le entregaria á la justicia.

Viósele manifestar una deferencia estraordinaria al senado, consultarle, estender aun su autoridad, y transmitirle el derecho de eleccion que continuaba ejerciendo el pueblo, á lo menos en la apariencia. Honraba á los cónsules, respetaba las leyes y las costumbres, hacia que se administrase justicia, aliviaba á las provincias y decia, *que el buen pastor debia esquilar y no desollar sus reses*; y por último mostraba sufrir pacientemente hasta los rasgos de la maledicencia y de la sátira. Esta prudente conducta nacia probablemente del temor de verse suplantado por *Germánico*, que se estaba distinguiendo en la Germania. Pero el tirano, luego que pudo soltar la rienda á sus pasiones, se quitó la máscara.

Habiendo pasado Germánico á la Galia, donde era necesaria su presencia, se amotinaron sus legiones mientras estaba ausente. Adorábanle los soldados, y esperaban verle pronto disputar á su cabeza el trono al tirano; pero el jóven príncipe preferia el deber á la fortuna. A las primeras noticias del tumulto vuela á reprimirle y encuentra las tropas tan enfurecidas, que no escuchan sus reconvenciones ni sus ruegos. Levanta el brazo para herirse con su propia espada, y uno de los amotinados le presenta la suya diciéndole: *esta es mejor*. A pesar de este esceso de rabia, apagó la sedicion mezclando la

dulzura con la firmeza. Los soldados para espiar su delito, claman porque los lleve á los Germanos: atácanlos y los destruyen. Una gran victoria ganada por *Arminio* consternó de tal suerte á estos bárbaros, que se lisonjeaba Germánico de subyugarlos en poco tiempo. Devorado TIBERIO por las sospechas, y disimulándolas siempre, le llamó como para proporcionarle el descanso, y colmarle de honores.

Germánico á su vuelta obtuvo el de un magnífico triunfo; pero cuanto mas amor y veneracion le mostraba el pueblo, tanto mas se encarnizaba contra él el ódio secreto del emperador. Para alejár de sí un objeto tan aborrecible, y conducirle á su ruina, le envió á mandar al Ásia, en la cual se habian alborotado algunas provincias, y la fidelidad de las tropas no le era sospechosa, confiriendo al mismo tiempo el gobierno de la Siria á *Pison*, que era muy á propósito para un gran crímen. Germánico hizo en el Oriente todo cuanto se podia esperar de un príncipe amable, hábil y valeroso. Restableció la tranquilidad, y desempeñando su comision cautivó todos los corazones. Pero al llegar á Siria, encuentra á Pison tan indócil y arrogante, como fieles y sumisos á los naturales. Este gobernador contraría sus miras, y desprecia sus órdenes, en términos que Germánico tuvo al fin que man-

darle que se retirase. Cayó gravemente enfermo el príncipe de allí á poco tiempo, y murió en Antioquía, creyéndose envenenado por Pison, y conjurando á sus amigos á que procurasen vengar su muerte.

Manifestaron todos, asiáticos y romanos, el mas vivo dolor; todos parecia que habian perdido su padre, su única esperanza. Intentó Pison volver á entrar en su gobierno, pero fue arrojado de él, y se vió obligado á regresar á Italia, en donde le esperaban sus acusadores. Hubiera querido Tiberio parar el golpe, porque la muerte de Germánico, en medio de la desolacion general que habia causado, y de la cual fingia participar, llenaba de gozo su pérfido corazon. Mas como se sospechaba que él era el principal autor de aquel atentado, no pudiendo detener el curso á la justicia, y queriendo mostrarse imparcial, envió el negocio al senado, dando no obstante á entender que no aprobaba la escesiva animosidad con que se desencadenaban contra el acusado.

Produjéronse algunas pruebas del delito; y viendo Pison que Tiberio no daba la menor señal de interés ni de piedad, se retiró desesperado, y escribiendo al emperador que amparase sus hijos, le hallaron al dia siguiente muerto en su propio cuarto. Creyeron algunos que

Tiberio le habia mandado matar, por miedo de que exhibiese para su justificacion las órdenes que le habia dado contra Germánico.

El carácter tétrico y sombrío del emperador, sus discursos equívocos, su gran disimulo, y la soledad en que vivia, procurando evitar hasta las miradas, aumentaron el temor y la desconfianza. El grande abuso de las delaciones hacia temblar á los ciudadanos: una palabra, una chanza inocente, un gesto mal interpretado, eran crímenes de lesa magestad. Un pretor anciano estuvo á pique de ser condenado, porque, para satisfacer una necesidad natural, no se habia quitado el anillo en que estaba retratado el emperador. Un caballero romano, viendo á Druso gravemente enfermo, y creyendo próxima su muerte, hizo unos versos en su elogio, y cometió la imprudencia de leerlos en una tertulia: denunciáronle al senado, y fue condenado al último suplicio.

La mansion de Roma llegó á hacerse insoportable para el emperador, como que sus vicios se veían allí mas de cerca, y no podia soltarles enteramente la rienda. La libertad, de la que apenas quedaban vestigios, y las humillaciones de la adulacion, le incomodaban igualmente; y ademas no podia sufrir la altivez de su madre Livia, á quien debia el imperio. Así dejó á Ro-

ma para siempre, no llevando en su compañía mas que un senador, algunos caballeros, y un corto número de letrados griegos, cuya sociedad le divertía. Prohibió á todos que fuesen á turbar su reposo: y no encontrando en la Campania la soledad inaccesible que apetecia, se retiró á la Isla de Cáprea, que sus vicios y furores han hecho célebre. Apartado allí de los hombres y de los negocios, procuró sostener y alentar la vejez por cuanto el vicio pudo inventar de abominable.

Un ministro, tan malvado como él, habia llegado á adquirir un imperio absoluto sobre su corazon, á pesar de ser tan suspicaz que todo le hacia sombra. Era este *Seyano*, que de simple caballero habia llegado por sus intrigas al colmo de la fortuna; y no contento aun, dirigia sus miras al lugar que ocupaba su dueño. Habiendo obtenido el cargo de Prefecto de las cohortes pretorianas, le pareció que podia sacar grandes ventajas de este mando militar de poca consideracion entonces. Con pretesto de establecer la disciplina, reunió en un campo todas las cohortes que estaban dispersas en Roma y en las ciudades inmediatas, teniendo de este modo á sus órdenes un ejército, tanto mas á propósito para sus intentos, cuanto estaba acampado á las puertas de la capital.

Aunque la familia imperial era numerosa, tuvo la osadía de intentar su esterminio para elevarse sobre sus ruinas. *Druso*, hijo del emperador, á quien aborrecía personalmente, fue su primera víctima. Sedujo á su muger, la ofreció casarse con ella y elevarla al trono, y un veneno lento puso fin á los dias de aquel desgraciado príncipe. Tres hijos de Germánico, á quienes como á su madre Agripina pasaba la sucesion, esperimentaron tambien á su turno la maldad de Seyano. No perdonó medio alguno para perderlos, ya apostando espías que vigilasen sus pasos, ya armándoles ocultos lazos, ya denigrándolos con calumniosas delaciones. El emperador escribió al senado contra ellos, y Agripina y su hijo mayor fueron desterrados como enemigos de la patria, y el hijo segundo encerrado en una estrecha prision.

Hecho Seyano ya mas dueño del imperio que el emperador mismo, no le faltaba sino dar un solo paso para coronar tantos crímenes, que era el de deshacerse de Tiberio y usurpar el poder. Formó en efecto el designio; pero un aviso secreto impidió la ejecucion, haciendo abrir por fin los ojos á Tiberio.

No atreviéndose éste en los primeros momentos á declararse abiertamente ni usar de rigor, se valió del artificio, y llenando á Seyano de

caricias, nombrándole cónsul, le alejó de sí de un modo honroso. Pasó Seyano á Roma; y Tiberio, despues de haber observado con él una conducta ambigua, halagándole unas veces, y dándole otras algunas muestras de resentimiento, escribió por último al senado contra él por medio de *Macron*, nuevo Prefecto de las guardias pretorianas. Apenas se leyó la carta en el senado, cuando Seyano fue preso, sentenciado al último suplicio y ejecutado, echadas sus estátuas por tierra, y hasta sus hijos condenados á muerte.

Lisonjeábase el público en vano de que con la muerte del favorito se templaria la tiranía algun tanto. El emperador, desplegando toda la ferocidad de su carácter, hizo olvidar las atrocidades cometidas hasta entonces. La vida de los ciudadanos era un juguete para su crueldad; no bastaba darles la muerte, si no iba acompañada de alguna circunstancia atroz. Habiéndose quitado la vida á sí propio, uno de los muchos desgraciados, dijo con despecho: ¡*se me ha escapado*!

La anciana madre de *Fusio*, amigo de Seyano, padeció el suplicio por haber llorado la muerte de su hijo. Cometíanse estos asesinatos jurídicos por sentencias del senado, hasta que Tiberio, cansado al fin de la lentitud de los jui-

cios, mandó que se quitase la vida á todos cuantos estaban presos por la causa de Seyano.

Continuaba el viejo emperador, en medio de tan sangrienta barbarie, su vida disipada, ocultando su conducta á los ojos del público. Cayó por fin enfermo de una gran debilidad, y Macron, creyéndole muerto, se apresuró á hacer que los soldados proclamasen á *Cayo*. Volvió sin embargo en sí el enfermo; mas el pretor, temiendo como todos el furor de su venganza, mandó que le ahogasen entre los colchones. Murió pues TIBERIO á los 78 años de edad y 23 de reinado, tan generalmente aborrecido, que faltó poco para que el pueblo insultase su cadáver. Los rasgos de prudencia, de generosidad y de justicia, que se encuentran esparcidos en su reinado, no pueden hacer menos odiosa su memoria; porque la maldad y el engaño aleve dominaron en su conducta, y porque con mucho talento tenia un corazon depravado.

CAPÍTULO III.

CAYO CALIGULA.

37. CAYO, llamado comunmente CALIGULA por los modernos, era el ídolo del pueblo romano, en calidad de hijo de Germánico. Mas

como el mérito no siempre se hereda, antes por el contrario rara vez la gloria de los hombres grandes deja de ser empañada por sus sucesores, de blando y suave que era antes de su elevacion, se convirtió en un mónstruo en la grandeza. Manifestó al principio de su reinado algun respeto por la virtud; mas bien pronto se entregó á todo género de crímenes. Bañado en la sangre de Tiberio y de Macron desde los primeros pasos, no se avergonzó CALÍGULA de cometer los escesos mas horrorosos. Lo único de que se sonrojaba era de tener por abuelo al gran Agripa, cuyo nacimiento habia sido oscuro. Representó el papel de todos los dioses, haciendo que le adorasen, tan pronto por Júpiter, como por Juno, Baco, Hércules &c. En fin, por un delirio, de que no hay ejemplo, dicen que trató á su caballo como á un favorito, y que pensó en elevarle al Consulado.

Toda la crueldad que puede imaginarse está encerrada en algunas palabras de CALÍGULA: *Hiere de modo que se sienta morir.* — *¡Pluguiera al cielo que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza, para cortársela de un solo golpe!* — Un dia, riéndose á carcajadas delante de los cónsules; *Estaba pensando*, les dijo, *que á una sola mirada os puedo hacer degollar á entrambos.*

Por muy envilecidos que estuviesen los romanos, era imposible que sufriesen pacientemente una tiranía tan afrentosa, y ejercida por un hombre tan estravagante. Apelaron pues á la conspiracion, y *Cherea*, tribuno de una cohorte pretoriana, libró á Roma de este mónstruo, sin librarla de los vicios que la calamidad suele perpetuar. Murió el tirano asesinado en el cuarto año de su reinado.

CAPÍTULO IV.

Claudio.

41. Muerto Calígula, pretendia Cherea juntamente con los senadores restablecer la república; mas los soldados querian un emperador, por las ventajas que les resultaban del poder militar. Claudio, hermano de Germánico, y tio de Calígula, lejos de aspirar al imperio, no pensaba mas que en salvar la vida y ocultarse. Descubriéndole un soldado por casualidad, le proclamó, haciendo lo mismo otros que llegaron á la sazon, y, bien á su pesar, le prestaron todos el juramento de fidelidad. Vióse el senado obligado á reconocerle por emperador, y Cherea fue condenado á muerte.

Claudio, sin embargo de que tenia mas de

cincuenta años, estaba aun, como si dijéramos, en cierta especie de infancia. Su risa tonta, su aire atado, y los modales ordinarios, anunciaban en él la ineptitud y la fatuidad. Estos defectos le habian atraido la aversion de sus parientes, y solo Augusto le habia mirado con bondad, sin poder emplearle en ninguna cosa.

Dulce por naturaleza, podia á lo menos hacerse querer, y en efecto lo logró en un principio, siguiendo una conducta diametralmente opuesta á la de su predecesor. Quemó dos memorias, intituladas *La Espada, y el Puñal*, en las cuales habia sentado aquel mónstruo los nombres de los que destinaba al suplicio. Parecia que la clemencia y la humanidad habian sucedido á la barbarie; pero no se debe tener nunca mucha confianza en una cabeza débil, capaz de recibir todas las impresiones, y que se presta indistintamente al bien ó al mal, segun los consejos de los que la dirigen y gobiernan.

Su detestable esposa *Mesalina* ganó toda su confianza, juntamente con unos criados que no conocian el pudor, como un *Narciso*, un *Palas* y otros libertos, cuya opulencia no podia ser mas que el fruto del crímen. No tardaron mucho tiempo los romanos en conocer cuán terrible es la autoridad en semejantes manos: los libertos lo vendieron todo, y Mesalina procuró

servirse de ellos para llevar á cabo sus designios.

Esta princesa execrable, cuyo nombre solo es un oprobio, estaba apasionada de *Silano* su cuñado, y no pudiendo seducirle, tramó su ruina. Concertado el medio con Narciso, entró éste una mañana muy temprano en el cuarto de Claudio, diciéndole como espantado, que habia visto en sueños á Silano dándole de puñaladas: apoyó Mesalina el enredo, asegurando que habia tenido muchas noches el mismo sueño; y llegando á esta sazon Silano, á quien capciosamente habian enviado á llamar, el tímido Claudio creyendo ver en él su asesino, le hizo dar muerte sobre la marcha.

Este sangriento atentado produjo una conspiracion, y el mismo Claudio juzgó á los cómplices en el senado. En esta ocasion fue cuando *Arria*, muger de *Peto*, personage consular envuelto en la conjuracion, mostró un valor singular. Aconsejando á su marido que se anticipase la muerte que no podia evitar, como le viese irresoluto, se clavó un puñal en el pecho, y volviéndole á sacar se le presenta diciéndole: *Peto, esto no hace daño.* Siguió entonces el marido su ejemplo.

Parecerá increible que Claudio hubiese llegado á formar ningun proyecto de ambicion ni de

conquista; mas sin embargo emprendió la de la Gran Bretaña, en donde César no habia hecho mas que presentarse. Los primeros resultados de *Plaucio*, que fueron favorables, animaron al emperador, que quiso ponerse al frente del ejército; y pasando á la Gran Bretaña, permaneció en ella por espacio de diez y seis dias, tomó algunas fortalezas, y volvió á Roma en triunfo. Plaucio al cabo de cuatro años de guerra, redujo á provincia romana una gran parte de la isla del lado del Támesis.

Sucedieron á las espediciones militares, de que Claudio hacia un gran caudal, los cuidados interiores del estado. Tomó el título y la cualidad de censor, siendo algunos reglamentos ridículos el fruto de sus trabajos. Añadió tres letras al alfabeto, cuya reforma, que él consideraba de mucha importancia, no duró mas que su reinado. Pero en medio de estas simplezas se hallan algunas sábias instituciones, que por desgracia era preciso que participasen del desprecio con que su autor era mirado.

Mientras que el príncipe se ocupaba en el gobierno, ó lo parecia, Mesalina, dueña absoluta de él, soltaba pública y descaradamente las riendas á su procaz libertinage. Enamorada de *Silio*, y no contenta con haberle obligado á repudiar á su esposa, que era de la primera distincion, se

casó con él solemnemente durante un viage de CLAUDIO á Ostia. El estúpido emperador llegó á saberlo por los libertos, á quienes Mesalina con poca prudencia habia irritado.

Cuando le dieron esta noticia, esclamó: *¿soy aun emperador?* mas procuraron tranquilizarle. Silio, y otros varios cómplices de la lascivia de Mesalina, sufrieron la muerte, que hubiera ella tal vez evitado, si Narciso temiendo la debilidad del emperador, no hubiera dado órden de que la quitasen la vida. Mostróse CLAUDIO tan indiferente por este acontecimiento, que no dió la menor señal de gozo ni de tristeza.

Tres mugeres llevaba ya, y sus criados, que mas bien se pueden llamar sus amos, le decidieron á tomar la cuarta. Su sobrina *Agripina*, hija de Germánico, viuda de *Domicio Ahenobarbo*, obtuvo la preferencia por los buenos oficios de Palas, que era uno de sus amantes. Escrupulizaba CLAUDIO algun tanto por el parentesco; pero un cortesano salvó esta dificultad por medio de la aprobacion del senado.

El gran fin que llevaba Agripina era el de mandar, y proporcionar el imperio á su hijo el jóven *Domicio*, conocido despues bajo el nombre de Neron.

Destierros, venenos, asesinatos, y todas las abominaciones del crímen, la libraron de aque-

llas personas que podian trastornar sus proyectos. Casó á su hijo con *Octavia*, hija del emperador, y fraguó que éste le adoptase en perjuicio de *Británico*, hermano de Octavia. El célebre filósofo *Séneca*, desterrado por el crímen de adulterio con una princesa, le pareció muy á propósito para corregir la mala educacion de Neron, y así obtuvo su vuelta á Roma. Puso al frente de las guardias pretorianas á *Burrho*, capitan virtuoso y esforzado, de cuya gratitud y reconocimiento no dudaba. CLAUDIO, que no tenia mas voluntad que la de Agripina, la dejó hacer todo cuanto quiso, si bien algun tiempo despues se mostró arrepentido del perjuicio que habia hecho á Británico. Pasó aun mas adelante, soltando algunas amenazas contra su esposa; pero esta trató de precaverse dándole un veneno. Murió Claudio á la edad de sesenta y tres años.

CAPÍTULO V.

NERON.

54. Tuvo Agripina oculta la muerte de Claudio, mientras tomó las medidas que exigian las circunstancias. Burrho hizo que las legiones pretorianas reconociesen á NERON por emperador, y el senado se apresuró á seguir su ejemplo. Colocaron en el rango de los dioses al estúpido

príncipe, á quien acababan de envenenar, y Neron pronunció su oracion fúnebre, en la cual ensalzó su prudencia y sabiduría. Este elogio hizo reir á toda la asamblea, por mas que saliese de la boca del emperador. Séneca, autor de él, compuso una sátira contra la divinidad de Claudio.

Neron, enemigo del trabajo, debió su primera reputacion á las tareas de Burrho y de Séneca, que hicieron cosas escelentes en su nombre. Recobraron los tribunales su autoridad, y desaparecieron los rigores de la tiranía por algun tiempo. Varias espresiones de Neron, que no respiraban mas que humanidad y dulzura, acabaron de prendar los corazones. *Quisiera no saber escribir*, dijo un dia al firmar una sentencia de muerte; y otro en que el senado le manifestaba su reconocimiento, respondió: *cuento con él para cuando le merezca*. Su reinado no obstante, no por eso fue menos horroroso, porque los ministros que tanto bien habian hecho al principio, no pudieron inspirar á su Señor los sentimientos que abrigaban en sus pechos.

Corrompido Neron por los aduladores, que nunca le faltan al poder, desdeñaba á su esposa para entregarse en los brazos de una liberta, sin que sus dos ministros contrariasen esta pasion, por temor de otras consecuencias mas fatales.

Empero Agripina, furiosa por haber perdido el influjo que tenia antes sobre su hijo, aprovechó esta coyuntura para romper abiertamente con él, amenazándole que se declararía en favor de *Británico*, que hallándose en la edad de 13 á 14 años podría llegar á ser bien pronto un poderoso rival. Soltando entonces Neron la rienda á la venganza, hizo envenenar á Británico en un festin á su presencia y la de su madre. Clamó Agripina altamente contra este atentado, y la echaron de palacio, acusándola despues del crímen de alta traicion; pero habiéndose justificado, se apaciguó con el crédito aparente que volvió á recobrar.

Neron despues de tan negra maldad y tan á sangre fria cometida, holló todos los respetos y miramientos del bien parecer, hasta correr por las calles de noche con otros libertinos, insultando á unos, robando á otros, esponiéndose á mil ultrajes, recibiendo algunos golpes sin ser conocido, y haciendo alarde de sus bajezas. La liviandad de una muger abortó despues nuevos crímenes.

Brillaba entonces *Popéa* en Roma, por su hermosura, sus gracias, sus talentos y riquezas, y porque era una muger tan admirable como puede serlo la que no es virtuosa. *Othon*, hombre sin principios ni vergüenza, no contento con

seducirla, la habia hecho divorciar de su marido, casándose luego con ella. Vióla NERON; quedó prendado de ella, y al momento aspiró Popéa al lecho imperial.

Previendo que Agripina no sufriría que su hijo repudiase á Octavia, resolvió su ruina; y no pareciendo el hierro ni el veneno muy á propósito para un crímen que convenia sepultar en las tinieblas, adoptó, de acuerdo con NERON, el medio propuesto por un liberto, que fue el de construir un barco, de modo que desarmándose al golpe una parte de él en plena mar, le echase á pique. NERON para hacer á su madre caer en el lazo, empezó á tratarla con la mayor ternura, con lo cual la engañó fácilmente. Fue Agripina á visitarle á Beyes en el barco que queda dicho; mas la máquina no surtió todo el efecto que debia, y mientras que las personas de su séquito se anegaban, pudo Agripina llegar á la orilla. Quedó el emperador tan consternado con esta nueva, que creyendo ya ver á su madre armar contra él los soldados y el pueblo, envió á llamar á Burrho y á Séneca. Titubearon estos al principio; pero al cabo, ya fuese por una pusilanimidad vergonzosa, ó ya por una política abominable, entraron en las infames miras del emperador. Decretóse el parricidio, cuya ejecucion se cometió al liberto *Aniceto*. Agripina dijo al

gefe de los asesinos: *Rasga este vientre que abrigó á Neron*, y espiró á sus golpes.

Pocos malvados tienen una alma tan dura que esté hecha á prueba de los remordimientos. Hasta NERON se vió devorado por ellos, y el terror, junto con los gritos de la conciencia, le redujo casi á la desesperacion, si bien la lisonja pudo disipar la tempestad. Compúsole Séneca una apología, en la cual inculcaba á Agripina como promotora de una conjuracion. El senado, el pueblo y las tropas bien pronto demostraron su alegría por un acontecimiento tan horroroso, mirándole como un asunto de fiestas y de sacrificios. Agripina era un freno para NERON; y así apenas se vió libre de ella, cuando soltó la rienda á sus inclinaciones depravadas sin la menor reserva.

Desde entonces no se le vió pensar mas que en carros, caballos, músicas, comedias, hacer tan pronto el papel de cochero como el de histrion, y pagar una numerosa compañía, destinada únicamente á aplaudirle en estas ridículas farsas. Solo Burrho y Séneca, á pesar de su escesiva complacencia, podian templar con sus consejos la tiranía de NERON. Por desgracia el primero murió, y hubo sus sospechas de que su amo le habia anticipado la muerte. El segundo, previendo su desgracia, quiso evitarla retirándose

de la corte, y ofreciendo al emperador que le dejaría todos sus bienes, que eran inmensos. No quiso Neron consentir en esto último, antes bien le dió nuevas muestras de confianza y amistad, aparentando el mayor sentimiento por su ausencia, pero gozándose en su interior de verle lejos de la corte.

Tigelino, nuevo prefecto de la guardia, no menos malvado que Neron, pasó á ser el ministro de sus crímenes. No contento aun con repudiar y desterrar á Octavia, la hizo degollar, sirviendo su cabeza de presente, por decirlo así, en las nupcias de su infame rival Popéa. Para hacer pasar á Octavia por culpable, llevaron la maldad á colmo: acusóla el liberto Aniceto de adulterio con él, que era el mejor modo de hacer la corte al emperador. Despues de la muerte de Octavia se dieron solemnes gracias á los dioses: ceremonia que seguia siempre á los asesinatos célebres. ¡Así jugaba Neron con los dioses, y se burlaba del género humano!

Atribuyósele un incendio que redujo á cenizas mas de las dos terceras partes de Roma, y se dijo públicamente que él lo habia estado mirando con regocijo desde una torre, cantando un poema sobre el incendio de Troya. Veía con disgusto la irregularidad de Roma, sus calles tortuosas y estrechas, y así la hizo reconstruir con

mas regularidad y hermosura, y menos espuesta á incendios. Elevó sobre las ruinas públicas un soberbio y suntuoso palacio, en el cual brillaban á porfía el oro y las piedras preciosas, y en cuyo recinto se encerraban bosques, lagos, campos, jardines, y todos los primores y riquezas del arte. Cuando Neron le vió concluido, dijo: *ahora empiezo á estar aposentado como un hombre*. Un hombre grande no hubiera tenido necesidad de semejante alojamiento.

Aunque despues del incendio habia prodigado auxilios y socorros al pueblo, la voz pública no dejaba de acusarle, y así trató de justificarse echando la culpa á los que estaban inocentes. Íbanse multiplicando ya los cristianos, pero en la oscuridad y el silencio, y se confundia su santa religion con la supersticion mas grosera. Neron supuso que estos habian sido los incendiarios, y una infinidad de ellos perecieron en los suplicios mas afrentosos. El tirano, sentado en un carro, se complacia en ver estas desgraciadas víctimas devoradas por las bestias feroces ó por las llamas; mas los cuerdos no vieron en tan horroroso asesinato mas que un nuevo medio de satisfacer su atrocidad.

65. Agotó por fin este mónstruo toda la paciencia de sus súbditos, y formaron contra él una conspiracion, á cuya frente estaba *Pison*,

auxiliado de un gran número de ciudadanos ilustres, y de la liberta *Epicharis*, que infundia nuevo valor en los conjurados. Guardaron un secreto inviolable; pero un esclavo lo conjeturó por algunos preparativos que vió hacer á su amo, y los delató. Arrestaron á varios de los culpados, cuya debilidad descubrió á los demas. La cortesana Epicharis sufrió el tormento como una heroina; mas bien pronto corrió la sangre por todas partes.

Séneca, acusado de haber tenido parte en la conjuracion, recibió la órden de morir, y se abrió las venas, bien así como su esposa *Paulina*. No habiendo podido añadir á su testamento algunos legados en favor de sus amigos, *os dejo*, les dijo, *lo mas precioso que me queda; el ejemplo de mi vida*. Mas á pesar de todo su mérito, no será jamás el modelo de verdaderos filósofos, ni el de buenos escritores. Su estilo afectado corrompió el gusto, y su moral fastuosa y austéra fue á cada paso desmentida por sus acciones.

Del mismo modo murió el poeta *Lucano*. Habia incensado á Neron en su Farsalia; pero despues se hizo su enemigo mortal por un resentimiento muy comun en los autores; el príncipe, que tambien se picaba de poeta, habia herido su amor propio, y no pudo disimular esta ofensa.

Sorano y *Trasea*, dos senadores dignos por sus virtudes de la antigua Roma, no pudieron librarse del suplicio. Los crímenes atribuidos al último fueron no haber ofrecido sacrificios por la conservacion del príncipe y de *su divina voz*; haberle criticado por hacer de comediante en el teatro; haberse retirado del senado cuando se leyó en él la apología del asesinato de Agripina, y haberse ausentado cuando se concedieron los honores divinos á Popéa. Este ilustre romano, condenado al suplicio, se abrió las venas sin altерarse, regó el suelo con su sangre, y dijo: *hagamos una libacion á Júpiter libertador*.

Deseoso Neron de ir á ganar victorias teatrales á Grecia, partió con un ejército de músicos y barqueros. Asistió como actor á todos los juegos: ganó 1800 coronas, y creyó haber oscurecido la gloria de los héroes de la república. En reconocimiento declaró libre á la Grecia, que admiraba sus talentos, ó que mas bien adulaba su vanidad; pero esta libertad imaginaria no la eximió de ningun género de vejaciones. Volvió triunfante á Italia, y su entrada en Roma fue tan singular como estraña. El senado, los caballeros y el pueblo en pos de su carro, hacian resonar el aire con las vergonzosas aclamaciones de: *¡viva el vencedor de los juegos olímpicos y de los juegos píticos!* Neron *es otro Hércules*; Neron *es*

un nuevo Apolo. Solo él pudiera haber salido victorioso en todo género de combates, juegos &c. Al mismo tiempo que la tiranía tenia reducidos á los romanos á tan deplorables bajezas, se redoblaba el ódio contra el tirano. Una conspiracion casi general los libró de él bien pronto.

68. Dió *Vindex* la señal en la Galia, donde estaba mandando. Era este un galo de ilustre cuna, y celoso por el bien de su patria, así que no tuvo mucha dificultad en sublevar unos pueblos valientes, esforzados aun en medio de la opresion. Necesitando auxilios, se dirigió á *Galba*, gobernador de España, hombre apacible, moderado, y de las primeras familias de Roma. Sus amigos, con los cuales se puso á deliberar sobre el negocio, le decidieron á tomar las armas; pero un ejército romano derrotó al de *Vindex* cerca de Besanzon, y paralizó el éxito por entonces.

Si el tirano hubiese tenido un poco de espíritu, tal vez hubiera encontrado apoyo; pero lejos de tomar alguna medida eficaz, mostró solo estupidez y cobardía. Abandonado de su guardia, lleno de torpe miedo se fue á ocultar á la casa de un liberto. Reúnese el Senado y le declara enemigo del estado, condenándole como tal, *segun la antigua costumbre*, y proclamando al fin á Galba por emperador. El liberto lleva á su se-

ñor esta infausta nueva, y le esplica *la antigua costumbre*, que era la de atar al criminal á un poste, y azotarle con varas hasta que espirase. No pudiendo soportar NERON la idea de semejante castigo, requirió con mano trémula la punta de dos puñales; pero no se atrevió á herirse, diciendo que no habia llegado aun la hora fatal. No obstante, acercándose dos soldados á cogerle, cobra aliento, lleva el puñal á la garganta, y pide auxilio á su secretario, que en efecto le ayudó á dar el golpe. Así murió este mónstruo, cruel aborto de la naturaleza, á la edad de 30 años, dejando un nombre que encierra todos los crímenes conocidos y por conocer. En él se estinguió la familia de Augusto. ¡Para un Tiberio, un Calígula, un Claudio y un NERON, habia usurpado Augusto el imperio del mundo, y conquistado Roma tantos reinos!

CAPÍTULO VI.

GALBA. OTHON. VITELIO.

68. Estaba GALBA retirado en una ciudad de España, contemplándose perdido y tratando de atentar contra su vida, cuando recibió la noticia de su exaltacion al imperio. Contaba ya mas de 70 años; y por otra parte su rigidez, su avaricia,

y la dureza de su carácter, incapaz de plegarse á las circunstancias, no podian conservar por mucho tiempo una autoridad, que los escesos de sus predecesores habian hecho tan odiosa.

Emprendió sin embargo su marcha por las Galias, acompañado de una guardia española; mas luego que llegó á la Italia, hizo degollar una legion de marina nuevamente creada, que le vino á pedir su confirmacion. Contaban los pretorianos con las sumas que se les habian prometido, ó á lo menos esperaban alguna parte de ellas; mas Galba trató de desvanecer sus esperanzas diciéndoles: *que un emperador escogia sus soldados, y no los compraba.* Por otra parte el pueblo, acostumbrado á los espectáculos y prodigalidades con que Neron procuraba adormecerle, murmuraba de la avaricia de un príncipe que no le proporcionaba las mismas diversiones. Una multitud de ciudadanos, despojados de los empleos y consideraciones que gozaban en el reinado anterior, no podian mirar sin indignacion el trastorno de su fortuna. El ejército de la Germania pedia ya, ó por mejor decir, se proponia nombrar otro emperador, cuyo contagioso ejemplo no tardó mucho en propagarse.

Conociendo Galba sus débiles fuerzas, buscó un apoyo en *Pison*, menos distinguido por su ilustre nacimiento que por sus virtudes, y le

adoptó. Resentido un faccioso de la preferencia que GALBA acababa de dar á Pison, conjuró contra los dias de entrambos. Era este rival *Othon*, marido de Popéa, favorito de Neron antes que su muger hubiese seducido á éste, y cortesano notado por sus desórdenes y por su lujo. Dos soldados sediciosos y osados dirigieron la conspiracion, y el dia señalado condujeron á OTHON al campo de los pretorianos, en donde fue proclamado emperador por la soldadesca, que obligó á los oficiales á seguir su ejemplo. En vano Pison y GALBA intentaron reprimir el desórden, pues fueron degollados, complaciéndose OTHON á la vista de sus cabezas ensangrentadas. Las proscripciones y la crueldad de los sucesores de Augusto, de tal manera habian estinguido la mayor parte de las familias antiguas, que desde GALBA no hubo ningun otro emperador que trajese su orígen de ellas.

Mientras que OTHON, reconocido sin dificultad por el senado, recibia el homenage ordinario de la lisonja, usurpaba otro competidor la autoridad soberana. Las legiones de la Germania habian proclamado emperador antes de la muerte de Galba á su gefe VITELIO. Sus generales *Valente* y *Cecina*, suplieron su incapacidad para sostener la guerra contra OTHON.

Las primeras hostilidades fueron fatales para

Vitelio; pero últimamente la batalla de Bedriac, entre Cremona y Mántua, le aseguró el triunfo. Mas de 400 hombres de una y otra parte perecieron en ella.

Resuelto Othon á no sobrevivir á su desgracia, á pesar de los ruegos de sus amigos y de sus tropas, dió tranquilamente sus órdenes, proveyó, como Caton, á la seguridad de sus partidarios, y se atravesó despues con un puñal á los tres meses y cinco dias de su reinado.

Vitelio, menos digno aun que Othon del imperio, supo en las Galias que el senado, segun la costumbre, le habia conferido el poder supremo. Pasando inmediatamente á la Italia, tuvo el cruel placer de visitar el campo de batalla cubierto aun de cadáveres. Como el mal olor que despedian incomodase á algunos de sus cortesanos, les dijo: *un enemigo muerto huele siempre bien, sobre todo un ciudadano*: palabras execrables, que encierran todo linage de barbarie. Roma no tuvo en él mas que un tirano, anegado siempre en vino y en sangre, y cuya glotonería devoraba sumas inmensas. Semejante reinado, y en un tiempo en que los ejércitos ponian y quitaban los emperadores á su arbitrio, no podia ser de larga duracion, y así fue que bien pronto se vió Vitelio amenazado por *Vespasiano*.

Celosas las legiones de Oriente de que las otras

dispusiesen de todo, quisieron nombrar tambien un emperador. *Muciano*, gobernador de Siria, animó á Vespasiano á aprovecharse de la ocasion. Proclamado por sus soldados en Egipto, en Siria y en Judea, le reconoció todo el Oriente. Púsose en marcha Muciano, precedido de *Antonio Primo*, que iba al frente de los ejércitos de la Mesia, la Pannonia y la Dalmacia. No salió VITELIO del letargo en que yacía, hasta que le despertó el estruendo de las armas. Mandó entonces á sus generales Valente y Cecina, que marchasen contra el enemigo; pero Cecina no era mas que un traidor redomado, y Valente un libertino, cuyo séquito parecia un serrallo. Preséntase Primo á las puertas de Cremona, y gana una batalla, á la cual se siguió la toma de la ciudad, que fue saqueada sin piedad y reducida á cenizas.

Mientras que por todas partes se sometian á VESPASIANO, el imbécil VITELIO, ignorando ó fingiendo ignorar lo que pasaba, continuaba encenagado en la crápula como si estuviera en plena paz, sin disminuir nada de sus banquetes ni de su lujo, prodigando las exenciones y privilegios por el dinero, y disipando sus tesoros en funestos y vergonzosos placeres. Acercábase Primo á Roma entretanto, y VITELIO abrazó entonces el partido mas análogo á su debilidad, que fue el de aceptar las condiciones que le propuso *Flavio Sa-*

bino, hermano mayor de VESPASIANO. Obligóse por ellas á ceder el imperio mediante una pension considerable, con la libertad de acabar tranquilamente sus dias en la Campania. Firmado el tratado se lo fue á leer al pueblo; y despues de haberle recomendado toda su familia con las lágrimas en los ojos, se desciñó la espada, intentando hacer lo mismo con todas las insignias del mando. Enterneció á la multitud este triste espectáculo, y oponiéndose á su resolucion conduce á VITELIO por fuerza á Palacio. Atacan luego á Sabino que se retira al capitolio; sitianle en él las cohortes germánicas, ponen fuego á las puertas, árdese y queda reducido á cenizas el templo de Júpiter, y prenden á Sabino conduciéndole á los pies de VITELIO, en donde le hacen pedazos, á pesar de los esfuerzos que hizo el príncipe para aplacar la enfurecida soldadesca.

Desvanecida toda esperanza de reconciliacion, llega Primo y apodérase de Roma. Celebraban á la sazon las fiestas *Saturnales*, en las cuales reinaba la locura y el desenfreno; y *Tácito* afirma que la carnicería y el horror de esta jornada no fueron bastantes á suspender ni interrumpir las diversiones populares. VITELIO sorprendido en la habitacion de un esclavo, en la cual estaba oculto, sirvió de juguete al mismo pueblo que acababa de mostrar por él tanta adhesion. Apa-

reció en la plaza pública como el criminal mas infame con una cuerda al cuello, las manos atadas á la espalda, y los vestidos ignominiosamente desgarrados. Llenáronle de insultos y de inmundicia, hiciéronle espirar entre mil tormentos, arrastraron su cuerpo por las calles, arrojándole despues al Tiber, y pusieron su cabeza en la punta de una lanza. ¡Qué fin para un empedor! Así es que cuando en un estado, por civilizado que sea, llega una vez la licencia y el desenfreno á romper los diques de la moral y de las leyes, ofrece espectáculos que apenas podrian parecer creibles en el reinado de la mas estúpida barbarie.

CAPÍTULO VII.

VESPASIANO.

69. VESPASIANO, modesto, laborioso, y entregado constantemente al gobierno del estado, dedicó todos sus desvelos al restablecimiento del órden, conteniendo á las tropas en los límites de la subordinacion, restituyendo al senado su antigua dignidad, reformándole y pasándole todos los negocios que eran de su atribucion. Hizo algunos reglamentos favorables á la administracion de la justicia; reprimió el lujo de los banquetes;

especialmente con el ejemplo, mas eficaz que lás leyes; opuso al desenfreno de las costumbres instituciones sábias y prudentes; y en una palabra, el bien público fue el ídolo de todos sus deseos, y la ocupacion de todos los momentos de su existencia.

Enmedio de esto no ha faltado quien le acuse de tener apego al dinero. Desaprobando su hijo *Tito* no sé que impuesto sobre los orines, el emperador le presentó la primera suma que habia producido, diciéndole: *¿te huele mal este dinero?* Sus apologistas le justifican de esta imputacion alegando lo apurado de las circunstancias, lo exhausto que se hallaba el tesoro, y el buen uso que hizo siempre de sus rentas.

La Judea reducida por Augusto á república del imperio romano, ardia en frecuentes alborotos y levantamientos, causados especialmente por el fanatismo, que al cabo condujo á los judíos al último estremo. Creíanse destinados á someter á todas las demas naciones, y desconociendo al Mesías anunciado por sus profetas, y cuyos misterios se habian cumplido, esperaban de dia en dia en su lugar un libertador. Cualquiera que se presentaba como tal estaba seguro de causar una sublevacion. Los fariseos graduaban de idolatría todo aquello que no se conformaba con sus ideas y prácticas religiosas, y así miraban con horror

las banderas de las legiones romanas, y la imágen de los Césares estampada en ellas.

70. VESPASIANO habia sido enviado por Neron para sujetar á los judíos, y no le faltaba mas que tomarles la capital cuando le proclamaron emperador. Su hijo mayor *Tito* continuó y terminó la guerra con el sitio de Jerusalem. La ruina de esta ciudad no fue tanto obra de los romanos, como de los mismos judíos. Divididos entre sí, encarnizados los unos contra los otros se degollaban mútuamente. La discordia renovaba la carnicería á cada paso, y hasta los mismos *celadores*, formando diferentes partidos, se despedazaban con tanta rabia y furor como podian hacerlo con los romanos. La hambre que sobrevino acabó de completar los horrores, matando las madres á sus propios hijos para devorarlos. En fin Tito, despues de haber apurado inútilmente todos los medios de la dulzura, tomó la plaza por asalto. El famoso templo fue presa de las llamas, y Jerusalem sepultada bajo sus ruinas.

VESPASIANO enfermo, y ya casi moribundo, quiso levantarse de la cama, diciendo: *un emperador debe morir en pie*: ¡tan grabados estaban en su alma los deberes de la soberanía! Espiró de allí á poco á la edad de 59 años. Superior á las superticiosas vulgaridades de su tiempo solia burlarse de los presagios que llenaban á los

ctros de terror y espanto. Con motivo de la aparicion de un cometa con larga cabellera, que es lo que llamamos comunmente cola, dijo: «Si »este astro amenaza á alguno, será sin duda al »rey de los partos, que tiene una gran mata de »pelo, y no á mí que soy calvo." No obstante creía en la astrología judiciaria.

Los historiadores colocan en su reinado el último censo, y pretenden que entre el Po y el Apenino se hallaron ochenta y una personas que pasaban de 100 años, de las cuales ocho tenian mas de 130, y tres 140.

CAPÍTULO VIII.

TITO.

79. TITO no reinó mas que para hacer la felicidad y la gloria de sus súbditos. Lejos de entregarse á la embriaguez del poder supremo, sacrificó sus gustos y sus inclinaciones al deber, luego que tuvo á su cargo la suerte de los hombres. Despidió á *Beremie*, hija del rey judío *Agripa*, á quien amaba con la mayor ternura, haciendo tan costoso sacrificio únicamente por no aparecer reprensible á los ojos de los romanos casándose con una estrangera. El deseo de hacer el bien era en el emperador una pasion tan

dominante, que *el dia* que no hacia algun beneficio, decia á sus amigos, que *era perdido*. Las gracias distribuidas á los cortesanos sin merecimiento pueden ser una carga onerosa para el pueblo, y ciertamente no se deberia admirar tanto la generosidad de Tito si no hubiese sabido hermanarla con la economía, y si dando á unos no se hubiese ocupado del interés de todos. Tito al tiempo de tomar la investidura del pontificado, hizo la advertencia de que se creía obligado á no manchar jamás sus manos con la sangre romana, y en efecto no derramó ni una sola gota. Perdonó siempre, ó no castigó sino con clemencia. Hasta el brutal *Domiciano*, su hermano y su enemigo, tuvo parte en sus beneficios. Sentó á comer á su mesa á dos Patricios, convencidos de conspiracion, que el Senado acababa de condenar al último suplicio. Severo únicamente para con los delatores, procuró prevenir los males que podian ocasionar.

Un príncipe tan eminente, á quien llamaban á una voz *las delicias del género humano*, murió á los cuarenta años de edad despues de dos de reinado, dejando el imperio á un mónstruo, que estaba destinado que le habia de oprimir por largo tiempo. ¡Tal es, por uno de los inescrutables juicios de la providencia, la deplorable suerte de algunos pueblos!

El acontecimiento mas señalado del reinado de Tito fue el incendio del monte *Vesuvio*, que en una erupcion redujo á cenizas las dos ciudades de el *Herculano* y *Pompeya*, sepultándolas bajo la laba y otras sustancias fundidas que vomitó el volcan. *Plinio* el naturalista, que mandaba la flota de Miseno, quiso observar de cerca este terrible fenómeno, y fue víctima de su curiosidad, pues le costó la vida. Jamás hombre alguno habia mostrado tanta pasion por el estudio: en la mesa, en el baño, de viage, y hasta por las calles de Roma iba siempre ocupado en él y trabajando. Persuadido de que no habia libro por malo que fuese, del cual no se pudiera sacar alguna utilidad, todo lo leía. Su historia natural es un prodigio de erudicion.

CAPÍTULO IX.

Domiciano.

81. Domiciano, hermano de Tito, fue el mas abominable de todos los tiranos. La crueldad y la locura frenética constituyen su carácter. Se entretenia en matar moscas en su cuarto, y se divertia tambien haciendo matar á los hombres. Reunió un dia á los senadores y caballeros mas principales en una sala colgada de negro; les dió

de comer enmedio del aparato de la muerte; los envió á sus propias casas en la firme persuasion de que iban á ser sus víctimas; y por último despues de haberse divertido á costa de sus lágrimas y sus temores, acabó por consolarlos enviándoles varios presentes.

Una sublevacion en la Germania que se apaciguó bien pronto, presentó al tirano la ocasion de desplegar todo su furor. Desde entonces miró como crímenes el nacimiento, las riquezas, los honores, y hasta las virtudes mismas, recompensando á los delatores con el consulado, el sacerdocio, y las intendencias mas lucrativas. Corrompia los esclavos para inducirlos á que acusasen á sus amos, como á los amigos para transformarlos en enemigos. Perecieron como reos de lesa magestad los ciudadanos mas respetables, siendo el senado su juez, ó por mejor decir el instrumento forzado de la tiranía. Las costumbres apacibles de los cristianos, la vida retirada que hacian, la fraternidad con que se unian y estrechaban, y el misterio con que cubrian sus ritos y ceremonias, no podian menos de llamar la atencion de un tirano tan suspicaz como cruel. Así los persiguió de muerte, en particular á los de mas alto rango, entre los cuales se cuentan algunos de su propia familia.

Sufrió al cabo la suerte general de todos los

tiranos. Formóse dentro de su mismo palacio una conspiracion, á cuya cabeza estaba su propia muger, y fue asesinadó. El senado hizo derribar sus estátuas; mas los soldados querian proclamarle como un Dios, porque los habia colmado de dones.

Agrícola, suegro del historiador *Tácito*, y uno de los primeros hombres de su siglo, ilustró este reinado por su conducta, y sus espediciones á la Gran Bretaña, á donde habia sido enviado á mandar por Vespasiano. Consolidó y afirmó la obediencia y sumision de los pueblos ya subyugados, gobernándolos con humanidad y justicia, y dulcificando la ferocidad de las costumbres con el aliciente de las artes y de las comodidades de la vida. En siete campañas estendió considerablemente sus conquistas. Habiendo derrotado á los Caledonios al norte de la Escocia, estaba á punto de subyugar toda la isla, cuando le llamó Domiciano envidioso de su gloria. Modesto siempre, circunspecto y reservado, supo Agrícola librarse de la desgracia que perseguia entonces la virtud y el mérito, y murió tranquilo en su lecho. En su testamentó dictado por la política, instituyó al príncipe por heredero, en union con su muger é hija, de lo cual se pagó mucho Domiciano, interpretándolo como una muestra señalada de estimacion. *La adulacion*,

dice Tácito, *le habia cegado y trastornado de tal manera, que no conocia que un buen padre no puede dejar por heredero sino á un mal príncipe.*

Al concluir este artículo diremos dos palabras del célebre pitagórico *Apolonio de Tyanea*, que tan gran papel hizo en tiempo de los últimos emperadores. Este filósofo no fue mas que un entusiasta atrevido, celoso, austéro, vano, muy capaz de deslumbrar á la gente sencilla con profecías y milagros aparentes. Despues de sus viajes á las Indias y á la Arabia, volvió á Roma en tiempo de Neron, por satisfacer la curiosidad, segun decia, de ver *que especie de animal era un tirano.*

Tuvo algunas conferencias con Vespasiano en Alejandría, y le dió escelentes consejos, en particular este: «no trateis de enriqueceros car»gando el pueblo de contribuciones; el oro com»prado con las lágrimas de vuestros súbditos »sería un oro falso y funesto. El mejor uso que »podeis hacer de las riquezas, es el de socor»rer á los pobres, y conservar á los ricos sus »legítimas posesiones. Que sea la ley la que »os mande, y estableceréis buenas leyes, sien»do vos el primero que os sometais á ellas."

CAPÍTULO X.

NERVA.

96. NERVA, en quien habian puesto los ojos los conjurados para reemplazar á Domiciano, era un venerable anciano lleno de virtud, pero tímido y débil, bien fuese por su carácter, ó por los años. Esto dió márgen á un consular para decir: *es una desgracia el haber de obedecer á un príncipe bajo el cual nada se permite á nadie; y lo es tambien que todo se permita á todos.* Señalóse sin embargo poniendo en libertad los presos de estado, llamando á los desterrados, y castigando á los delatores con mas severidad aun que Tito que los aborrecia, llegando hasta prohibir por edictos que se intentasen acusaciones del crímen de lesa magestad. Prometió bajo juramento que no daria la muerte á ningun senador, y lo cumplió. Fue generoso hasta con sus enemigos, á los cuales perdonó repetidamente: y en fin bajo su reinado respiraron los cristianos, y gozó el pueblo romano de tranquilidad. Teniendo necesidad de un apoyo, adoptó á *Trajano*, digno de mandar el mundo entero. La muerte de NERVA hubiera sido sin duda una calamidad para Roma, si no hubiese dejado un sucesor tan distinguido.

CAPÍTULO XI.

Trajano.

98. Trajano, nacido en España, hijo de un personage consular, poseía todo género de méritos, á escepcion del de la ciencia, que suplia con la estimacion que hacia de los sábios. Mirándose como el gefe y no como el dueño del estado, hizo juramento de observar las leyes; no se distinguió de los senadores sino por su mayor aplicacion al trabajo, y vivió enmedio de sus súbditos como un padre que no respira mas que para la felicidad de sus hijos.

El fisco, dice Plinio, *que nunca tiene mala causa sino bajo un buen príncipe, perdió con mucha frecuencia el pleito bajo Trajano.* Una prudente economía, que es un tesoro inagotable, puso al emperador en estado de disminuir los impuestos, sin perjuicio de las necesidades. Domiciano habia tomado el título de *Dios*: el pueblo confirió á Trajano el de *Bonísimo*. Era acreedor á él con tanta mas razon, que á los votos que se hacian anualmente por su prosperidad, añadió esta cláusula espresa: *si gobernaba bien la república en la procomun de todos.* Venció á los dacios, y la coluna de su nombre, que aun

subsiste, es un monumento de su victoria.

Murió en Cilicia despues de un reinado de 19 años, al cual sirvieron de ornamento *Plinio* el jóven, hijo adoptivo y sobrino del naturalista, así como su amigo *Tácito*, menos distinguidos ambos por los honores del consulado, que por su probidad, sus talentos y sus obras. *Juvenal* escribió entonces sus sátiras, en las cuales atacó los vicios con la mayor vehemencia. TRAJANO amó entrañablemente al sábio *Plutarco* su maestro, y le hizo cónsul. Este celebérrimo griego, natural de la Beocia, hizo de la historia una escuela de moral, que arrebata aun en el dia la admiracion y los elogios de todos los sábios.

CAPÍTULO XII.

ADRIANO.

117. ADRIANO, pariente inmediato de Trajano, de quien se llamaba hijo adoptivo, despues de haberse hecho proclamar en Antioquía por sus tropas, escribió al senado escusándose de haberse anticipado á sus votos, cediendo á las instancias de las legiones. Prometió como Trajano, Nerva y Tito, que no daria muerte á ningun senador; mas sin embargo con motivo de una conjuracion hubieron de sufrirla cuatro

consulares. Protestó que habia sido bien á su pesar, y no fue creido. Alivió los pueblos perdonándoles las sumas que debian al fisco; distribuyó dones y beneficios á los ciudadanos, olvidó las injurias, y luego que se afianzó en el poder, *ya te has salvado*, le dijo á uno de los que deberian temer mas su resentimiento.

Mereció el título de *legislador* por la sabiduría de sus ordenanzas y reglamentos. Quitó á los amos el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, y restringió considerablemente la bárbara ley que condenaba al suplicio á todos los esclavos de un dueño asesinado. De todos los edictos anuales de los antiguos prétores, en que estaban interpretadas las leyes de un modo demasiado vago, hizo escoger lo mejor, y compuso un edicto perpétuo para que sirviese de ley permanente.

No descuidó tampoco la disciplina militar, antes bien procuró mantener su observancia con el ejemplo, marchando á pie, como Trajano, cargado de una armadura muy pesada. Exacto sin minuciosidad, severo con dulzura, y liberal con prudencia, se hizo adorar de los soldados, conteniéndolos en los límites del deber. La seguridad y el sosiego fueron el fruto de sus cuidados.

Los judíos no menos rebeldes y sediciosos que

fanáticos, exaltados á la vista de un templo elevado á Júpiter en Jerusalem, soltaron las riendas á su furor contra los romanos. Creyeron hallar el Mesías en un bandido llamado *Barco-chébas*, que habia tenido la osadía de tomar aquel nombre, y se reunieron bajo su estandarte. El castigo que sufrieron correspondió al furor de su fanatismo. Dicen que ascendieron á 580ɔ los judíos esterminados en tres campañas. Los restantes fueron vendidos y trasportados á otras partes, con prohibicion espresa de volver á poner los pies en Jerusalem, que reedificó despues el emperador bajo el nombre de *Elia capitolina*. Sus descendientes dispersos y errantes por todo el mundo no han dejado hasta ahora de aborrecer á los otros pueblos, ni de ser despreciados por ellos.

Una enfermedad de languidéz, de que se vió atacado ADRIANO, agrió su carácter y le hizo cruel hasta derramar la sangre de varios personages ilustres. Como no tenia hijos, adoptó á *Antonino*, el mas digno entre todos de regir el imperio.

En el reinado de ADRIANO escribieron *Floro* y *Suetonio*, como tambien *Arriano*, discípulo de *Epitecto*, hombre de estado, é historiador superior á los primeros. La filosofía moral de Epitecto es admirable: reducia su doctrina á

estos dos puntos, *sufrir con paciencia*, *y gozar con moderacion*. Practicó lo que enseñaba, y el infortunio puso su virtud á prueba.

CAPÍTULO XIII.

ANTONINO.

138. ANTONINO, natural de Nimes, de ilustre nacimiento, fue en el trono un vivo ejemplo de todas las virtudes; pero su pacífico reinado no subministra hechos de gran consideracion á la historia.

Marcó sus primeros pasos con el sello de la clemencia, suspendiendo las averiguaciones que se hacian sobre una conspiracion: *¡cuán desgraciado no sería*, dijo, *si llegase á saber que era aborrecido de un gran número de mis conciudadanos!* Este rasgo y otros semejantes le grangearon el dictado de *Pio*.

No solamente administró con celo y economía las rentas del estado, sino que miró su propio patrimonio como una parte de ellas. Reconviniéndole su esposa *Faustina* por que prodigaba sus bienes por economizar los del tesoro, le respondió: *yo no tengo ya propiedad alguna desde que llegué á obtener el imperio*. Estos sentimientos de generosidad no le impidieron

suprimir varias pensiones sobre el tesoro, concedidas sin razon plausible; *porque*, decia, *es cosa triste y cruel, que la república se vea roida por los que no le hacen ningun servicio.*

Murió ANTONINO llorado universalmente á la edad de 73 años, habiendo adoptado ya en tiempo de su predecesor á *Marco Aurelio* y á *Vero.* Mas como sabia apreciar el mérito, habia casado su hija con el primero, alejando de los negocios al último, que no respiraba mas que el deleite y los placeres, que era lo mismo que indicar el que debia sucederle. El nombre de ANTONINO fue tan respetable, que todos los emperadores se honraron con él por cerca de un siglo, como con el de Augusto, aunque pocos eran capaces de sostenerle como correspondia.

CAPÍTULO XIV.

MARCO AURELIO.

161. MARCO AURELIO fue proclamado por los senadores, así como VERO, á quien tuvo la generosidad de asociar al imperio, partiendo con él la autoridad para ejercerla en comun. Este emperador justificó la sentencia de Platon de que *los pueblos serán felices, cuando tengan filósofos por reyes, ó que sus reyes sean filó-*

sofos. Lejos de mandar al senado, tomaba su parecer y seguia sus consejos. Ningun senador era mas exacto que él en asistir á las asambleas. Económico de los fondos públicos, ni aun creía que podia recompensar con ellos á los soldados en perjuicio del pueblo.

Siendo el modelo de todas las virtudes, y muy celoso por la moral, no era austéro sino consigo mismo, porque conocia la flaqueza humana. Decia muy sábiamente, que *no pudiendo hacer á los hombres como sería de desear, era preciso sufrirlos como eran, y sacar de ellos todo el partido posible*: máxima profunda, que debe dar á conocer á los entusiastas lo aéreo y vano de sus sistemas de perfeccion. Por este principio se conformó Marco Aurelio con el gusto, ó mas bien con la manía que tenian los romanos por los espectáculos, y aun por las pantomimas, dando magníficas funciones, á las cuales asistia, pero ocupándose siempre de los negocios del estado.

Amenazando algunos pueblos de la Germania las fronteras del imperio, marchó Marco Aurelio contra ellos, permaneciendo cinco años en la Pannonia énmedio de las mayores fatigas é incomodidades. Murió en esta espedicion Vero, cuyos vicios le inquietaban. Ganó á los bárbaros una célebre victoria, mirada generalmen-

te como un efecto de la proteccion del cielo. Moríanse los romanos de sed, cuando una nube remedió esta calamidad con una lluvia abundante, al paso que descargó sobre los enemigos un copioso granizo acompañado de rayos y centellas. Segun los autores eclesiásticos, las oraciones de la legion *fulminante*, compuesta toda de cristianos, fueron la causa de este prodigio, y así lo reconoció MARCO AURELIO en una carta que cita *Tertuliano*.

La escesiva bondad de MARCO AURELIO, que rayaba ya á veces en flaqueza y cobardía, le hizo incurrir en algunas faltas. Su esposa *Faustina* era otra Mesalina; mas en lugar de repudiarla, ó de contenerla en los límites del recato y la honestidad, colmó de gracias y dignidades á los cómplices de su desenvoltura. La condecoró ademas con un título desconocido hasta entonces, llamándola *madre de los campos y de los ejércitos*; le hizo honores divinos despues de su muerte, y elevó monumentos á su memoria. Aunque su hijo *Cómodo* era un mónstruo, le confirió la potestad tribunicia, haciendo que se le declarase *Augusto*, ejemplo inaudito hasta entonces. Despues despidió del palacio á los de malas costumbres que tenian sitiado al jóven príncipe; pero los volvió luego á llamar para curarle de una enfermedad verdadera ó

fingida, y Cómodo desde entonces soltó la rienda á las pasiones.

Acabó Marco Aurelio sus dias en la Pannonia, adonde le habia llevado de nuevo la guerra. Su reinado fue el de la verdadera filosofía, que cultivó constantemente, dejando escrita una obra de moral, de que se conservan aun algunos fragmentos. En ella se vé un soberano filósofo, penetrado de sus deberes, no respirando mas que justicia y humanidad, y detestando el mérito de ostentacion y aparato, como que le falta el verdadero fundamento que es la virtud. No podia menos de florecer la filosofía moral bajo un príncipe que la promovia con el ejemplo; pero muchos ocultaron sus pasiones con la capa de la filosofía, y se hicieron hipócritas para insinuarse en su gracia. El ingenioso *Luciano* ridiculizó á los mentidos sábios como á los falsos dioses en este reinado.

CAPÍTULO XV.

Cómodo.

180. Cómodo, lejos de imitar á su padre, siguió las huellas de Neron, como mas análogas á sus gustos é inclinacion depravada. Terminó la guerra de Germania comprando la paz á los bár-

baros. Gobernado por viles y bajos aduladores, entregado á todo género de vicios, tomando por diversion el derramamiento de sangre, se hizo en poco tiempo tan detestable, que su propia hermana *Lucila* tramó contra él una conspiracion. Debia dar el primer golpe un senador jóven llamado *Quintio*; pero antes de verificarlo, hizo brillar el puñal á la vista de Cómodo, diciendo: *Hé aquí el presente que te envia el senado*. Percibiólo la guardia, y arrestó al agresor que, con los demas cómplices y otras muchas personas de distincion, fue condenado á muerte. Lucila, desterrada primeramente, fue tambien asesinada despues en su destierro, sirviendo solo esta conspiracion de pretesto á Cómodo para envolver en ella, y sacrificar á todos aquellos que habian incurrido en su desgracia.

Perennis, prefecto del Pretorio, que á fuerza de bajezas habia ganado la confianza de Cómodo, formó otra conjuracion contra él, y fue tambien descubierta. Acumuláronse pruebas y quejas contra el ministro, y fue declarado enemigo de la patria, y entregado á la soldadesca, que le hizo mil pedazos.

Este mónstruo, tan despreciado como aborrecido, no tenia la misma precaucion que los otros tiranos de ganar el pueblo con liberalidades, limitando toda su política á corromper los

soldados con una licencia perniciosa. Por lo demas á nadie perdonaba, convirtiendo á sus propios domésticos en otros tantos enemigos. Acababa de formar una larga lista de personas de su servidumbre que pensaba sacrificar, y fue descubierta por casualidad. Su concubina *Marcia*, que estaba en el número de los proscriptos, se apresuró á parar el golpe envenenando al tirano, y haciendo despues que un gladiador le acabase de asesinar. Desencadenóse el pueblo y el senado, maldiciendo el nombre, y detestando la memoria de un mónstruo, que á la edad de 31 años habia ya agotado todos los horrores de la maldad.

CAPÍTULO XVI.

PERTINAZ. — JULIO DIDIANO.

193. PERTINAZ era un anciano de oscuro nacimiento, que bajo Marco Aurelio se habia distinguido y elevado por sus servicios militares y sus virtudes. El senado y el pueblo reconocieron con el mayor entusiasmo un príncipe verdaderamente respetable.

No tardó en renacer bajo su cetro el gobierno de los Antoninos, pues en el espacio de tres meses recobraron las leyes todo su vigor, pagáronse las deudas, y se restablecieron las ren-

tas. Halló PERTINAZ el medio de aumentar estas sin recurrir á los impuestos, dando las tierras baldías á los que quisiesen cultivarlas, y eximiendo ademas á los cultivadores de la contribucion ordinaria por diez años. Estaba persuadido con sobrado fundamento de que la agricultura era una mina inagotable, en la cual hacian los particulares á un mismo tiempo su fortuna y la del estado.

Pero los pretorianos estaban tan bien hallados con la licencia en que habian vivido, que era imposible que se sujetasen con resignacion á la disciplina. Un príncipe reformador les parecia un tirano. Incitólos el prefecto *Leto* á la rebelion, y corriendo al palacio asesinaron á aquel grande hombre. Dejóse matar sin hacer la menor resistencia, envuelto en su toga, invocando únicamente á Júpiter vengador. Su imperio de tres meses merecia la inmortalidad.

Entonces se vió hasta dónde pueden llegar unos soldados sin freno y sin vergüenza. Habian dado muchas veces el imperio por dinero; pero entonces lo sacaron á pública subasta. Presentáronse dos compradores, que fueron *Sulpiciano*, suegro de PERTINAZ, y DIDIO JULIANO, sugeto distinguido por su nacimiento. Quedó por este último, y el senado de miedo tuvo que sancionar este infame contrato.

Apenas habia tomado DIDIO posesion del trono envilecido, cuando el pueblo manifestó todo su resentimiento. Invitaron á NIGER, gobernador de Siria, y general de reputacion, á vengar y dirigir el estado. Proclamáronle sus tropas, y las provincias de Oriente le reconocieron. Su triunfo hubiera sido fácil y seguro si hubiera andado diligente; pero mientras que se divertia con mas seguridad de la que debiera, aprovechó un poderoso rival la coyuntura de su descuido. Las legiones de la Iliria estaban bajo las órdenes de SEPTIMIO SEVERO, que reunia á la ambicion mucho talento, actividad y destreza. Deplorando el asesinato de PERTINAZ, y afectando el deseo de vengarle, se hizo proclamar á sí mismo. Hé aquí tres emperadores á un tiempo, cuyo título emanaba de los soldados.

Marcha Severo á Roma, y no encuentra la menor resistencia. DIDIO, consternado, le ofrece partir con él la autoridad suprema, lo cual rehusa. Los pretorianos, ganados por Severo, abandonaron á DIDIO, y el senado le condenó á muerte, durante cuya ejecucion decia á gritos: ¿*Qué delito he cometido*? Este viejo imbécil, despues de haber regateado y comprado el imperio, se creia exento de cargo, porque no habia cometido ninguna barbarie en 66 dias de reinado.

CAPÍTULO XVII.

Septimio Severo.

193. Temian la venida de Severo en Roma, y no sin fundamento. El senado le habia enviado varios diputados, á los cuales recibió en medio de sus guardias; pero al despedirlos los colmó de presentes. Hizo su entrada en la capital al frente de cerca de 600 hombres, y juró que respetaria la vida de los senadores. Quiso que se estableciese por un decreto, que no le sería lícito dar muerte á nadie sin el consentimiento del senado, y que en caso de infraccion se le declarase enemigo del público. Pero el poder de la espada hacia al soberano con mucha facilidad árbitro de las leyes, y este mismo Severo tiñó las manos muchas veces en la sangre de los senadores.

Terminados prontamente de este modo los negocios de Roma, pasó al Asia, en donde se habia hecho Niger un partido respetable, que deshizo por fin Severo en tres batallas ganadas por sus generales, las cuales le afirmaron la posesion del imperio.

Con un genio muy parecido al de Tiberio, cayó tambien Severo en el lazo de la lisonja. Te-

nia otro Seyano en *Plauciano*, nativo como él tambien de África, y que abusaba con la misma insolencia de su poder. Mas dueño del estado que el príncipe mismo, él decretaba muertes y suplicios, y se enriquecía con los despojos y rapiñas que se seguian á estos asesinatos. Uno de los empleados en la administracion de justicia, á quien mandaba el emperador que pusiese en su despacho un espediente, contestó: *no puedo hacerlo sin órden de Plauciano.*

Este ministro habia hecho casar con su hija á *Caracalla*, hijo primogénito del emperador, y fue asesinado por su propio yerno.

Caracalla era un mónstruo. Habiéndole llevado SEVERO á una espedicion en la Gran Bretaña, se dejó arrastrar del furor hasta el estremo de intentar un parricidio. Detuviéronle los gritos que dieron algunos al verle ir con la espada desnuda en ademan de atravesar alevosamente por la espalda á su descuidado padre, el cual volviendo la cabeza, y viendo á su hijo en semejante aptitud, guardó un profundo silencio por entonces. Mas haciendo traer despues á su tienda á este príncipe desnaturalizado, presentándole la espada delante de *Papiniano*, prefecto del Pretorio, le dijo: «Si estás resuelto á ser »el verdugo de tu padre, ejecuta aquí tu desig»nio; y si no te atreves á derramar por tí mis-

»mo la sangre del que te ha dado el ser, mán»dale á Papiniano que lo haga: tú eres su em»perador, y te obedecerá." Esta tierna leccion surtió poco efecto. El mónstruo formó al año siguiente una conspiracion para destronar al emperador, que castigó á los sediciosos, y perdonó aun á su hijo.

Severo, á quien los años y las enfermedades tenian ya achacoso, no pudo soportar tantos disgustos. Sintiendo que se le acercaba la muerte, esclamó: *¡Yo he sido todo cuanto hay que ser, y todo ello es bien poca cosa!* Hizo que le trajesen la urna en que se habian de poner sus cenizas, y dijo al verla: *¡Tú encerrarás al que no cabia en el universo!* Añaden, que habiendo hecho leer á sus hijos en Salustio el discurso que *Micipsa* moribundo habia hecho á los suyos y á Yugurta, se aplicó á sí mismo estas palabras: *Yo dejo á mis hijos un imperio, poderoso si tienen virtudes, pero débil si son malos.* Murió en Yorck á los 66 años de edad. Enmedio de sus vicios tenia algunas virtudes y grandes talentos, y en su carácter equívoco forman el mal y el bien un contraste singular. Era aficionado á las letras, y habia escrito en latin las memorias de su vida.

Tertuliano escribió bajo este reinado la famosa apología de los cristianos, perseguidos en-

tonces por las antiguas leyes. «Nosotros, dice, »llenamos vuestras ciudades, vuestros pueblos, »vuestro senado, vuestros ejércitos; no os deja»mos mas que vuestros templos y vuestros tea»tros." Esto no deja la menor duda sobre los progresos del cristianismo.

CAPÍTULO XVIII.

Caracalla y Geta. — Macrino.

211. Cuando Severo quiso asociar al imperio á su hijo mayor, conocido bajo el nombre de *Basiano*, se mudó éste en el de *Marco Aurelio Antonino*, demasiado respetable para asociarle á la idea de un tirano, y así el que se perpetuó en la historia es el sobrenombre de Caracalla. Ocupó el trono juntamente con su hermano Geta, cuyos gustos é inclinaciones eran diametralmente opuestos á los suyos. Creciendo cada dia mas y mas el odio que se profesaban, formaron el proyecto de dividir el imperio, como se vió practicar en lo sucesivo. Debia tener el mayor el Occidente, y el menor el Oriente; pero su madre *Julia* les disuadió de meterse en una innovacion que no podia menos de inquietar los ánimos, á pesar de que éste era el único medio de evitar un fratricidio.

Caracalla hizo en efecto asesinar á su hermano en los mismos brazos de Julia; y volando despues al campo de los pretorianos, les disfrazó su crímen, y á fuerza de prodigalidades consiguió que le reconociesen á él solo por emperador. Pasó al senado enmedio de sus guardias, se justificó lo mejor que pudo, y consintió en la apoteosis de su hermano. Llamó á todos los desterrados, con causa ó sin ella, para grangearse la opinion de clemente y piadoso, como si pudiese parecer bueno, despues de haber dado las mayores pruebas de maldad.

No se pasó mucho tiempo sin que se pudiese juzgar de esta clemencia por los hechos. Todos los amigos de Geta fueron asesinados, envolviendo en la carnicería á mas de 200 ciudadanos. Los mas ilustres senadores cayeron bajo la segur del verdugo, y entre ellos *Papiniano*, célebre jurisconsulto, á quien habia hecho Severo prefecto del Pretorio. Habíale pedido el emperador que hiciese una apología del asesinato de Geta, y hé aquí la respuesta, dictada por la virtud mas animosa, que le dió Papiniano: *un parricidio no se justifica nunca con la misma facilidad con que se comete; y es un segundo parricidio infamar á un inocente, despues de haberle quitado la vida.*

En vista de esto no debe admirarnos ninguno

de los escesos de CARACALLA. La sustancia de los pueblos estaba destinada para los soldados, único apoyo del tirano. Representándole su madre un dia, que no le quedaba ya medio para hacer dinero: *mientras que yo tenga esta*, contestó llevando la mano á la espada, *no me faltará*.

Sus espediciones militares son otras tantas pruebas de su locura. Adoraba á Alejandro hasta el punto de hacer el mayor empeño por tener una falange macedonia: figurándose seguir sus huellas, recorrió gran parte de las provincias; compró la paz á los germanos; tomó de los galos un trage llamado *Caracalla*, del cual le vino este sobrenombre; condecoróse con el título de *Partico* sin haber vencido, ni aun visto á los Partos; y para vengar la burla que de él habian hecho los Alejandrinos, los esterminó á traicion.

Queria deshacerse de *Macrino*, prefecto del Pretorio, nacido en Mauritania, que á fuerza de estudio y de trabajo habia salido del oscuro estado á que su nacimiento le habia reducido. Conoció Macrino el peligro, y le previno asesinando al emperador. Hízose luego proclamar por las tropas, y reconocer por el senado, mas no gozó largo tiempo del fruto de su usurpacion. Una muger ambiciosa, *Mesa*, hermana de la esposa de Severo, dió márgen á una revolucion.

Presentó al jóven *Eliogábalo*, su nieto, sacerdote del sol, pariente de Caracalla; y corrompiendo con dádivas una legion acampada cerca de Emeso en Siria, lugar de su nacimiento, logró que recibiese á ELIOGÁBALO y le proclamase por emperador. Las tropas enviadas por MACRINO contra estos rebeldes se unieron á ellos, y él mismo fue vencido. Procuró salvarse en Antioquía, y atravesando en su fuga la Ásia menor, fue cogido y muerto. El proyecto de una reforma militar le habia atraido el ódio de sus tropas.

CAPÍTULO XIX.

ELIOGÁBALO.

218. No parece sino que los Calígulas, los Nerones y los Domicianos volvieron á revivir en este jóven de catorce años, ó mas bien que ELIOGÁBALO no subió al trono sino para sobrepujarlos. Al escribir al senado se abrogó todos los títulos del poder soberano, que ninguno hasta entonces, sin esceptuar á los tiranos, habia tomado sino por un decreto. Se anunció como el imitador de Augusto y de Marco Aurelio, al paso que no abrigaba en su corazon mas que la bajeza y el vicio infame.

Antes de salir del Ásia, habia muerto ya con

sus propias manos á *Gannys* su gobernador, á quien debia su engrandecimiento. Entregó toda su confianza á *Eutyquiano*, bufon vil y bajo, y acumuló en su cabeza las primeras dignidades. A su llegada á Roma, hizo entrar á *Mesa* su abuela en el senado, ejemplo único en esta historia. Estableció un senado de mugeres para sentenciar sobre las modas, los carruages y otras bagatelas de esta especie. Mudaba de muger cada año; casóse como muger con un esclavo, al cual dió todo su poder; y se encenagó públicamente en tan abominable disolucion, que hasta la pluma se resiste á estampar sus escesos.

Como se preveía que no reinaria largo tiempo, le hicieron adoptar á su primo *Alexiano*, conocido bajo el nombre de *Alejandro Severo*. El nuevo César no tardó mucho tiempo en convertirse en objeto de su furor, y así intentó varias veces asesinarle. Rebeláronse las tropas contra él en favor de Alejandro, y le dieron muerte bien así como á *Soemis* su madre. No tenia mas que diez y ocho años, y era el décimo tercio emperador que moria de muerte violenta. La mayor parte de sus sucesores corrieron igual suerte.

CAPÍTULO XX.

Alejandro Severo.

222. Alejandro, que solo contaba diez y ocho años, estaba muy espuesto á la seduccion por su tierna edad, y por la autoridad imperial; pero su buena índole cultivada con esmero, le hizo aprovecharse hasta de los ejemplos del vicio, para abrazar la virtud. Su abuela Mesa, y *Maméa* su madre, le libraron de los lazos de la lisonja, alejando de él á los aduladores. Formáronle un consejo de diez y seis senadores respetables, en cuyo número entraban los célebres jurisconsultos *Ulpiano* y *Paulo*. Las leyes por fin debian recobrar su autoridad. Todas las virtudes de los buenos príncipes se encuentran en el imperio de Alejandro. Basta decir que tenia siempre presente aquella máxima consagrada por el divino autor de nuestra santa religion: *haz al prójimo lo que quisieras que él te hiciese á tí.*

Una gran revolucion, interesante para los romanos, cambiaba por aquel tiempo la faz de los negocios en el Oriente. El imperio de los Partos, establecido por *Arsaces* el año de Roma 502, se habia sostenido constantemente con-

tra los esfuerzos de los romanos. Podian los Partos vanagloriarse de ser invencibles, cuando desaparecieron repentinamente, y se vieron como sepultados bajo otra nueva dominacion. *Artaxerxes*, héroe de la Persia, se hizo dueño del imperio de los *Arsacidas*, que contaba de existencia cuatrocientos setenta y cinco años, y comprendia entonces diez y ocho reinos ó provincias de grande estension.

Envanecido con su poder, no menos que con el éxito de sus empresas, trató Artaxerxes de hacer la guerra á los romanos. Marchó ALEJANDRO contra él, y habiéndosele amotinado una legion, tuvo la firmeza de hacer un ejemplar reformándola: *paisanos*, les dijo; *retiraos y dejad las armas*. Obedecieron los amotinados, y poco tiempo despues restableció esta misma legion. Atento á mantener la disciplina, se valia siempre del temperamento de la bondad y la dulzura para mitigar el rigor.

Segun *Herodiano* y todos los demas autores orientales, ALEJANDRO fue vencido por los persas, al paso que, segun *Lamprídio*, los venció completamente. Hé aquí un ejemplo muy señalado de la incertidumbre en que nos ponen á cada paso los historiadores.

Volvió el emperador á Roma, porque los germanos talaban las Galias. Triunfó de los persas,

y tomó al punto el camino de la Germania.

Uno de los primeros oficiales del ejército era *Maximino*, nacido en Francia, godo de orígen, simple pastor en su juventud, soldado en el reinado de *Severo*, ascendido por Eliogábalo al rango de tribuno, y encargado por ALEJANDRO de organizar las trópas que venian de la Pannonia. Su estatura gigantesca, su fuerza prodigiosa, su valor, su vigilancia y su exactitud en el servicio habian contribuido á su fortuna. Este bárbaro tuvo la osadía de poner la mira hasta en el trono. El virtuoso ALEJANDRO fue degollado á la edad de veinte y seis años.

Era tan profunda la veneracion con que miraba á todos los hombres grandes, que les rendia cierta especie de culto en su palacio; pero al mismo tiempo que honraba á *Jesucristo* entre los sábios, le asociaba á Apolonio de Tyanea. Una de las cosas que mas ocupaban su cuidado era el no conferir las dignidades sino á los que fuesen acreedores á ella. El venderlas le parecia detestable: *el que compra*, decia, *vende á su vez; y no se puede castigar, por haber vendido, á aquel, á quien se le ha permitido comprar.*

No perdonó á pesar de su clemencia á los ladrones públicos, ni á otra especie de estafadores de corte que llamaban *vencedores de humo*, y traficaban con su crédito real ó supuesto con

el príncipe, estafando á unos por la esperanza de conseguir las gracias á que aspiraban, y á otros por el temor de que les hiciesen malos oficios. Condenado á muerte uno de estos por el senado, hizo Alejandro que se le sofocase con humo, diciendo á voces mientras la ejecucion un oficial de justicia, *el que vende humo muere ahumado.*

CAPÍTULO XXI.

SUCESORES DE ALEJANDRO SEVERO HASTA AURELIANO.

En el espacio de cincuenta años despues de la muerte de Alejandro, se cuentan mas de otros tantos Césares, que con este título, ó legítimo, ó usurpado, se presentaron en la escena á disputar el imperio. Proclamados y degollados por los soldados, fueron el juguete de la crueldad y la fortuna. Como el gobierno establecido por Augusto estaba fundado únicamente sobre la espada, era preciso que degenerase así, luego que los soldados corrompidos llegasen á conocer que ellos eran los árbitros de conferir el imperio á quien quisiesen.

235. Maximino, proclamado por las tropas, y reconocido por el senado, que nada podia, llevó al trono su ferocidad natural, irritada ade-

mas por la ira de ver que se acordaban de su nacimiento. A sus crueldades se siguieron las conspiraciones. Algunas tropas descontentas nombraron emperador á QUARTINO de familia consular, que sin embargo de no haberlo solicitado, fue asesinado por un traidor á los seis dias. En fin sublevóse la África, y su procónsul GORDIANO, hombre ilustre, rico, generalmente estimado, fue declarado emperador con su hijo. Confirmó Roma su eleccion, y el senado declaró á MAXIMINO enemigo de la patria, pero el gobernador de Numidia, que aborrecia á los gordianos, los atacó y los hizo perecer.

Nombró el senado por sucesores á MÁXIMO y BALBINO, á los cuales hizo el pueblo asociar á GORDIANO III en cualidad de César. No nos detendrémos en el reinado de este último, como tampoco en los de FILIPO, DECIO, GALO, EMILIANO, VALERIANO, GALIENO y CLAUDIO; porque es tal la confusion que reina en sus hechos, que solo sirven para fatigar la memoria. Dirémos únicamente de paso que VALERIANO cayó en las manos de *Supor*, rey de Persia, y que murió prisionero y tratado como un vil esclavo.

Acercábase á Italia MAXIMINO, no respirando mas que venganza; y mientras que sitiaba á Aquiléa, los pretorianos le dieron muerte como tambien á su hijo. Llamábanle comunmente un

Busiris, un *Ciclope*; y estos nombres odiosos no espresaban aun suficientemente todo el aborrecimiento que inspiraba su tiranía.

El gobierno equitativo de MÁXIMO y de BALBINO empezaba ya á reparar los males causados por su antecesor; pero los pretorianos, resentidos de ver unos emperadores que no eran hechura suya, y temiendo por otra parte que serian tratados por ellos como merecian, entraron en el palacio mientras que el pueblo asistia á unos juegos, apoderáronse de MÁXIMO y de BALBINO, los arrastraron por las calles, y llenándolos de golpes é improperios los sacrificaron con el mayor furor.

CAPÍTULO XXII.

AURELIANO.

270. Despues de CLAUDIO, príncipe muy apreciable, cuyo reinado fue muy corto, ocupó el trono AURELIANO, capaz de reemplazarle, á lo menos por los talentos militares. Los bárbaros que atacaban el imperio inundaban la Italia, y batieron cerca de Plasencia á AURELIANO, que se vengó bien pronto por tres victorias, á las cuales se siguió la paz. Habia temblado Roma, y el emperador emprendió la reparacion de sus

murallas y fortificaciones, pasando luego al Oriente con motivo de la guerra contra *Zenobia*.

Está ambiciosa heroina, política y sábia, viuda de *Odenato*, príncipe de Palmìra, habia invadido el Egipto, y sometido á su dominacion la Capadocia, y aun la Bitinia, desde donde le era fácil el paso á Europa. Sus miras se estendian hasta el imperio romano, y su valor igualaba á su ambicion; mas la superioridad que tenian los europeos sobre los asiáticos en la guerra, le habia de ser fatal algun dia. Aureliano la arrojó de Antioquía, y derrotó su ejército, persiguiéndola y sitiándola en Palmira, ciudad igualmente fuerte que magnífica, abastecida de abundantes provisiones. Escribió luego una carta imperiosa á Zenobia, que le contestó con la mayor altivez. Despues de un largo sitio, escaseando ya las provisiones, huyó Zenobia á pedir socorro á los persas; pero habiéndola arrestado á las orillas del Eufrates, fue conducida á la presencia de Aureliano. Reconvínola éste bastante colérico por su audacia en insultar á los emperadores romanos, y respondió: *A tí, que sabes vencer, te reconozco por emperador; pero Galiano y los que se le semejan no me han parecido dignos de este nombre.*

Concedióle el vencedor la vida; pero hizo dar muerte á Longino, como autor de la carta que

le habia escrito. Es un borron para su gloria el haber derramado la sangre de un literato, admirado aun en nuestros dias por su tratado *del sublime*, que está tráducido al castellano.

El usurpador *Tétrico* reinaba en la Galia, pero en medio de tales y tan contínuas agitaciones, que le hacian suspirar por el estado de particular. Arrojóse en los brazos de AURELIANO poniéndose á su discrecion desde el principio de una batalla dada en Chalons-sur-Marne. Zenobia y Tétrico sirvieron de ornamento al triunfo del emperador, pero despues fueron tratados por él con mucha bondad. Zenobia vivió como una dama romana, y Tétrico obtuvo un mando en la Italia. Mas vale, le dijo AURELIANO, *gobernar un canton de la Italia, que reinar del lado de allá de los Alpes*.

AURELIANO á pesar de su severidad natural, se aplicó á ganar el pueblo con dones y beneficios. A las distribuciones ordinarias de trigo substituyó las de pan y vestuario, y hubiera añadido el vino, si alguno no le hubiese representado con energía, que no le faltaría ya mas que dar al pueblo pollos y pichones. Estas funestas liberalidades hacian á aquel avaro perezoso é insolente. Un gobierno sábio proporcionará trabajo á los pobres, mas no medios para sumirse en la holgazanería. AURELIANO solia decir: *no hay nada mas alegre que*

un pueblo despues de haber comido bien; pero este mismo pueblo se enfurecia con la mayor facilidad cuando no satisfacian sus caprichos.

Al paso que Aureliano halagaba así á la multitud, no descuidaba los negocios del gobierno. Mantenia el órden y la justicia; castigaba el crímen; no perdonaba á aquellos hombres duros, que vejan á los ciudadanos bajo el pretesto del celo por los intereses del fisco; queria que sus propios esclavos fuesen juzgados por los tribunales ordinarios, y hacia sábios reglamentos contra los abusos.

Despues de haber hecho otro viaje á la Galia, la prudencia le hizo abandonar la Dacia, conquista de Trajano, situada al otro lado del Danubio. Transportó los habitantes á la Mesia, quedando el Danubio por barrera del imperio. Disponíase á vengar en los persas las injurias recibidas de Sapor, y habia llegado á la Tracia, cuando estando próximo á pasar el Bósforo, se le hizo sospechoso *Mnesteo*, uno de sus secretarios. Éste por miedo del castigo formó una conspiracion, y el emperador fue asesinado. Su muerte escitó contra los asesinos la cólera de los soldados, y erigiéronle despues un templo en el mismo lugar en que habia sido sacrificado.

CAPÍTULO XXIII.

TÁCITO. — PROBO Y DEMAS, HASTA DIOCLECIANO.

275. Sea que la firmeza y las victorias de Aureliano hubiesen inspirado terror á los ambiciosos, ó bien que el ejército hubiese aprendido bajo su gobierno á contenerse en los límites del deber, lo cierto es que los soldados dejaron la eleccion de emperador en manos del senado, que sin duda por timidez la volvió á la de las tropas. Tres mensages de esta naturaleza ocuparon mas de seis meses, sin que ninguno hubiese usurpado el poder supremo. Por último eligió el senado á TÁCITO, uno de sus miembros, anciano lleno de virtudes, que hubo de aceptar bien á su pesar tan peligroso cargo.

Uno de los primeros cuidados de este príncipe fue el de restablecer el senado en su antiguo esplendor, dejándole el derecho de recibir las embajadas, hacer las leyes, nombrar los procónsules, juzgar en última instancia, y hacerle en una palabra árbitro de la paz y de la guerra. Habiendo pedido TÁCITO el consulado para un hermano suyo, fue desairado por los senadores, y lejos de quejarse, dijo con cierto aire de satisfaccion: *conocen bien el príncipe que han elegido.*

Mandó que se proveyesen todas las bibliotecas de las obras del gran historiador de su mismo nombre, de cuyo parentesco se vanagloriaba. Y no se atribuya esto á vanidad, sino á celo de un buen príncipe, puesto que nada es mas á propósito que estas obras para inspirar horror al vicio y á la tiranía. Elevó un templo á los *emperadores deificados*, con el objeto de honrar en ellos la memoria de los príncipes verdaderamente respetables.

Como los godos hubiesen inundado el Ásia durante el interregno, marchó el emperador á atacarlos en persona, y los dispersó. Desgraciadamente habia elevado á una alta dignidad á uno de sus parientes poco acreedor á ella, y que fue asesinado por las violencias que cometia. Los asesinos creyendo el suplicio inevitable, contemplaron que no podrian librarse de él sino cometiendo la atrocidad de matar tambien á Tácito á pesar de sus virtudes.

276. No tardó mucho tiempo en acreditarse que la deferencia que habian mostrado las tropas por el senado despues de la muerte de Aureliano, era mas bien un efecto de las circunstancias, que no fruto de una moderacion real y verdadera. Dos ejércitos nombraron cada uno su emperador, que fueron Floriano, hermano del último, y Probo, natural de la Pannonia, y de

un mérito singular, aunque de nacimiento oscuro. *Pensadlo bien*, dijo á los soldados, *no sea que despues os arrepintais, pues yo no sé adularos*. Los que habian nombrado á Floriano, pesarosos de haberle preferido á un hombre tan grande, le dieron muerte, y reconocieron á Probo. Escribió éste entonces al senado en términos respetuosos, diciendo: «A vosotros toca »juzgar si soy digno ó no del imperio, y os ruego »que dispongais lo que tuviéseis por mas »conveniente." Reconocido sin la menor oposicion por el senado, le trató siempre con la misma consideracion que Tácito.

Despues de la muerte de Aureliano, un diluvio de bárbaros que habian salido de la Germania, Francos, Borgoñones y Vándalos, inundaban la Galia de sangre, llevando por todas partes la desolacion, hasta que el emperador los arrojó de ella.

Trabajó Probo incesantemente, tan pronto en Europa como en Ásia, para contener á los bárbaros, y sofocar los levantamientos. Sucumbieron tres ó cuatro usurpadores en sus empresas, y se estableció la quietud en todas partes. Empleáronse los soldados en tiempo de paz en obras útiles; pero no se pudo apagar su espíritu sedicioso. Haciéndoles el príncipe abrir un canal y disecar un pantano, cerca de Sirmio su patria, le ma-

taron en una sedicion. La España, la Francia y la Ungría, le son deudoras de sus viñas, prohibidas por Domiciano, y permitidas por PROBO á estos tres Pueblos. Murió este emperador llorado hasta de los bárbaros, que respetaban su probidad.

282. El ejército confirió el imperio á CARO, prefecto del Pretorio, nacido en Narbona, que escribió al senado en estos términos: «Debeis »regocijaros de que hayan hecho emperador á »un miembro de vuestro órden, y á un ciudada»no de vuestra ciudad: yo procuraré hacerme »mas digno de vuestra estimacion que los estran»geros." En efecto, Claudio, Aureliano y Probo, oriundos de la Iliria, no eran mirados como romanos. Su mérito no por eso dejaba de aparecer mayor, y CARO pudiera haberse dado por dichoso en igualarlos. Faltóle el tiempo, pues habiendo derrotado á los sarmatas, y estrechado en gran manera á los persas, murió en su tienda asesinado por *Aper*, prefecto de las guardias, como se conjetura con bastante probabilidad.

Sus dos hijos CARINO y NUMERIANO, á quienes él habia creado augustos, le sucedieron sin preceder eleccion. El segundo pereció primero, y se sospecha que Aper cometió este nuevo asesinato. DIOCLECIANO, electo emperador, le mató con sus propias manos en presencia del ejército. Dicen que la esposa de un druida habia profe-

tizado que DIOCLECIANO sería emperador, luegó que hubiese matado un jabalí, y creyó cumplido el oráculo con la muerte de Aper, que en latin significa jabalí. Los vicios de CARINO, mas bien que no esta ridícula profecía, fueron los que le allanaron el camino, pues habiéndole atacado aquel en la Mesia superior, sin duda hubiera sido completamente derrotado, si los oficiales, cuyas mugeres habia deshonrado CARINO, no hubiesen aprovechado esta ocasion de vengarse ásesinándole.

CAPÍTULO XXIV.

DIOCLECIANO Y MAXIMIANO. CONSTANCIO, CLORO Y GALERIO.

284. DIOCLECIANO, dalmata de nacimiento, habia sido, segun algunos historiadores, esclavo y liberto de un senador; su mérito hizo su fortuna. Unía á los talentos militares grande ingenio, política y virtudes. Desde el principio de su reinado dió la mayor prueba de moderacion que podia dar, pues habiendo quedado victorioso despues de una guerra civil, y reuniendo en sí todo el poder, no quitó ni la vida, ni los bienes, ni aun las dignidades á ninguno de los partidarios de su rival.

Como el imperio se veia atacado y estrecha-

do por todas partes, así en Oriente como en Occidente, creyó DIOCLECIANO que necesitaba de un apoyo para defenderle, y se asoció á MAXIMIANO, hijo de padres humildes en la Pannonia, pero gran capitan, aunque de un carácter feroz. Arrojó MAXIMIANO de la Galia á los germanos, cuyas incursiones se renovaban sin cesar. No tuvo peor éxito DIOCLECIANO en sus espediciones contra los persas y los bárbaros; mas sin embargo volviendo á renacer el peligro despues de las victorias, contempló que dos Césares, cada uno de los cuales mandase un ejército, con el derecho de sucesion al imperio, serían muy á propósito para rechazar á los enemigos y reprimir á los sediciosos, y fueron condecorados con este título *Constancio Cloro* y *Galerio*. Señalósele al primero por departamento la Galia, la España y la Gran Bretaña, y al segundo la Iliria, la Tracia, la Macedonia y la Grecia. Los emperadores, sin dividir el imperio, habian repartido entre sí la inspeccion de las provincias. MAXIMIANO gobernaba el Occidente, y DIOCLECIANO el Oriente.

Constancio Cloro sujetó la Gran Bretaña, en donde habian usurpado dos rebeldes el título de Augustos. Rescató el pais de los Bátavos, de que se habian apoderado los Francos. Por otra parte *Narses*, rey de los persas, nieto de Sapor, fue

enteramente derrotado por *Galerio*, despues de haber obtenido sobre él algunas victorias. Pidió la paz con súplicas y ruegos, y se sometió á las condiciones que se le impusieron. Quedó la Mesopotamia en poder de los romanos, con el Tigris por frontera, y esta paz duró cuarenta años.

Diez y ocho habia que reinaba DIOCLECIANO feliz siempre en sus empresas, respetado de su colega y de los dos Césares, obedecido en todás partes, y templando con la dulzura la firmeza del mando. Protegía á los cristianos lejos de perseguirlos, al paso que la larga tranquilidad de que habian gozado estos habia entibiado algun tanto su antiguo fervor, á medida que se disminuían los obstáculos para que su santa religion se propagase. Edificaban templos magníficos, y adoraban en ellos al verdadero Dios; pero, dice Eusebio, «la envidia, la ambicion y la hipo»cresía se habian introducido entre nosotros; los »mismos pastores se entregaban á las rencillas de »la enemistad de unos contra otros, y se dispu»taban los primeros puestos de la iglesia, como »si fueran principados seculares."

Galerio, tanto por supersticion, como por crueldad, aborrecia á los cristianos, y así los pintó con los colores mas negros á los ojos del emperador, sin haber obtenido al principio lo que deseaba, que era su total esterminio. Ren-

nióse un gran consejo, en el cual DIOCLECIANO, á pesar de la unanimidad de los votos, no quiso espedir contra ellos ningun decreto sanguinario, ordenando no obstante por medio de un edicto que se demoliesen sus iglesias, y se quemasen los libros sagrados; que quedasen privados de todos sus empleos y cargos los que los obtuviesen, ó de su libertad si pertenecian á la clase del pueblo; y en fin, que no tuviesen accion en los tribunales contra persona alguna. Un cristiano, que arrancó públicamente este edicto y le hizo pedazos, fue condenado á muerte. Previnose por otro edicto á los magistrados, que prendiesen á los obispos y sacerdotes, á los cuales se les atribuía que exaltaban el celo de la multitud. Parece que en la terrible persecucion que sufrierón los cristianos bajo DIOCLECIANO, no tuvo tanta parte este príncipe como el cruel *Galerio*, y el fanatismo de los magistrados ó los pueblos.

Habiendo vuelto DIOCLECIANO á Roma, en donde no se habia presentado mas de una vez desde el principio de su reinado, triunfó con su colega de todos los pueblos vencidos. Esperaban los romanos regocijos y juegos magníficos, y la inmensa profusion á que estaban avezados; pero la economía del emperador defraudó sus esperanzas. *Los juegos*, decia, *á que asiste el censor; deben ser modestos*. El pueblo incapaz de

apreciar esta moderacion, la convirtió en objeto de murmuracion y de sarcasmo.

Cansado ya de la grandeza y de los negocios, se resolvió DIOCLECIANO, bien así como MAXIMIANO, á abdicar el imperio, y le cedieron á los dos Césares, que desde entonces pasaron á ser Augustos; y para mantener la misma forma de gobierno, nombraron dos nuevos Césares que fueron *Maximino*, sobrino de GALERIO, y *Severo*; indignos ambos de este rango por su nacimiento y por sus vicios. Su elevacion fue obra de GALERIO.

DIOCLECIANO retirado en Salona su patria despues de un reinado de veinte años, cultivando su jardin, y regocijándose por su felicidad, ofrecia un espectáculo sumamente interesante. Exhortábanle sus amigos desde lejos á que volviese á subir al trono, y les respondió: *¡ Oh ! ¡ si vieseis las legumbres que cultivo por mi mano, jamás me hablaríais del imperio !* Doloroso es que un príncipe que abrigaba en su corazon estos sentimientos, se hubiese señalado mas que todos sus antecesores en la persecucion de los cristianos.

Era imposible que CONSTANCIO CLORO, justo, afable y benéfico, pudiese unirse jamás de corazon con GALERIO, ambicioso y cruel, y por esta razon dividieron el imperio, para gobernar

cada uno su parte por separado. Esta division fue poco equitativa; porque GALERIO, dueño del Asia, lo vino á ser igualmente de la Iliria y de la Tracia, de la Italia y del África, por haber sido este el departamento que le cupo á *Severo* su acérrimo devoto y partidario.

Mientras que ejercian su tiranía sobre aquellas vastas regiones, gustaban la España, las Galias y la Gran Bretaña las delicias de un gobierno justo y equitativo. CONSTANCIO no reinaba sino para labrar la dicha de sus súbditos. Lejos de enriquecerse por medio de vejaciones, ó de empobrecer á los pueblos con su lujo, pedia prestada la vagilla á sus amigos cuando tenia que dar algun convite: no empleaba la plata mas que en el bien público; ni tenia mas tesoro que el corazon de los ciudadanos. Así no necesitaba mas que una leve insinuacion, para que todo el mundo se apresurase á ofrecerle cuanto tenia. Murió este príncipe en York de vuelta de una espedicion gloriosa contra los Pictos. Habíase escapado su hijo *Constantino* de Nicomedia, donde le habia tenido Diocleciano como en rehenes, y pensaba GALERIO retenerle como cautivo. Su padre al morir le declaró su único sucesor, y el ejército le proclamó al instante.

CAPÍTULO XXV.

Constantino.

306. Hallábase Constantino á la muerte de su padre en la edad de cerca de treinta y dos años. Su presencia magestuosa daba nuevo realce á las cualidades de su alma y de su genio. La ambicion exaltaba su ánimo, y la prudencia unida al valor conducia las empresas de la ambicion. Ningun medio perdonó para asegurar el buen éxito de sus espediciones contra Maxencio, su principal competidor al imperio.

Puso la Galia á cubierto de invasiones, ganó las voluntades con repetidas muestras de bondad, y propuso una conferencia á Maxencio, que la única respuesta que le dió fue la de arrojar sus estátuas por tierra. Esta fue la señal de la furiosa guerra que despues se encendió entre ellos. La necesidad de haber de dejar un crecido número de tropas sobre el Rin, desmembraba las fuerzas de Constantino en gran parte; y así tenian los oficiales por temeraria la empresa, murmuraban los soldados, y necesitaba por esta razon recursos estraordinarios.

En tal estado dicen los historiadores, que una tarde marchando con su ejército sobre Roma, en donde estaba Maxencio, imploró la asistencia del cielo, pidiéndole que le iluminase so-

bre los medios de asegurar la victoria. Acercábase el sol al Ocaso, y repentinamente se apareció en los aires una coluna luminosa en forma de cruz, con una inscripcion que equivalía en castellano á estas palabras: *bajo este signo vencerás.* Tan estraordinaria aparicion abrió los ojos á Constantino, y le hizo declararse en favor del cristianismo. Mandó hacer al dia siguiente un estandarte real, el *Labaro*, semejante á la vision que se le habia aparecido en el aire, disponiendo que se llevase delante de él en todas las acciones como un signo de la proteccion del cielo. No es estraño que los idólatras exaltados hayan tratado de denigrar á un príncipe que intentaba destruir la idolatría; lo estraño es que hayan querido desconocer todo el bien que anunciaba la mudanza que en él habia obrado el cielo, los errores de que habia de purgar la tierra, y las virtudes que habia de derramar sobre ella.

312. Pasó Constantino los Alpes; y el cobarde Maxencio, aunque con mayor número de tropas que él, salió por fin de Roma despues de haber acallado sus temores á fuerza de supersticiones. Dióse luego una sangrienta batalla, y Maxencio fue derrotado y muerto. Libre Roma de un tirano, recibe con los brazos abiertos al libertador, y el senado consagra templos á su nombre. Los delatores, *peste execrable*, como

él los llamaba, fueron condenados á muerte. Fue restablecido el senado en sus derechos, aliviado el pueblo con larguezas y beneficios, reparada Roma y otras varias ciudades, haciendo las pasadas desdichas apreciar mas y mas la felicidad presente.

Sus primeros edictos en favor del cristianismo fueron, para conceder el ejercicio del culto público de esta religion, haciéndola partícipe de la libertad de conciencia que tenian las otras religiones estrangeras. El solo ejemplo del príncipe no podia menos de hacer ilustres prosélitos, ademas de que las gracias que derramaba auxiliaban su celo. Honraba á los obispos, y los sentaba á su mesa: hizo donacion del palacio de Latran, erigido en Basilica, al obispo de Roma y sus sucesores; y por último edificó y dotó muchas iglesias.

Procuró Constantino remediar los desórdenes con sábias leyes, y declaró que no podia haber prescripcion contra la libertad, pues sesenta años de esclavitud no privaban á un hombre libre de sus derechos. Estableció por punto general, *que se debia tener mas consideracion y miramiento á la equidad natural, que al derecho positivo y riguroso*; reservándose sin embargo la decision en los casos en que no pudiesen conciliarse estos dos estremos. En medio

de esto veremos á este príncipe oscurecer su gloria con actos de crueldad muy contrarios á sus máximas. Despues de una espedicion contra los Francos, que era el pueblo mas valeroso de los Germanos, celebró una fiesta en Treveris, en la cual hizo echar los prisioneros á las bestias feroces. Allí oyó un panegírico lleno de las ideas mas absurdas del paganismo, porque la antigua religion era aun la dominante, y para estirparla se necesitaba mucho tiempo, y no menos moderacion y prudencia.

Maximino, que por muerte de Galerio en 311 reinaba en Ásia, despues de haber hecho una particion del mando con el César *Licinio*, trataba de despojarle de él, como tambien á Constantino, con cuyo objeto pasó el Bósforo y se apoderó de Byzancio. Acababa *Licinio* de casarse en Milan con la hermana de Constantino, cuando esta invasion llegó á su noticia; y marchando contra su rival, aunque con fuerzas inferiores, le deshizo en una batalla. Perseguido Maximino hasta Tarso, perdidas las esperanzas de salvarse, tomó un veneno, que si no hizo por entonces todo el efecto que debia, produjo en él una especie de rabia ó manía que le ocasionó al cabo la muerte. Su reinado fue una perpétua tiranía, especialmente para los cristianos. Sucedióle Licinio.

No subsistió mucho tiempo la union entre los dos emperadores. CONSTANTINO obtuvo sobre su colega algunas victorias, á las cuales se siguió una particion del imperio, por la cual hubo de ceder el vencido al vencedor la Grecia, la Macedonia, la Pannonia y otras provincias. CONSTANTINO para afirmar el trono en su familia, nombró algun tiempo despues por Césares á sus tres hijos *Crispo*, *Constantino*, y *Constancio*, á pesar de que los dos últimos estaban aun en la infancia.

Aprovechó los muchos años de paz que gozó en su reinado, para publicar nuevas leyes y dedicarse á los negocios del cristianismo. Abolió el suplicio de la cruz; y estableció el descanso del domingo, á escepcion de las labores del campo. Derogó la ley *Papia-Popea* contra los celibatos, conservando no obstante los antiguos privilegios á los que tenian hijos.

Por otra parte LICINIO perseguia á los cristianos, sospechando que querian por único dueño á CONSTANTINO, que en efecto deseaba reunir en su persona el mando de todo el imperio; y la emulacion de estos dos príncipes dió márgen á sangrientas escenas. Tenia CONSTANTINO doscientas galeras, mas de dos mil transportes ó barcos de carga, y ciento treinta mil combatientes, con cuyas poderosas fuerzas corrió á atacar á LICINIO,

que con sus tropas asiáticas no podia hacer grande resistencia. Habiéndole alcanzado en Andrinopolis en la Tracia, dió por santo á su ejército *Dios Salvador*, y precedido del estandarte de la cruz, trabó la batalla y obtuvo una señalada victoria. Su hijo Crispo destruyó casi al mismo tiempo en Galipoli la flota enemiga. Retiróse Licinio á Calcedonia, y perseguido allí por Constantino, hizo con él un tratado de paz. A pesar de esto el emperador de Oriente reunió nuevas fuerzas, y se volvió á encender bien pronto la guerra. Vencido Licinio por segunda vez, reducido á despojarse de la púrpura, fue enviado á Tesalónica asegurándole la vida; mas poco tiempo despues fue muerto, tal vez por algun otro crímen desconocido.

Dueño ya Constantino de todo el imperio, no tuvo que reprimir como antes su celo por el cristianismo. Prohibió los sacrificios á los idólatras, haciéndoles derribar ó cerrar un gran número de templos. No por eso dejó de publicar en el Oriente un edicto, declarando que no pretendia alterar la tranquilidad de persona alguna. Conservó el Egipto sus leyes y su culto, y sostúvose en Roma y en una gran parte del imperio el paganismo bajo la proteccion del senado: no era poco que la *santa cruz* fuese adorada y reverenciada en la corte, y que los que ser-

vian al verdadero Dios gozasen del favor del príncipe.

Si la piedad del emperador hubiese sido mas ilustrada, hubiera hecho al cristianismo bienes mas sólidos; pero se dejaba llevar de los consejos de hombres falsos y avarientos, que abusaban de su confianza para satisfacer sus pasiones. A pesar de su celo por la religion cristiana, su imprudencia dió márgen á las guerras teológicas que tan funestos estragos causaron en la iglesia.

No bien se habia declarado CONSTANTINO protector de la fé, cuando se empezaron á promover las disputas mas acaloradas sobre ella. Era de la mayor importancia cortarlas y prevenir sus efectos, por medio de una conducta firme aunque moderada; pero CONSTANTINO trató las cuestiones eclesiásticas como si fueran negocios de estado, y así lejos de calmarlas, las encendió mas y mas por desgracia.

La heregía de *Arrio*, sacerdote de Alejandría, que negaba la divinidad de Jesucristo, fue la fuente principal de todas las desdichas. Un obispo cortesano persuadió á CONSTANTINO que no se trataba mas que de una cuestion de palabras, y en esta inteligencia escribió al obispo de Alejandría y al heresiarca, exhortándolos á la paz y al silencio. Esta carta no surtió efecto alguno; y como la disputa se enardeciese mas de

dia en dia, CONSTANTINO inducido por los consejos de *Osio*, obispo de Córdoba, á observar una conducta mas firme, publicó una invectiva contra los arrianos. Desde entonces no se guardó ya consideracion ni miramiento alguno; dividiéronse obispos y pueblos con escándalo, y las estátuas del emperador fueron insultadas por los sectarios. Exhortándole á la venganza: *yo*, dijo pasándose la mano por la cara, *nó me siento herido*. Esta moderacion es digna de una alma grande.

Por último reunió el *Concilio general de Nicea* en la Bitinia, al cual concurrieron los obispos de todo el imperio, en número de trescientos diez y ocho, inclusos diez y siete arrianos. Decidióse en este concilio, á presencia del emperador, la *consubstancialidad* del hijo de Dios con su padre, condenando los escritos de Arrio. Probibió CONSTANTINO bajo pena de la vida, que se quedasen con copia de ellos, y solamente desterró al autor.

Este príncipe habiendo vuelto á Roma despues de una larga ausencia, ejerció dos actos de barbarie, cuya mancha nada es capaz de lavar. Acusando su segunda muger *Fausta* á Crispo, hijo mayor de CONSTANTINO, de que le habia hecho una declaracion amorosa, sin mas exámen le condenó á muerte. Mostró el público

la mayor indignacion, y acusando á su vez á Fausta de un comercio ilícito é infame, bajo la simple acusacion le dió igualmente la muerte Constantino. Perecieron tambien sin causa conocida muchas personas distinguidas, entre las cuales se cuenta el jóven *Licinio* de edad de doce años. Tantas crueldades dieron lugar á un pasquin que apareció pegado á las puertas de palacio, en el cual se designaba al príncipe como un émulo de Neron. Resonaban en Roma las maldiciones contra él y las injurias; el populacho tuvo la avilantez de insultar su persona; y por último se alejó para siempre de esta ciudad que le aborrecia igualmente que á su religion.

Resuelto á fundar una nueva capital, puso primero los ojos en la antigua Troya, cuyo nombre tanto apreciaban los romanos; pero prefirió á Byzancio por su admirable situacion sobre el Bósforo de Tracia. Dióle mayor estension, hermoseóla con suntuósos edificios; construyó un capitolio, un anfiteatro y varios templos; y en una palabra, hizo de Byzancio una segunda Roma poniéndole el nombre de Constantinopla, y sacrificando á su grandeza los intereses del imperio. Para atraer á ella el crecido número de habitantes que necesitaba, privó á todos los propietarios de bienes en el Ásia, del derecho natural de dis-

poner de ellos, ni aun por testamento, á menos que tuviesen una casa en la nueva capital. Prodigó todo género de privilegios á los que se estableciesen en ella. La flota de Alejandría que abastecia de víveres á Roma, cuyos campos solo eran jardines, se destinó á surtir á Constantinopla. Distribuyó al pueblo 803 medidas de trigo al dia; para cuyo consumo no bastaron ya de allí á poco tiempo las flotas del Ásia unidas á las de Egipto.

Con dos capitales era preciso que hubiese dos imperios. El de Oriente comprendió todo el pais desde el Danubio hasta las estremidades del Egipto, y desde el golfo adriático hasta las fronteras de la Persia. El emperador creyó que, á imitacion de Diocleciano, debia subdividir estos dos vastos cuerpos; y así creó cuatro *Prefectos del Pretorio*, cada uno de los cuales tuvo su distrito, subdividido aun en provincias que llamaron *diócesis*. Cada diócesi tenia su gobernador particular dependiente del prefecto. Pusiéronse en varios puntos de las fronteras *duques* y *condes* para defenderlas, dándoles, así como á sus tropas, las tierras limítrofes de los bárbaros, con el derecho de transmitirlas á sus herederos, siempre que estos siguiesen la profesion de las armas: estas tierras se llamaban *beneficios*. En cuanto á los prefectos del Pretorio, su encargo se redujo

á lo puramente civil, sustituyendo en su lugar para lo militar dos *maestres de la milicia*; y para debilitar aun mas una dignidad tan temible en otros tiempos, estableció CONSTANTINO *patricios*, con una consideracion superior á la de los prefectos, pero sin funciones.

Pueden colocarse entre los abusos aquellos títulos vanos y aéreos que multiplicaron al infinito, como *nobles*, *nobilísimos*, *ilustres*, *clarísimos*, *perfectísimos*; y la *sublimidad*, la *excelencia*, la *magnificencia*, la *grandeza*, la *eminencia*, la *reverencia* &c. Todas las ideas se concretaron á una simple ceremonia, supliendo las palabras por las cosas, y desterrando el oropel y falso brillo de los títulos al verdadero mérito. Lo que los Escipiones y los Julios Césares hubieran tenido por pueril y ridículo, fue lo que fijó los deseos y la atencion de los principales ciudadanos. CONSTANTINO era el primero á promover el fausto con su ejemplo: llevaba siempre la diadema, su vestido estaba cuajado de perlas; y la pompa de su corte y de sus fiestas no respiraba mas que las costumbres y el lujo asiático.

Lo restante de su reinado presta mas materia á la crítica que á los elogios. Ganó una victoria señalada á los godos; pero elevó muchos de ellos á las dignidades, y abrió en cierto modo las puertas del imperio á estos bárbaros. Recibió los em-

bajadores de *Sapor*, segundo rey de Persia, cuyos preparativos de guerra no ignoraba; pero se contentó con escribirle en favor de la religion cristiana que este príncipe perseguia, y le envió hierro para forjar armas. Pidió á los obispos, y al famoso *San Antonio*, que le auxiliasen con sus oraciones; pero dió muerte al filósofo *Sopatro*, cuyo delito consistía en haber querido reformar las costumbres de la corte. Los cortesanos para deshacerse de él le acusaron de mágico.

En fin, despues de tantos golpes de autoridad como habia dado contra el arrianismo, se entregó á un sacerdote arriano, llamó del destierro á Arrio y sus fautores, admitió su falsa profesion de fé, y los protegió abiertamente. Trató de obligar á *San Atanasio*, obispo de Alejandría, á recibir al heresiarca; mas no pudiendo conseguirlo, dió oidos á la calumnia, y desterró á aquel inflexible defensor del concilio de Nicea, á quien dos conciliábulos habian declarado culpable. Sapor, habiéndose aprovechado del hierro que imprudentemente le habia enviado Constantino, le pidió cinco provincias cedidas á Galerio; pero como no se le hubiesen concedido, talaba la Mesopotamia, insultando al imperio romano. El emperador en la edad de 63 años llegó al Ásia, é hizo retroceder al enemigo. Cayó despues gravemente enfermo, depositó su testamento en

manos de aquel sacerdote arriano que habia ganado su confianza, y murió en Nicomedia, despues de haber reinado por espacio de 30 años. Veneráronle muchas iglesias como santo, y los griegos y los moscovitas celebran aun su fiesta el 21 de mayo.

Aunque Eusebio, y otros con él dicen que CONSTANTINO no recibió el bautismo hasta esta última enfermedad, nuestras leyendas eclesiásticas aseguran que fue bautizado en Roma muchos años antes por el Papa San Silvestre, y á mayor abundamiento el Rev. *José Reeve*, entre otros escritores juiciosos, lo prueba en su obra en inglés titulada: *A Short View of the History of the Christian Church,* como puede verse en el *Tom.* 1º., *Centuria* 4.ª, *Seccion.* 6.ª, *pág.* 147 y siguientes, de la segunda impresion de York en 1820.

Sin embargo, por mas elogios que se deban dar á Constantino por el establecimiento del cristianismo, no se podrán borrar tan fácilmente las manchas con que empañó su gloria. Es verdad que los Paganos la han ennegrecido mas con la sátira, que no ensalzado sus admiradores con la lisonja. Lo cierto es que su escesiva flexibilidad dió curso á dos grandes vicios; esto es, á la violencia de los que oprimian á los débiles, para satisfacer su codicia insaciable, y á la hi-

pocresía de algunos falsos cristianos, que solo entraban en el gremio de la iglesia para grangearse su gracia.

Para reducir la historia romana á un corto volúmen, es preciso limitarse en lo que resta hasta la destruccion total del Imperio, á una mera indicacion de los reinados, de sus fechas, y de algunos de los acontecimientos mas señalados.

Año 337.

Muerte de Constantino. Division del imperio entre sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante.

350. Conspiracion de Magnencio en Autun. Batalla perdida por él en Mursa. Galo electo César; hácese sospechoso, y le cortan la cabeza. Juliano, primo hermano del emperador, nombrado César. Prepárase para la guerra Sapor, rey de Persia. El ejército declara augusto á Juliano.

361. Muere Constancio á la edad de 44 años. Su reinado fue un manantial de disensiones para la iglesia. Juliano, emperador.

362. Emprende la guerra contra los persas, cuyo fin fue desgraciado. Muere atravesado de un dardo.

363. Joviano, emperador, hace una paz ver-

gonzosa con Sapor. Protege el cristianismo, saca del destierro á San Atanasio, y muere en Ásia sofocado por el tufo del carbon.

364. Proclama el ejército á Valentiniano, el cual se asocia de su hermano Valente. Los godos salen del Norte y talan el imperio.

375. Muerte de Valentiniano, á quien sucede su hijo Graciano de edad de 16 años. Desplómanse los hunos sobre la Europa. Los visogodos pasan el Danubio. Pierde Valente una batalla en Andrinopolis y fallece.

379. Graciano asocia á sí á Teodosio, y le cede el Oriente. Proscribe Teodosio el arrianismo. Máximo, proclamado emperador, marcha contra Graciano, que abandonado de sus soldados muere asesinado.

383. Valentiniano Segundo, hermano y colega de Graciano, se compone con Máximo. Favorece al arrianismo. Niégale San Ambrosio una iglesia para los arrianos. San Martin sostiene el honor del episcopado. Máximo es vencido por Teodosio y muerto. Teodosio quiere destruir la idolatría, y ciérranse los templos ó se destruyen.

390. Sangrienta carnicería de Tesalónica. San Ambrosio impide la entrada en la iglesia al emperador, y le sujeta á penitencia.

392. Arbogasto, franco de orígen, hace perecer á Valentiniano Segundo de edad de 20 años,

y coloca á Eugenio en su lugar. Teodosio derrota á Eugenio en 394 y le condena á muerte.

395. Arcadio, emperador de Oriente, y Honorio de Occidente, príncipes débiles y de poca capacidad. Tenian por ministros á Rufino y Stilicon, entrambos ambiciosos y con talentos. Rufino invita á los bárbaros á una invasion: negocia con Alarico. Asesínanle los soldados.

396. Alarico, rey de los visogodos, cae sobre la Grecia.

401. Amenaza á Roma. Honorio traslada su corte á Ravena.

*406. Los bárbaros, alanos, vándalos y suevos hacen un destrozo espantoso en las Galias. Los alemanes y los borgoñones pasan el Rin, establécense en la Helvecia á las riberas de aquel rio, y despues en el pais de los sequanenses y los eduenses.

408. Vuelve Alarico á la Italia. Stilicon arrestado en Ravena muere en el suplicio. Reduce Alarico á Roma á la última estremidad, imponiéndole las mas dudas condiciones. *¿Que nos dejais, pues*, le dicen los diputados? Responde orgullosamente, *la vida*.

409. Queda la Gran Bretaña abandonada á sus propias fuerzas. Los armoricos arrojan á los romanos. La España es conquistada por los bárbaros. Violase el tratado hecho con Alarico. To-

ma éste á Roma y la trata con cierta especie de humanidad. Muere en Cosencia dejando por sucesor á su cuñado Ataulfo.

412. Teodosio Segundo en Oriente, Honorio en Occidente. Pulqueria, hermana de Teodosio, de edad de 15 años, se pone á la cabeza del gobierno, que desempeña, como si hubiese tenido una larga esperiencia. Cásase Teodosio con Athenais, hija del sofista Leoncio, que toma el nombre de Eudoxia.

418. Establecimiento de los visogodos en la Galia. Los francos, bajo la conducta de su rey Faramundo, se establecen en 420 entre Mastric y la confluencia del Meusa con el Wabal.

423. Teodosio Segundo asocia á Valentiniano Tercero al imperio. Esperimenta éste nuevas pérdidas. Genserico, rey de los vándalos, pasa de España á África, y arroja de allí á los romanos.

438. Clodion, rey de los francos, se apodera de Cambray, de Tournay y de Amiens. Código de Teodosio. Devastacion de los hunos. Su rey Atila hace conquistas inmensas. Oprime á los romanos. Trata Teodosio de asesinarle.

450. Muerte de Teodosio. Cásase Pulqueria con Marciano para elevarle al imperio. Los sajones y los ingleses subyugan la Gran-Bretaña.

451. Talan los hunos la Galia. Aécio los

hace retroceder. Únense á él Teodorico, rey de los visogodos, Meroveo, rey de los francos, los borgoñones y los armoricos. Pierde Atila una gran batalla en las llanuras de Chalons en Champagne.

452. Vuelve Atila á la Italia, y muere al año siguiente. Principios de Venecia.

454. El emperador Valentiniano quita la vida con sus propias manos al valeroso Aécio. Muere él mismo asesinado por Máximo. Sucédele á este lo mismo despues de tres meses de reinado. Avito, galo de orígen, toma la púrpura, y solo reina un año.

457. Muerte de Marciano, el único, despues de Teodosio, digno de regir un estado. Pulqueria habia muerto 4 años antes que él. Leon, emperador de Oriente; Mayoriano proclamado en Occidente.

461. Deshácese Ricimer de Mayoriano.

467. Anthémio, emperador.

472. Rebelion y muerte de Ricimer. Sucédele Olibrio, y apenas le sobrevive tres meses. Síguele Glicerio, que no es conocido sino por el nombre.

476. Conquista de la Italia por Odoacro, rey de los herulos: deja la vida á Augustulo, que se habia despojado él mismo de la púrpura. Gobierna con prudencia.

494. El emperador Zenon cede sus derechos

sobre la Italia á Teodorico llamado el Grande, rey de los ostrogodos, que se establece en ella, despues de haber vencido á Odoacro.

Belisario y Narses, generales de Justiniano, reconquistaron la África y la Italia; pero esta última fue conquistada en el reinado siguiente por los bárbaros. Alboin, rey de los lombardos, se estableció allí sólidamente en 568. El imperio quedó despues reducido á casi nada por los sucesores de Mahoma hácia mediados del siglo siguiente.

FIN.

INDICE.

COMPENDIO DE LA HISTORIA DE ROMA.

CAPÍTULO PRIMERO. *Orígen y fundacion de Roma. Política de Rómulo: sus establecimientos. Poder del Rey, del pueblo, y del Senado. Orígen de los caballeros. Patronos, y Clientes. Leyes de Rómulo contra las mugeres, y en favor de los padres. Estado de la Italia. Primera guerra de los romanos. Muerte de Rómulo. Interregno.* Pág. 1.

CAP. II. *Numa: su carácter, y establecimientos religiosos. Vestales: Feciales. Progresos de la agricultura. Alteracion del calendario.* 17.

CAP. III. *Tulo Hostilio. Guerra de Alba: sus consecuencias. Muerte de Tulo.* 19.

CAP. IV. *Anco Marcio: declara la guerra á los latinos. Obras ejecutadas bajo su reinado.* 23.

CAP. V. *Tarquino Prisco. Sus establecimientos, guerras, y empresas: su muerte.* 24.

CAP. VI. *Servio Tulio: sus guerras, y política. Division del pueblo romano en tribus, cla-*

***

ses, y centurias, y su efecto. Censo. Lustro. Fin de Servio Tulio. 27.

CAP. VII. *Tarquino el Soberbio: como reinó. Orígen de los libros de las Sibilas: su uso. Construccion del capitolio. Causas de la expulsion de Tarquino de Roma. Exageraciones de los historiadores; y dudas sobre la Historia de los siete Reyes de Roma.* 32.

ÉPOCA SEGUNDA. — DE LA REPÚBLICA.

CAPÍTULO PRIMERO. *Establecimiento del Consulado. Conspiracion en favor de Tarquino. Colatino, y Bruto. Publicola. Sitio de Roma por Porsenna. Horacio Cocles. Mucio Scevola. Clelia. Fin de Publicola. Origen de las divisiones en Roma. Appio Claudio. Establecimiento de la Dictadura, y sus efectos. Batalla de Regila. Nuevas turbulencias. Retirada del pueblo al monte sagrado: consecuencias de esta sedicion.* 39.

CAP. II. *Establecimiento del Tribunado. Poder de los Tribunos. Toma de Corioles. Muerte de Menenio Agripa. Efectos del hambre. Extension del poder de los Tribunos. Destierro de Coriolano: sus consecuencias. Efectos de la ley agraria de Casio. Fin de Appio.*

Estado de los romanos, con respecto á las leyes civiles. Ley Terencia. Apodérase Herdonio del capitolio. Cincinato, Cónsul: idem, Dictador. Decemviros. 50.

CAP. III. *Leyes de las doce Tablas. Atentado de Appio. Fin de los Decemviros. Canuleyo se opone á la ley de los casamientos: fin y término de esta oposicion. Establecimiento de los Tribunos militares; idem de los Censores. Paga de los soldados y su efecto. Sitio de Veyes: idem de Faleria. Acusacion de Camilo.* 63.

CAP. IV. *Los galos en Italia: atacan á los romanos, y toman á Roma despues de la batalla de Alia. Sálvase Roma y el capitolio por Manlio. Exterminio de los galos. Trágico fin de Manlio.* 71.

CAP. V. *Cónsules plebeyos. Establecimiento de la Pretura. Peste. Manlio Torquato. Valerio Corvo. Los de Campania se entregan á los romanos. Los samnitas vencidos. Efecto de las delicias de Capua. Victoria sobre los latinos: derecho de ciudadania concedido á estos.* 76.

CAP. VI. *Guerra de los samnitas. Derrota de los romanos en las horcas Caudinas: sus consecuencias. Poncio en Roma. Curio Dentato.* 82.

CAP. VII. *Guerra de Pirro. Guerra de Tarento. Carácter de Pirro: su conducta con los Tarentinos. Fabricio. Cineas en Roma. Estado de la Italia meridional despues de la retirada de Pirro.* 85.

CAP. VIII. *Gobierno de Cartago: costumbres: tratado con los romanos. La Sicilia bajo Dionisio el Tirano. Idem, bajo su hijo Dionisio el Jóven, y despues de su expulsion.* 90.

CAP. IX. *Primera guerra púnica. Armamento naval de Roma. Duilio, cónsul. Régulo. Sitio de Lilibea; éxito de esta guerra. Causas de las victorias de los romanos sobre los cartagineses.* 96.

CAP. X. *Segunda guerra púnica. Annibal causa de ella. Toma de Sagunto: conducta de los romanos despues de ella. Marcha de Annibal á la Italia: sus espediciones en ella. Fabio, Dictador.* 102.

CAP. XI. *Batalla de Canas: conducta de los romanos despues de ella. Dictámen de Hamnon en Cartago. Annibal en Capua. Toma de Siracusa; de Capua, y de Tarento.* 107.

CAP. XII. *Fin de la segunda guerra púnica. Publio Escipion en España; sus virtudes; lleva la guerra á la Africa: ataca á Cartago, y pide Annibal la paz. Batalla de Zama. Condiciones de la paz.* 112.

CAP. XIII. *Consecuencias del abatimiento de Cartago. Guerra contra Filipo. Causas por que se declaró á Antioco: sucesos de esta guerra. Condiciones de la paz.* 118.

CAP. XIV. *Los romanos corrompidos en el Asia. Escipion el Africano acusado por Caton. Suerte de Escipion el Asiático. Origen de la segunda guerra de Macedonia: acontecimientos de ella. Paulo Emilio. Altaneria de los romanos con los reyes.* 121.

CAP. XV. *Causas de la tercera guerra púnica. Odiosa conducta de los romanos con los cartagineses, cuyo valor reanima. Escipion Emiliano. Toma de Cartago. Roma sujeta la Grecia. Destruccion de Corinto. Conducta de los romanos con respecto á Viriato. Destruccion de Numancia.* 126.

CAP. XVI. *Observaciones generales. Milicia: recompensas y castigos militares. Poblacion y costumbres. Rentas. Artes. Letras.* 133.

CAP. XVII. *Los Gracos: sus empresas. Desórdenes de la república: medio que emplea Tiberio para remediarlos: exaspera al senado: su trágico fin. Empresa de Cayo Graco: su muerte. Juicio sobre los Gracos y su madre Cornelia.* 138.

CAP. XVIII. *Guerra de Yugurta; sus crímenes: conducta que observaron con él los romanos.*

Metelo suplantado por Mario se justifica. Fin de la guerra de Yugurta. 144.

CAP. XIX. *Invasion de los Cimbrios y Teutones. Atentados de Saturnino. Conducta de Mario. Druso, tribuno. Guerra social.* 149.

CAP. XX. *Sila: sus desavenencias con Mario. Venganza de Sila. Revolucion favorable á Mario. Proscripciones. Muerte de Mario.* 154.

CAP. XXI. *Mitridates: sus espediciones contra los romanos. Sila en Atenas: sus victorias; es proscripto en Roma. Sus tropas en el Asia.* 159.

CAP. XXII. *Vuelta de Sila á Roma: sus crueldades: enumeracion de sus proscripciones: su dictadura perpétua: sus leyes: su muerte.* 163.

CAP. XXIII. *Sertorio. Muerte de Perpenna. Conducta de Pompeyo en España. Guerra de Espartaco: su derrota. Aumento del poder de Pompeyo.* 167.

CAP. XXIV. *Mitridates despues de la ausencia de Sila. Luculo en Asia. Pompeyo enviado en su lugar: como recibe este nombramiento: su conducta con Luculo. Como vivió éste despues de haber sido llamado. Fin de Mitridates.* 171.

CAP. XXV. *Conjuracion de Catilina disipada por Ciceron. Triumvirato de Pompeyo, Craso, y*

César: carácter de éste y su política. Destierro de Ciceron. Acrecentamiento del poder de los Triumviros. Fin de Craso. 176.

CAP. XXVI. *Sucesos de César en la Galia. Orígen de la guerra civil. César á la orilla del Rubicon: sus empresas. Suerte de Pompeyo despues de la batalla de Farsalia. Otras espediciones de César. Muerte de Caton en Utica: su virtud, demasiado austera.* 181.

CAP. XXVII. *César dueño de la república. Honores que se le concedieron: su gobierno: reforma del calendario: su conducta en España, y de vuelta de ella. Causas de la conspiracion contra él: gefes de esta conjuracion: su muerte. Levantamiento del pueblo contra los asesinos.* 186.

CAP. XXVIII. *Octavio: su conducta, y la de Antonio. Carácter de Ciceron. Primeros acontecimientos de la guerra civil. Segundo Triumvirato: convenios de los Triumviros: sus proscripciones: su conducta despues de estos asesinatos. Batalla de Filipos.* 191.

ÉPOCA TERCERA. — LOS EMPERADORES.

CAPÍTULO PRIMERO. *Augusto: su conducta despues de la batalla de Accio: el arte con que supo afirmar su poder. Su conducta privada.*

Hace á Agripa su yerno. Su viage á Asia. Restablece el senado en su lustre. Temores por su vida. Casa á Tiberio con su hija Julia. Guerra con los Germanos. Política interesada de Augusto. Sus pesares domésticos. Conjuracion de Cinna. Principio de la era cristiana. Levantamiento en la Germania. Derrota de Varo. Vejez de Augusto: su muerte: elogios que ha merecido. Causas por que ha sido tan alabado de los literatos. 200.

CAP. II. *Tiberio: su carácter: su conducta al principio de su reinado. Conducta de Germánico en la Germania: lo que hizo Tiberio para perderle. Muerte de Germánico, y de Pison. Abuso de las delaciones. Retírase Tiberio á Caprea. Carácter de Seyano: sus proyectos, y atentados: su muerte. Nuevas crueldades de Tiberio: su fallecimiento.* 212.

CAP. III. *Calígula: su reinado.* 220.

CAP. IV. *Claudio: su elevacion al imperio: su carácter. Mesalina. Arria, y Peto. Guerras de Claudio: sus leyes. Fin de Mesalina. Agripina: proporciona el imperio á su hijo.* 222.

CAP. V. *Neron: principios de su reinado. Sus primeros crímenes: prepárase para el parricidio. Lo que hizo despues de haber asesina-*

do á su madre. Suerte de Burro; de Séneca, y de Octavia. Incendio de Roma. Persecucion de los cristianos. Conspiracion contra Neron. Muerte de Séneca; de Lucano, y Thrasea. Objeto del viage de Neron á Grecia. Su muerte. 227.

CAP. VI. *Galba, Othon, y Vitelio. Faltas en que incurrió Galba: lo que hizo para sostenerse: su muerte. Fin de Othon. Reinado de Vitelio: su muerte.* 237.

CAP. VII. *Vespasiano. Su reinado. Guerra de los judíos. Toma de Jerusalem. Fin de Vespasiano.* 243.

CAP. VIII. *Tito. Su reinado. Erupcion del Vesuvio.* 246.

CAP. IX. *Domiciano. Su carácter. Agrícola. Apolonio de Tianea.* 248.

CAP. X. *Nerva. Su carácter.* 252.

CAP. XI. *Trajano. Escritores que florecieron en su reinado.* 253.

CAP. XII. *Adriano. Sus leyes. Castigo de los judíos. Fin de Adriano.* 254.

CAP XIII. *Antonino. Sus virtudes.* 257.

CAP. XIV. *Marco Aurelio. Sus virtudes. Sus guerras. Sus faltas. Su muerte. Su filosofía.* 258.

CAP. XV. *Cómodo. Su reinado.* 261.

CAP. XVI. *Pertinaz. Sus guerras. Revolucion*

causada por la licencia de las tropas. Reinado de Didio Juliano. 263.

CAP. XVII. *Septimio Severo. Su reinado. Su muerte.* 266.

CAP. XVIII. *Caracalla. Sus crímenes. Sus ridículas espediciones. Su fin, y el de Macrino.* 269.

CAP. XIX. *Eliogábalo. Sus crueldades.* 272.

CAP. XX. *Alejandro Severo. Sus virtudes. Su espedicion contra los Persas. Maximino. Fin de Alejandro.* 274.

CAP. XXI. *Sucesores de Alejandro Severo hasta Aureliano.* 277.

CAP. XXII. *Aureliano. Su conducta con Cenobia. Muerte de Longino. Gobierno y fin de Aureliano.* 279.

CAP. XXIII. *Tácito. Probo y demas hasta Diocleciano. Reinado de Tácito. Floriano. Probo. Caro. Carino y Numeriano. Diocleciano.* 283.

CAP. XXIV. *Diocleciano y Maximiano. Constancio Clovo y Galerio. Carácter de Diocleciano. ¿Por que hubo dos Emperadores y dos Césares? Estado de los cristianos al principio de este reinado. Su persecucion. Diocleciano deja el imperio, así como Maximiano. Gobierno de Constancio Cloro.* 287.

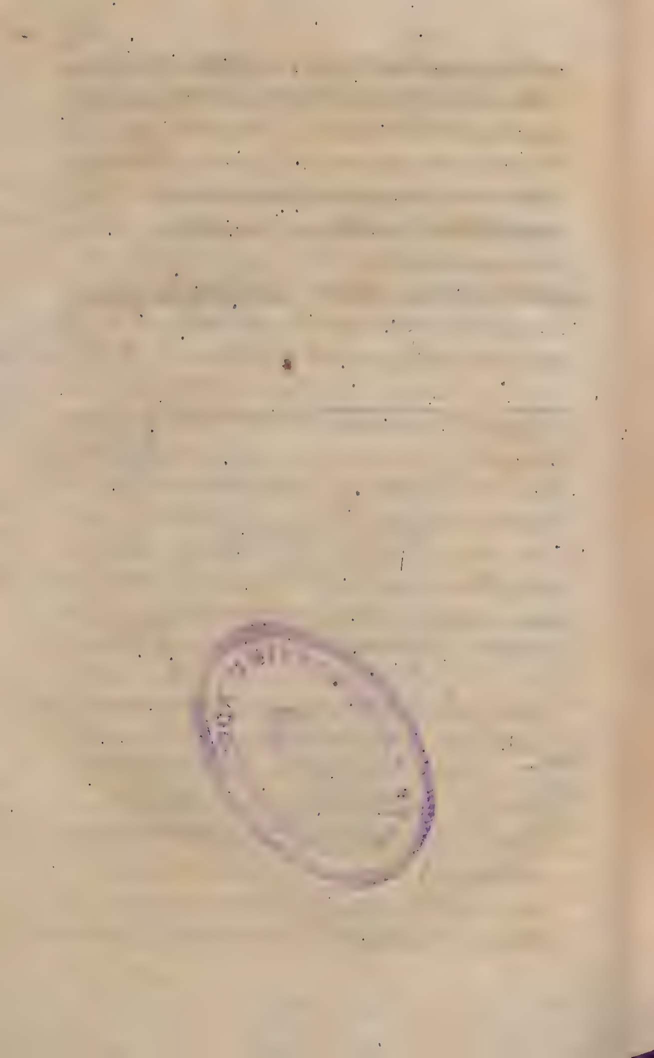
CAP. XXV. *Constantino. Principios de su reina-*

do. Su conducta despues de haber vencido á Magencio. Fin de Maximino. Disensiones que tuvo con Licinio. Lo que hizo en favor del cristianismo. Disputas eclesiásticas. Crueldades de Constantino. Constantinopla. Nuevo gobierno formado por Constantino. Fin de su reinado. 293.

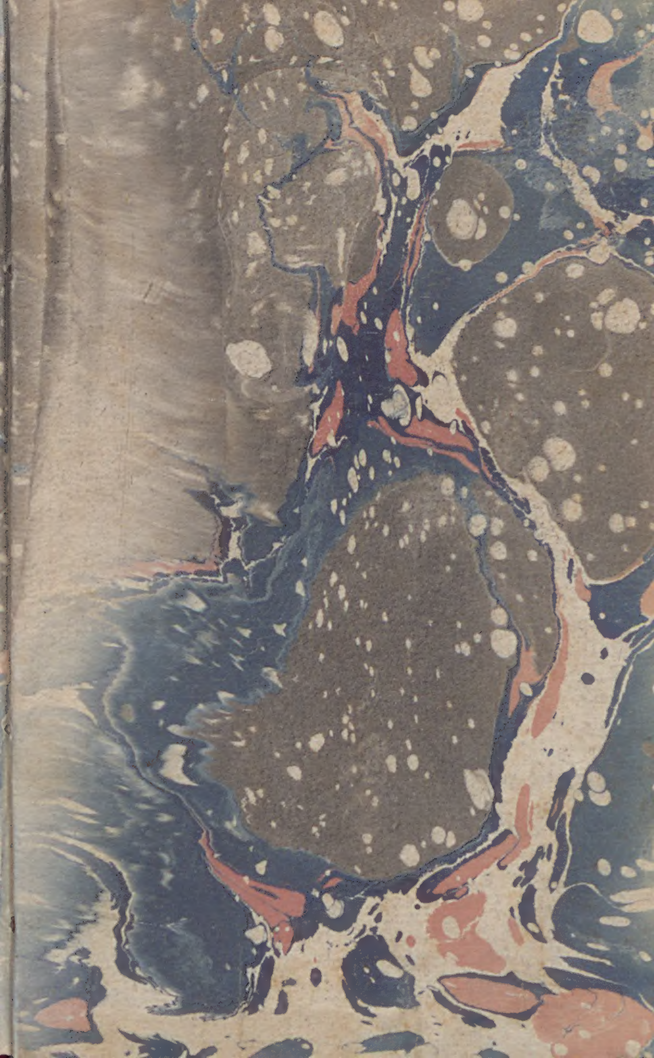
Resúmen de los sucesores de Constantino. 306.

CORRECCIONES

Páginas.	*Lineas.*	*Dice.*	*Léase.*
84......	14......	Oficial..................	Fecial.
134......	23.	Primera..................	Primera guerra.
246......	20......	Beremie..................	Berenice.
263......	16......	Julio Didiano........	Didio Juliano.
276......	27......	Vencedores...........	Vendedores.
287......	13......	Constancio, Cloro.	Constancio Cloro.








253
ESCOSURA
124

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm